TERRORISMO Y COMUNISMO

p o r

CARLOS KAUTSKY

La abundante literatura que se ha escrito en torno de la Rusia soviética que va desde las confesiones de los que se arrepintieron de su participación en el comunismo hasta el elogio incondicional de inusitadas adhesiones capitalista, no cuenta con ser tan numerosa y variada con un libro que supere en objetividad y profecía al que el socialista alemán Carlos Kautsky escribió en los mismos días en que aquel experimento se iniciaba. Este libro le valió a Kautsky el mote de "renegado Kautsky" con que le agravió Lenin en medio de la polémica, mote popularizado por los partidos comunistas con el rigor de una sanción inapelable. ¿Eran realmente los juicios de un "renegado" los que Carlos Kautsky ofrecía en su libro? He aquí el olvidado libro, prologado por el socialista argentino Marcos Merchensky. El lector se encontrará frente a un documento en que el criterio marxista de Kautsky lleva el rigor de su análisis hacia consecuencias que la realidad ha confirmado. Lo que incita, fundamentalmente, la lectura de Terrorismo y Comunismo es la posibilidad de confrontar sus tesis y previsiones con esa realidad. Por otra parte, se trata de uno de los libros más valiosos para enjuiciar nuestra época.

CARLOS KAUTSKY

TERRORISMO Y COMUNISMO

EDICIONES TRANSICION

CARLOS BERMAN

Serie: Debates de Nuestro Tiempo

Queda hecho el depósito que
previene la Ley Nº 11.723

Impreso en la Argentina
Printed in Argentine

Copyright by Ediciones Transición

Carlos Kautsky

TERRORISMO Y COMUNISMO

EDICIONES TRANSICION

EL *RENEGADO* KAUTSKY, ¿TENIA RAZON?

Carlos Kautsky no es, entre los clásicos marxistas, autor que sea leído con frecuencia en la actualidad. No obstante, durante muchos años fué unánimemente considerado como el heredero y exégeta por excelencia de las teorías del fundador del socialismo cintífico.

Sus libros no se reeditan y, si acaso aparece de tanto en tanto una nueva entrega de alguna de sus obras, puntuales y sectarios críticos explican en el correspondiente prólogo, que sólo tiene valor en la obra de Kautsky, aquello que escribiera antes de su "traición".

Para los comunistas no existe un intérprete del marxismo llamado Karl Kautsky, "marxista príncipe", como se le llamó a lo largo de su prolongado dominio doctrinario en la Segunda Internacional sino, simplemente "el renegado Kautsky", estigmatizado así por Nicolás Lenin, jefe y creador de la Tercera Internacional.

Si los libros de Kautsky han desaparecido virtualmente de la circulación, en cambio el folleto de Lenin —La Revolución proletaria y el Renegado Kautsky— *no sólo se reedita con frecuencia sino que integra las antologías que recopilan obras fundamentales de su autor.*

Los socialistas parlamentarios, los social-demócratas, tampoco son amigos de leer a Kautsky. Su fervor revolucionario les produce una molesta inquietud urticante en la epidérmis, y el haber denostado implacablemente la experiencia soviética no resulta título suficiente para que se olvide su polémica con Bernstein y su firme creencia en la posibilidad real del socialismo revolucionario.

Kautsky resulta así una víctima de esta conspiración en que el silencio cobarde de los unos se complica con la agresividad insultante de los otros.

En la ya envejecida polémica entre revolucionarios y refor-

mistas, el autor de La Conquista del Poder, resulta marginado no obstante haber sido quien con más firmeza atacó, en su hora, al revisionismo.

Este resultado imprevisto se debe a factores diferentes. Por una parte, se han apropiado de la denominación de "revolucionarios" los "golpistas"; por la otra, se titulan "reformistas" quienes en realidad no aspiran ya a reforma alguna. Se produce así un diálogo entre sordos que se imputan mutuamente creencias y actitudes, sin considerar los argumentos del adversario. El complejo problema social, el cambiante panorama de su desarrollo y la ardua dialéctica marxista, se suman para que estos debates resulten totalmente estériles. Cada uno de los contendores ve una zona del problema, e ignora las restantes. En tales condiciones resulta imposible, no ya un acuerdo, sino una mera inteligencia sobre cual es el tema en discusión.

"Revolución" y "reforma" no son términos antitéticos. Quienes creen que sólo el golpe de estado, o la revuelta sangrienta, constituyen la revolución, terminan por invertir los términos de su razonamiento y transforman en revolución toda revuelta de características sangrientas dirigida por un grupo proletario. Desde su punto de vista, la obra reformista no puede ser nunca revolucionaria. En cambio, aquellos otros que afirmaron pedantescamente que la transformación socialista sólo puede operarse por un constante laborar hacia una meta ideal que asimilan a la estrella polar, guía del navegante, están negando la posibilidad de llegar al estado socialista y, en consecuencia, niegan la revolución.

Pero, no porque unos y otros hayan quitado el sentido auténtico a las expresiones en cuyo nombre debaten, éstas han perdido su genuino contenido. La revolución socialista es el fin propuesto; la reforma uno de los caminos aconsejados por la táctica revolucionaria. No se oponen, pues, sino que se complementan. Claro es que, si a la hora de la transformación definitiva del estado, las fuerzas sociales encargadas de encarar la gran tarea en términos de violencia se niegan a ella, traicionan a la revolución. Pues bien, Carlos Kautsky sostuvo claramente que "revolución" y "reforma" lejos de contraponerse, resultaban fases distintas de un mismo proceso. He aquí la causa porque se lo ignora en la polémica entre falsos revolucionarios y falsos reformistas.

Se imputa a Carlos Kautsky el haber renegado de sus ideales marxistas y revolucionarios. Para llegar a esa conclusión se tuerce el sentido de sus afirmaciones. En efecto, Kautsky se manifestó siempre partidario de la revolución socialista. Afirmó, asimismo, que dicha revolución difícilmente advendría sin violencia. Pero, al mismo tiempo requería para que la revolución fuera posible, dos condiciones. La primera, que el estado económico y social de la nación estuviera maduro para el socialismo; la segunda, que el proletariado estuviera capacitado para realizarlo. Es natural que aún en estas condiciones la burguesía habría de resistir el advenimiento del socialismo al poder. No podría aceptar la desposesión de los medios de producción y de cambio con que la amenaza la revolución socialista. Este sería el momento de la violencia en la lucha de clases, y eventualmente, el instante de la dictadura del proletariado. Fueron los bolcheviques, y Lenin el primero entre ellos, los que concibieron un esquema diferente para hacer de Rusia un estado teóricamente apto para que la revolución socialista resultara viable. En lugar de una evolución económica en punto adelantado, computaron, como factor favorable, la proximidad al comunismo primitivo en su agro, para sumar a la revolución a los campesinos. Donde debía actuar la conciencia de clase de un proletariado calificado, anotaron la audacia de una dirección disciplinada y violenta. Cuando debía entregarse al pueblo en general una consigna de socialismo que sirviera de bandera, levantaron el emblema de la paz a toda costa, que ese pueblo reclamaba.

Kautsky consecuente con su pensamiento, tan esquemático y silogístico como el de la mayor parte de los marxistas ortodoxos, afirmó que en tales condiciones no se podía dar el socialismo. Acertó.

Cuando la Social-democracia rehuye hacer la revolución en Alemania porque considera que, si bien se han dado las condiciones económicas para ella, falta en cambio la conciencia en su proletariado, dejó escapar la oportunidad histórica más propicia para la revolución socialista. Esa es la culpa y la responsabilidad de la Social-democracia y no le es imputable a Kautsky sino en limitada medida.

De una manera general, confusa, se atribuye a Kautsky ser responsable del fracaso de la revolución socialista en Alemania y al mismo tiempo se le acusa de no haber sabido preservar la paz, al romper la tradición antibelicista del socialismo.

Mucho antes de 1914, cuando las organizaciones socialistas, teniendo a la vista la experiencia de la revolución bolchevique de

1905, fijaron su posición táctica para la conquista del poder, Kautsky postuló: "Fortalezcamos nuestras organizaciones. Eduquemos al proletariado. Derrotemos a la burguesía con la táctica de agotamiento". Se colocaban bastante lejos de la extrema izquierda que aconsejaba la huelga general revolucionaria.

Ya en vísperas de la guerra, los socialistas de todos los países estaban conformes en que evitarían a toda costa la conflagración. No se pusieron de acuerdo, en cambio, sobre el método a seguir. Cada grupo obraría según las circunstancias de su propio país.

La victoria ulterior de los aliados y la propaganda belicista anterior al conflicto han dejado como un hecho cierto que Alemania fué la responsable de la guerra mundial Nº 1. La verdad dista bastante de esa categórica afirmación. Para 1914 Alemania deseaba todavía una tregua, "su guerra" debía estallar un poco más adelante. Sus enemigos se le adelantaron con toda suerte de provocaciones porque, en realidad, todos los estados mayores europeos deseaban la guerra. Los pujantes capitalismos que tenían detrás, los llevaban hacia esta guerra imperialista en la que esperaban definir posiciones en forma definitiva.

Las causas incidentales de la guerra fueron suficientes para que en cada país se levantara una incontenible ola de fervor patriótico y nacionalista. Los dirigentes obreros se encontraron muy pronto ante una situación drámatica. Creyeron que para no perder contacto con la masa debían acompañarla en este fervor, procurando sacar de la guerra, la revolución. En el caso particular de los socialistas alemanes una ilusión más se sumaba a la que giraban los otros partidos. ¿No eran, acaso, ellos los representantes genuinos y más numerosos de la avanzada proletaria en el mundo? Si Alemania triunfaba, en ella el socialismo asentaría sus bases más firmes.

Pronto debieron, los socialistas alemanes, definir posiciones ante el conflicto bélico. La ocasión llegó con la votación de los créditos de guerra. Aquí Kautsky aconsejó a los parlamentarios socialistas la abstención. Vale decir que estaba contra los créditos de guerra, pero no se atrevía a llevar al socialismo a una política de abierta hostilidad contra una guerra, a todas luces popular. La mayoría, amplísima mayoría, de los diputados socialistas, votó los créditos. Y muchos de ellos lo hicieron incluso con entusiasmo. Sólo un pequeño grupo de parlamentarios se opuso en el seno de la Social-democracia a esta política y decidió votar contra los fondos. A la hora de la votación quedó una voluntad, la de Liebknecht, oponiéndose, en nombre del proletariado alemán, a los créditos de guerra. Evidentemente, la posición de Kautsky era la única que no podía ser popular. En la hora de las definiciones él se limitaba a querer levantar una pequeña isla para refugio de las huestes socialistas. Pensaba, seguramente, que no pudiendo oponerse abiertamente a la guerra, trabajaba por el porvenir del socialismo conservando la neutralidad de la dirección proletaria.

La política de la mayoría Social-demócrata evolucionó de tal suerte hacia el belicismo y el patrioterismo que Kautsky no pudo seguir en ella y se escindió con un grupo bastante numeroso que se llamó luego "Partido Social-demócrata de Alemania". A su izquierda, quedaban los "espartaquistas" con Rosa Luxemburgo y Liebknecht. Kautsky y los suyos, de ahí en más, sólo votarían créditos para la guerra defensiva, se oponían a la agresión y sobretodo, al ataque contra Bélgica. Ya en diciembre de 1914 se computaban 14 diputados en esta posición. Cuatro meses después eran 25, y al año, 36. La crisis se hizo más aguda al comenzar 1916 en que quedó definitivamente escindida la Social-democracia. En 1917, el partido de Kautsky tenía su propia personalidad y su jefe había justificado su actitud de rebeldía en un folleto. Salvar a la revolución era, entonces, para él, más importante que salvar la unidad del partido. Tenía razón. Quizá la revolución seguiría por sus inciertos caminos, pero en verdad rescataba los principios teóricos del socialismo para hacerlos valer más adelante.

Es equívoco, entonces, involucrar a Kautsky y los suyos, en los tremendos errores de la Social-democracia durante la guerra. El estuvo al lado de los "espartaquistas" en sostener la necesidad de la revolución social en 1917. No los acompañó, en cambio, cuando tuvo lugar el levantamiento. Rosa Luxemburgo siguió a su aliado Liebknecht, pero lo hizo a regañadientes, pues ella tampoco creía que hubiera que jugar la carta de la revolución en condiciones tan desfavorables.

Habría que entrar ahora en el peligroso campo de las conjeturas. ¿Qué hubiera ocurrido si las revoluciones rusa y alemana hubieran resultado triunfantes, simultáneamente? La alemana no podría menos que haber sido de carácter democrático. La tradición de su Social-democracia así lo hubiera querido. Fuera una constituyente general o una reunión de delegados de fábrica el órgano jurídico que ejerciera el poder, éste no habría podido quedar en manos de un grupo que lo regenteara en nombre del pueblo trabaja-

dor con el pomposo título de "dictadura del proletariado". En estas condiciones ¿Rusia hubiera sido arrastrada al campo de la revolución democrática? Es dudoso que esto se hubiera dado así, ya que la dictadura nacía en Rusia de la falta de base popular para el socialismo, de la carencia de preparación de las grandes masas de sus proletarios. Como, por otra parte, Alemania, quebrada su economía por la guerra, no hubiera estado en condiciones de sostener una industria que facilitara el curso del desarrollo económico de Rusia, habrían faltado a esta nación las dos condiciones necesarias para el progreso del socialismo.

A la luz de estas ideas, obran Kautsky y los suyos. Resulta infantil pretender sopesar su actitud tomando en cuenta presuntos factores subjetivos. Lo cierto y real es que, temiera o no a la revolución, desde mucho antes del estallido de la revuelta bolchevique él había sostenido sus esquemas teóricos. Por eso Terrorismo y Comunismo, es el corolario natural del proceso doctrinario que maneja Kautsky.

El terror, como método de lucha socialista había sido descartado por todos los teóricos del marxismo, cuando lo resucitan Lenin y Trotsky. Ni terror para la conquista del poder, ni terror para gobernar la nación en su camino hacia el socialismo.

La política leninista alarmó, incluso, a sus más fervientes partidarios en el exterior. Rosa Luxemburgo, abanderada indiscutible de la política revolucionaria, manifestó claramente que un funesto destino aguardaba a la revolución rusa por haber abolido las fórmulas de la democracia proletaria. No otra cosa fué impedir la expresión de ideas contrarias a las bolcheviques en el seno de los Consejos de trabajadores. La presunta dictadura del proletariado que debía involucrar una democracia interna dentro de la clase dirigente, cedió rápido paso a la dictadura del partido. Miembros del Consejo de Comisarios del Pueblo advirtieron igual peligro y dijeron en documento público, cuando presentaron sus renuncias al organismo, que el partido bolchevique al asumir esa actitud, se condenaba a gobernar por el terror.

Kautsky, que no había seguido con igual pasión el movimiento revolucionario, manifestó desde su cátedra doctrinaria los mismos peligros. Su vaticinio se vió rápidamente cumplido. La revolución no podía menos que terminar en su derrota o en su descaracterización.

No es éste el lugar para hacer la historia de un proceso tantas veces analizado. Sólo quiero destacar una de las afirmaciones de Kautsky que me parece arrojan más luz sobre el carácter de la experiencia rusa. Desde el comienzo, los bolcheviques confundieron —¿deliberadamente?— la clase social con el individuo originado en ella: un burgués lo era, no obstante haberse transformado en un proletario. Signaban, así, una mentalidad de manera subjetiva, casi psicoanalítica. Nada más opuesto a un planteo realmente materialista. Este criterio derivó muy pronto a consecuencias fatales. De tal manera, aún hoy, a casi cuarenta años de la revolución, el ser hijo o descendiente de una familia burguesa es un estigma que se paga con la vida tan pronto como se cae en una de las sangrientas y frecuentes purgas.

El terror revolucionario engendró el frío terror policial. Se ha formado un círculo de hierro del que ya no se puede salir sino por medios violentos, imposibles de conjeturar. El socialismo ha sucumbido sin nacer, en Rusia. Su lugar lo ocupa un férreo capitalismo de estado que, incluso, emplea trabajadores esclavos. No es mucho avanzar por el campo de la conjetura suponer que estos campos de concentración tienen su origen en el régimen de trabajo forzado inaugurado por Trotsky en los primeros años de la revolución.

Fuera de la profecía de Kautsky, perfectamente cumplida, este libro que presenta Ediciones Transición, tiene un valor incuestionable que lo coloca entre los clásicos del marxismo. En él se hace un acabado análisis de la Primera y Segunda Comuna de París, a la luz del materialismo dialéctico, que no puede dejar de consultarse al estudiar la técnica de la conquista del poder.

Es éste, asimismo, un libro útil, en un círculo más reducido, pero más importante para quienes estudian y laboran por el socialismo en América. Aquí vuelve a repetirse la lección de los hechos que enseñan que el socialismo debe adecuar sus combates a la realidad en que vive. Explica la insoluble contradicción entre la prédica comunista al servicio de la Rusia soviética, y la posible postulación de soluciones para nuestro continente. Obliga a los socialistas de esta latitud a preguntarse qué etapa de la revolución deben tratar de alcanzar entre nosotros. Sin duda ella se concreta en la efectiva conquista de la democracia política, la real y genuina lucha antimperialista y el diario combate contra el capitalismo.

MARCOS MERCHENSKY.

TERRORISMO Y COMUNISMO

I

REVOLUCION Y TERRORISMO

En los años anteriores a la guerra se había extendido, incluso en el partido socialista, la opinión de que la época de las revoluciones había pasado, no sólo para la Europa occidental, sino también para Alemania y Austria.

Y, sin embargo, la revolución ha venido, y aparece con caracteres de una violencia superior a lo que hubiera podido concebir la fantasía del más ardiente revolucionario. La supresión de la pena de muerte era una reivindicación sobreentendida para todo socialista, y la revolución nos ha traído el más sangriento terrorismo ejercido por gobiernos socialistas. Comenzaron los bolcheviques rusos, que fueron severamente juzgados por los demás socialistas no partidarios del bolchevismo, entre ellos los mayoritarios alemanes. Pero apenas éstos sintieron amenazado su poder, acudieron a los mismos medios que tan duramente habían censurado. Noske siguió las huellas de Trotzky, con la diferencia notable de que ni él mismo considera como proletaria su dictadura. Pero ambos justifican su labor sanguinaria invocando los fueros de la revolución.

En efecto, está muy extendida la idea de que el terrorismo es esencial a la revolución, de que quien quiera de veras la revolución tiene que querer también el terrorismo, como prueba de lo cual se cita siempre la gran Revolución francesa, que pasa por ser la revolución por excelencia.

Por consiguiente, está justificado comenzar el estudio del terrorismo, sus aspectos y resultados, tomando como punto de partida el terror de los jacobinos franceses. Eso nos proponemos hacer; y aunque ello nos aleje del presente, nos ayudará a entenderlo luego mejor. Es sorprendente comprobar las semejanzas que existen entre la revolución francesa y las actuales revoluciones, especialmente la rusa.

Mas, es evidente que las revoluciones de nuestra época difieren fundamentalmente de las del siglo XVIII. Eso se ve ya tan pronto como se establece una comparación entre nuestro proletario, nuestra industria y nuestros medios de comunicación con los de aquella época.

II

PARIS

La actual revolución alemana no tiene centro alguno; en cambio la francesa estaba dominada por París. Ni la revolución ni el terror se comprenden sin darse cuenta de la importancia económica y política que para Francia tenía entonces París. No ha habido en el siglo XVIII, ni tampoco en el XIX, ninguna ciudad que ejerciera un poder semejante sobre su nación. Esto depende en gran parte de la importancia que en el Estado moderno, burocrático y centralizado, tiene la capital de la nación, la residencia del Gobierno, hasta que comienza a dar fruto la descentralización económica, que trae consigo el avance del capitalismo industrial con el desarrollo de los medios de comunicación.

En el Estado feudal, el poder del monarca, su centro, es escaso; sus funciones, poco amplias, y, consiguientemente, su aparato de gobierno, poco complicado. La corte puede trasladarse de ciudad en ciudad o de fortaleza en fortaleza, y el monarca se ve obligado a ello con tanta mayor frecuencia cuanto que el servicio de transporte es deficiente, y porque una localidad no puede sostener duraderamente con sus medios propios, exclusivos, el séquito del soberano, el cual, además, tiene que presentarse personalmente con frecuencia en las diversas partes de sus Estados, porque sólo así puede mantenerlas en obediencia y fidelidad. Por eso en aquella época el rey ejerce sus funciones de un modo ambulante. Como el nómada, el monarca recorre pradera tras pradera, y las deja cuando las ha pastado.

Pero a medida que avanzan los tiempos se complica el aparato gubernamental, sobre todo a consecuencia del incremento de la producción de mercancías, que permite que aparezca la economía monetaria, y con lo cual los tributos en especie, difícilmente transportables, se cambian en impuestos en dinero, de fácil circulación. Paralelamente al aumento de los impuestos crece el poder del monarca, y al mismo tiempo se complica su aparato gubernamental con el aumento de la burocracia y la aparición de los ejércitos permanentes. Entonces, el Gobierno no puede ya soportar la vida nómada; necesita fijarse en un punto. Ya antes algunas ciudades importantes colocadas en el centro del reino, en

la intersección de las grandes vías comerciales, más ricas que las pequeñas ciudades agrícolas, habían sido las residencias preferentes del monarca, y ahora una de ellas es elegida como asiento permanente del Gobierno, como corte. En estas ciudades se concentra todo lo que se relaciona con el gobierno, afluyen a ella todos los impuestos del reino, de los cuales sólo una parte vuelve al contribuyente. En ellas se establecen también los proveedores del Gobierno y de la corte, así como los financieros que, como arrendatarios de impuestos o banqueros, tienen relaciones monetarias con el Estado.

Simultáneamente aumenta el poder del monarca sobre la nobleza, cuya autonomía desaparece. El monarca no quiere tolerar que la alta nobleza siga viviendo en sus castillos, alejada de él. Quiere verla en la corte, sometida a su vigilancia, sirviendo al monarca, pero sólo en funciones cortesanas, vanas e inútiles. Sus atribuciones autónomas en la administración pública les fueron quitadas y traspasadas a burócratas nombrados y pagados por el rey. Los nobles se convierten en parásitos, cuya única función consiste en gastarse en la corte rentas de sus tierras. Lo que consumían antes en sus palacios y castillos viene ahora a la corte, acreciendo su riqueza. Los nobles edifican en ella sus palacios junto al del monarca y dilapidan sus rentas en una vida frívola, de puro goce, puesto que han sido desposeídos de toda función seria. Y los capitalistas enriquecidos que van apareciendo procuran competir con ellos en lujo y pompa.

De este modo las cortes, frente al campo y a las ciudades agrícolas —las *provincias*—, se convirtieron, no sólo en el centro de la riqueza del país, sino también en el centro del placer, con lo cual ejercían una gran fuerza de atracción sobre los nacionales y aun sobre muchos extranjeros que poseían medios para dedicarse a los placeres, o que tenían deseo y capacidad para explotar como empresarios de alegría, a los buscadores de goces.

Pero la corte atraía también otros elementos más serios. Mientras la nobleza estuvo confinada en sus castillos, sólo disponía de los medios de entretenimiento más groseros: comer, beber, cazar y perseguir a las muchachas de los alrededores; pero la vida ciudadana produjo costumbres y placeres más refinados. La nobleza comenzó a interesarse por las artes y se hizo moda proteger las ciencias, con lo cual comenzaron a afluír a la corte sabios y artistas que esperaban hallar en ella más rápida y brillante carrera; y a medida que aumentaba el poder de la burguesía, competía también con la nobleza en la protección de escritores y artistas.

Es natural que al mismo tiempo acudiesen a la corte numerosos industriales y comerciantes para atender a las necesidades de todos estos elementos. En ninguna parte había tantas proba-

bilidades de hacer fortuna como en la corte, por lo cual a ella afluyeron las personas de más talento, más iniciativa y más energía del país.

Sólo que no todas conseguían su objeto. Fracasaban numerosas existencias, y esto constituyó otra característica de la capital, formando la gran masa del proletariado miserable que acude a la gran ciudad porque en ella encuentra más fácilmente escondrijo y porque puede esperar con mayores probabilidades un golpe inesperado de la fortuna que, explotado sin escrúpulos, los saque de su mísera condición. No sólo el cultivo de las artes y las ciencias, sino también la más sórdida pobreza y una criminalidad frecuente, fueron, pues, las características de la vida de las cortes.

Su peculiaridad social era un reflejo de la peculiaridad del espíritu que animaba a la población. Pero esto no se daba en la misma medida en todas las cortes. También aquí la cantidad determina la calidad.

En los Estados pequeños y atrasados, la corte era una ciudad pequeña, en la cual muchas de las características enumeradas sólo podían aparecer iniciadas. En semejantes cortes, lo más característico era la dependencia de la corte, no sólo la dependencia económica y política, sino también la dependencia espiritual. Las ideas de la corte pasaban a ser, en una forma más torpe y más ingenua, las de los ciudadanos, y reflejamente las de la población rural, que recibía la luz de la corte.

De aquí el ánimo servilmente monárquico que dominaba en los pequeños Estados alemanes, ese servilismo, que indignaba tanto en la época del florecimiento de la democracia burguesa a sus campeones. El fué el que produjo la frase de que los demás pueblos eran libres y los alemanes siervos, pensamiento que expresa irónicamente Heine cuando dice:

"Alemania es un país de buenos chicos
y no una cueva romana de asesinos".

Muy otro era el espíritu que dominaba en las grandes cortes. Cuanto mayor era la ciudad, tanto menor era en número y en influencia el elemento cortesano frente al resto de los elementos que componían la población y habían ido a la corte en busca de fortuna. Cuanto mayor era el número de los desengañados y descontentos, más violenta su irritación y mayor su fuerza. Esto les prestaba valor, no sólo a ellos, sino también a la oposición de aquellos que, sin estar personalmente descontentos, veían claramente las máculas del Estado y de la sociedad. Esta oposición existía en todas partes. Sólo que mientras en las pequeñas cortes se mantenía oculta, en las grandes podía osar manifestarse.

De las grandes cortes del continente europeo, en los siglos XVII y XVIII, la mayor era París, la capital del más importante de los Estados europeos de entonces. A fines del siglo XVIII contaba con unos 600.000 habitantes. ¡Weimar, la corte que formaba el centro de la vida espiritual alemana de la época, tenía unos 10.000 habitantes!.

Ya desde muy pronto se distinguió la población de París por su espíritu revolucionario. Así, por ejemplo, se levantó en 1648 en el movimiento de la Fronda, que se inició con el conflicto entre el Gobierno y el Parlamento de París, supremo Tribunal del reino. Se levantaron barricadas, hubo luchas sangrientas y al cabo el rey tuvo que huír de París, en 1649, en el mismo año en que fué decapitado Carlos I de Inglaterra. La lucha se prolongó hasta 1652, viéndose obligada la Monarquía a entrar en una paz de compromiso, a la que, es cierto, bien pronto siguió un aguzamiento del absolutismo. En esta lucha la capital se unió con la alta nobleza, alianza bastante desigual. Además, la alta nobleza no tenía fuerza suficiente para mantenerse frente al rey. Por eso París no poseía frente a Luis la fuerza de resistencia de Londres frente a Carlos.

La guerra de la Fronda tuvo lugar durante la infancia de Luis XIV. La insurrección de los parisienses, la humillación sufrida al huír, le produjeron una impresión profunda. Para no volver a sufrirla sacó la corte de París. Claro es que el aparato gubernamental hubo de dejarlo allí, pero para residencia de la corte escogió un lugar que estuviese bastante cerca de París para mantener una comunicación rápida y permanente con la capital, pero suficientemente alejado para verse a salvo de los ataques de una revuelta callejera. El año de 1672 comenzó la construcción de su nueva corte, que había de costarle a él, o, más bien, a su pueblo, mil millones de francos, en Versalles, a 18 kilómetros de París. Los siglos futuros habían de mostrar repetidamente que la precaución tomada contra el espíritu rebelde de París no había sida vana.

Si bien París estaba colocado de un modo decidido frente al poder central del Estado, su posición respecto de él era complicada. Por una parte aspiraba a proclamar frente al poder del Estado los derechos de autonomía e independencia, pero su riqueza y su fuerza descansaban sobre la grandeza del reino y sobre el poder del Estado central. Tenía que pedir la autonomía de los municipios y, sin embargo, sacaba sus mayores ganancias de la centralización política que su mera existencia significaba.

Lo que reunía en el siglo XVIII en una unidad nacional firme las diversas provincias tan heterogéneas que Francia había ido sucesivamente conquistando, era, ante todo, la situación preponderante de París en todo el reino. ¿Qué es lo que iba a unir a los alsacianos con los bretones, o a los flamencos de Dünkirchen con

los gascones? Todos ellos mantenían relaciones con París; los mejores de sus hijos se encontraban en París y se fundían allí para formar el alma de una nación unitaria. La contradicción de que París fuese al mismo tiempo el más firme sostén del poder público centralizado y su más enérgica oposición se reflejaba también en la posición de París frente a las provincias. En París era donde antes se descubrían los males y abusos que afligían al reino. París era quien tenía el valor de declararlos y censurarlos y la fuerza para atacarlos. Gracias a eso París fué el campeón de toda la Francia que sufría. Los provincianos diseminados por el país, atrasados espiritualmente, sin valor y sin energías, veían en París su defensor, su salvador, y seguían con entusiasmo su bandera.

Mas no siempre, pues este mismo París se engrandecía y fortalecía no sólo con el trabajo de sus habitantes, sino también con la explotación de las provincias, ya que la mayor parte de la plusvalía producida por la provincias afluía a París, para ser en parte disipada en placeres, y en parte para acumular capital, es decir, para enriquecer y fortalecer a los explotadores del país.

Así, al lado de la confianza en el París progresivo, se produjo el odio contra el París explotador, que engendró una oposición entre la capital y las provincias. Según la situación histórica, dominaba en cada momento uno u otro de estos aspectos.

La contraposición económica se agudizó por la oposición de las ideas, que provenía de la diversidad del medio social. En el campo y en las provincias reinaba el estancamiento económico, y, por lo tanto, las ideas conservadoras, la adhesión a las normas morales tracidionales. El que no las acataba tenía que disimularlo hipócritamente, pues en los círculos limitados del pueblo y de la pequeña ciudad cada cual estaba sometido a la vigilancia de la comunidad entera.

Esta vigilancia desaparecía por completo en la gran ciudad. En ella estaba permitido burlarse públicamente de las costumbres tradicionales, y, en efecto, se las atacó tanto por los de arriba como por los de abajo, tanto por nobles descreídos y dados al placer y por burgueses, que querían equipararse a ellos, como por las masas de las capas sociales inferiores, que, sumidas en su miseria y en la permanente inseguridad de su existencia, no se detenían ni ante los límites de la propiedad, ni respetaban los lazos de la vida de familia. Con ellos cooperaban en esta tarea numerosos aventureros e intelectuales, que vivían a menudo una existencia tan precaria como la de los proletarios, pero que eran admitidos a la vida de placer de la nobleza cortesana y de los grandes financieros.

No es de extrañar que, al paso que los honrados campesinos y los habitantes de las pequeñas ciudades odiaban la perversión

de costumbres de la Babilonia del Sena, los ingeniosos parisienses se burlasen del torpe filisteísmo y de la limitación y prejuicios de los provincianos.

La misma desavenencia que en lo moral reinaba en lo religioso. Para el campesino que vivía apartado del mundo era el sacerdote el único intelectual, el que le servía de intermediario para comunicarse con el mundo exterior, el que disponía de un saber que traspasaba su estrecho horizonte de campanario Los analfabetos del campo no podían darse cuenta de que este saber se había quedado atrasado hacía mucho tiempo frente a los progresos de las ciencias. Su adhesión a la Iglesia y a la religión era indudable, si bien se limitaba a sus tesoros espirituales, pues no tenían el menor escrúpulo en adueñarse de las propiedades eclesiásticas.

En cambio, para los parisienses los bienes de la Iglesia eran menos importantes que el poder ejercido por ella y el predominio de las ideas religiosas.

Durante la Edad Media, la Iglesia había sido el medio de alcanzar la ciencia; pero desde el Renacimiento, la ciencia laica ciudadana había ido mucho más allá que la eclesiástica. Los ciudadanos no veían en la Iglesia una institución difundidora del saber, sino obstáculo para su difusión. La oposición se enconó cuando los intelectuales eclesiásticos quisieron defenderse por medidas coercitivas contra la competencia de los intelectuales profanos, cuya superioridad crecía constantemente. Los laicos contestaron con las más afiladas armas espirituales, con la burla y con una profunda investigación científica, y sostuvieron esta lucha contra la Iglesia con tanto mayor ardor cuanto que, en ocasiones y si procedían con prudencia, podrían contar con el apoyo, cuando menos con la neutralidad, de los aristócratas y burócratas gobernantes, los cuales no sólo se burlaban de las doctrinas de la religión tradicional, sino que encontraban a menudo molesta a la Iglesia católica, porque no quería entregarse incondicionalmente al poder del Estado. Por consiguiente, la lucha contra la Iglesia era menos peligrosa que la lucha contra el absolutismo, y en ella hizo sus primeras armas la oposición que en el Estado comenzaba a brotar.

Mas también en este punto nos encontramos con cierta escición. Las clases directoras se ponían frente a la Iglesia porque ésta pretendía valer como organización autónoma, pero les parecía indispensable como medio para mantener sojuzgadas a las clases inferiores. Esta escisión podía notarse aun entre la oposición intelectual. Voltaire exclamaba: *Ecrasez l'infâme!*, pero creía que al pueblo debía conservársele la religión.

Una escisión semejante reinaba también entre las capas inferiores de la población parisina y entre sus directores. Coincidían

sin duda todos en su oposición a la Iglesia; ninguno quería nada con ella. Pero unos, en consonancia con la tendencia del proletariado, derivada de su situación de clase, pretendían llegar siempre sin consideraciones a las últimas consecuencias, a buscar soluciones radicales, propagaban el ateísmo y materialismo más absolutos, mientras que otros sentían repugnancia por estas ideas porque eran las de los explotadores aristócratas y capitalistas de la época prerrevolucionaria, claro está. La oposición entre socialistas ateos y teístas se prolongó en Francia hasta ya muy entrado el siglo XIX. Todavía Luis Blanc, en su *Historia de la Revolución francesa*, se pone de parte de Rousseau y Robespierre, que, en contraposición al ateísmo de Diderot y de Anacarsis Cloot, sostenían la necesidad de la creencia en la divinidad:

"Comprendían que el ateísmo santifica el desorden entre los hombres, porque presupone la anarquía en el cielo".

Olvidaba Luis Blanc que para el ateo, como no existe Dios, no existe tampoco el cielo.

Todas estas contradicciones y divergencias, en una época de tan violenta transformación como la de la Revolución francesa, tenía que provocar conflictos como los de las oposiciones directas de clase.

III

LA GRAN REVOLUCION

El mismo Luis XIV, que impulsado por el miedo a los parisienses trasladó la corte a Versalles, pudo vencer los últimos intentos de resistencia de la nobleza y logró adquirir poder suficiente para hacer de Francia, en lucha contra todos sus vecinos, la nación más grande y más fuerte de Europa. Pero sólo lo logró tras una larga serie de guerras, que agotaron a Francia y la condujeron al borde del abismo.

Su última guerra, la de la Sucesión española, que duró de 1701 a 1714, y terminó sin éxito para Francia, hubiera producido ya una revolución, de contar Francia con una clase fuertemente revolucionaria. La indignación que reinaba contra el monarca era enorme. Esto se vió a su muerte, en 1715.

"Su entierro fué de lo más sencillo, para ahorrar gastos y tiempo: el pueblo de París, que se creía libre al fin del yugo insoportable seguía al féretro del gran rey por las calles, acompañándolo no sólo con injurias y maldiciones, sino arrojándole barro y piedras. En provincias se oyó un grito de alegría mezclado con maldiciones al difunto; se celebraron en todas partes fiestas en acción de gracias: la dicha de verse libres del déspota mostróse abierta y paladinamente. Se esperaba del Regente paz, libertad de movimientos, disminución de los impuestos. (M. Philippson: *La época de Luis XIV)*".

Aun le quedaban que hacer al pueblo francés experiencias bien amargas con los sucesores del Rey Sol, hasta que se decidió a tomar en sus manos su propio destino.

Apenas comenzaba a reponerse el país, cuando se vió lanzado a nuevas guerras. De 1733 a 1735 tuvo que sostener una guerra con Austria, a causa de Polonia y Lorena; de 1740 a 1748 tomó parte, unido a Prusia, en la guerra de sucesión austriaca contra María Teresa e Inglaterra; de 1756 a 1763, en la guerra de los Siete Años, luchó al lado de María Teresa contra Prusia e Inglaterra: de 1778 a 1783 sostuvo guerra con Inglaterra en apoyo de la independencia de los Estados Unidos.

Estas guerras no sólo arruinaron al país, sino que en su mayoría fueron mal dirigidas y ni siquiera reportaron gloria militar.

El absolutismo había aniquilado, con ayuda de la burguesía, a la nobleza feudal, pero no para suprimirla, sino para dominarla incondicionalmente. El monarca se sentía jefe de la nobleza, que le era indispensable; escogía de preferencia, en el círculo de los nobles cortesanos adictos, los directores de la política y los jefes de los ejércitos, al propio tiempo que le quitaba su autonomía a esta misma nobleza, la degradaba reduciéndola a la vida privada del placer, y de este modo la llevaba a la decadencia moral y espiritual y a la ruina económica.

Cuanto más evidente era la bancarrota moral, intelectual y económica de la nobleza, tanto más exageraba sus exigencias con los campesinos, y éstos eran oprimidos y empobrecidos, lo que producía la ruina de la Agricultura, base económica del Estado. Al propio tiempo éste aumentaba sus exigencias con los infelices campesinos, los principales contribuyentes, pues los nobles, no conformes con arruinar al Estado con su diplomacia y su estrategia, querían indemnizarse a cuenta de éste de la inevitable decadencia de sus posiciones. En esta empresa les apoyaban la Monarquía y la Iglesia que era la mayor propietaria del reino.

Frente a esta situación desesperada alzábase París con una burguesía enérgica y progresiva, con una numerosa clase intelectual, que veía claramente los defectos del orden político y social y que los publicaba más abiertamente y los censuraba con más ardor que los intelectuales de ninguna otra gran ciudad europea. Y debajo de ellos la pequeña burguesía más fuerte y más consciente de Europa y el proletariado más numeroso, más concentrado y más desesperado que entonces podía encontrarse.

El día que chocasen todas estas contradicciones era inevitable un terrible conflicto. El cual estalló cuando, al final la Monarquía no pudo ya más, cuando se encontró tan llena de deudas que la amenazaba la quiebra, cuando ya no podía hallar el menor crédito.

Los Estados generales, que no se habían reunido desde 1614 y que eran una representación de la nobleza, del clero y de la burguesía, fueron convocados para que aprobasen nuevos impuestos y nuevos empréstitos que levantasen el crédito del absolutismo en quiebra y le ayudasen a prolongar su existencia. En 1789 se hicieron las elecciones y se convocó a los elegidos para Versalles, la residencia real.

Pero, aparte de los artesanos, todas las clases estaban profundamente indignadas contra el régimen dominante. Desde el día de su primera sesión, 5 de mayo de 1789, los Estados, más que a aprobar tributos y empréstitos nuevos, parecieron dispuestos a una labor reformadora. Las reformas que la nobleza y el clero proponían eran, naturalmente, distintas de las que la burguesía propugnaba; pero en el conflicto que se produjo venció

esta última, y los Estados generales se transformaron en una Asamblea Nacional Constituyente, que dió a Francia una Constitución.

En los comienzos de su actuación, el poder de la Asamblea Nacional era puramente moral; descansaba en el convencimiento de que tenía detrás de sí a la inmensa mayoría de la nación. Pero esto no era bastante para ampararla contra un golpe de Estado de un poder material, y la Monarquía poseía este poder, el Ejército, y estaba dispuesta a servirse de él.

Sólo que el recuerdo de la Fronda mostraba que también París disponía de fuerza material; por consiguiente había que doblegar antes a París para poder disolver o dominar la Asamblea. Se reunieron, en efecto, en París numerosas tropas, y cuando se creyó que eran suficientes sobrevino el golpe de Estado; la destitución del Ministro Necker, que había impuesto al rey la convocatoria de la Asamblea Nacional 11 julio 1789).

Si París hubiera tolerado esto, o si hubiese sido vencido en la lucha con las tropas, habría terminado por entonces la revolución. Pero París se insurreccionó; las tropas del rey no respondieron a la confianza depositada en ellas; las masas del proletariado y de la pequeña burguesía entraron en los Inválidos, sacaron de allí 300.000 fusiles y tomaron la fortaleza colocada ante los arrabales revolucionarios, la Bastilla (14 julio 1789).

Tras este acontecimiento, el rey y los cortesanos se sintieron perdidos. Inmediatamente comenzaron a levantarse en todo el reino los campesinos. Ya antes había habido revueltas aisladas de campesinos, que habían sido dominadas fácilmente. El levantamiento general que estalló ahora no había fuerza capaz de dominarlo. París salvó entonces la revolución y la hizo general.

Pero poco a poco pareció que la tormenta se calmaba. Cobraron valor el rey y sus partidarios; comenzaron a ponerse enfrente de acuerdos de la Asamblea Nacional y a reunir otra vez tropas. Entonces los parisienses comprendieron que no estaban seguros mientras los poderes supremos del Estado, el rey y la Asamblea Nacional continuasen en Versalles, y decidieron ponerles bajo su influjo y vigilancia directos. El 5 de octubre de 1789 salieron de París para Versalles grandes masas populares que trajeron consigo al rey. El pueblo esperaba que tras este paso quedaría tranquilo y podría dedicarse a la elaboración de la Constitución y a hacer obra práctica, de la que esperaba que saliese un bienestar general seguro. El 14 de julio de 1790, Luis XVI prestó juramento de fidelidad a la Constitución. Pero lo hizo contra su convicción interior; se sentía preso en las Tullerías y en lo íntimo de su alma le repugnaban todos los actos de su Gobierno.

No había transcurrido aún un año desde el día de su juramento cuando (21 junio 1791) huyó secretamente y cometió la

imprudencia de declarar sus intenciones antes de encontrarse en seguridad. Dejó un escrito en el que declaraba como arrancados por la violencia, y, por tanto, nulos, todos sus decretos desde el 6 de octubre de 1789. Obró prematuramente, pues durante su fuga fué reconocido, preso y trasladado a París.

Ya entonces una gran parte del pueblo de París, indignado, demandaba la deposición del rey; pero la tradición monárquica estaba demasiado hondamente arraigada en el alma popular para que esta idea cuajase desde el primer momento. Para Luis hubiera sido lo mejor, pues entonces sólo le amenazaba el destronamiento.

Peor aspecto tomó su causa cuando Francia se encontró en guerra con los monarcas aliados de Europa (abril 1792). Esta guerra no era una guerra como las anteriores, por un trozo mayor o menor de territorio. Era la guerra de la nobleza feudal y del absolutismo de Europa contra un pueblo que se había libertado y a quien se quería volver a someter; una verdadera guerra civil con toda la saña y la crueldad características de las guerras civiles. El enemigo amenazaba con el aniquilamiento total del pueblo revolucionario, y el propio rey era el aliado del enemigo de la nación.

En esta situación, el sentimiento monárquico perdió rápidamente su fuerza; sin embargo de lo cual, la Asamblea no se decidió aún a prescindir de la Monarquía. También en esta ocasión fueron los parisienses los que impusieron la prisión de Luis y la convocatoria de una nueva asamblea, la Convención, que diera a Francia una nueva Constitución republicana (10 agosto 1792). En su primera sesión, la Convención decidió por unanimidad la abolición de la Monarquía (21 setiembre 1792).

Pero los parisienses creían que la República no estaba segura mientras viviese Luis XVI, y exigieron que se le formase un proceso de alta traición . La mayoría de la Convención no osaba tomar semejante medida; pero la furia de París se hizo irresistible cuando se supo que en las Tullerías se había descubierto un armario secreto donde Luis había escondido una serie de documentos. Estos papeles atestiguaban que el rey había comprado a varios parlamentarios, entre ellos a Mirabeau; que mantenía relaciones con el enemigo y que parte de sus guardias que luchaban contra Francia en las filas austriacas recibían de él sus pagas durante la guerra.

Una fracción de la Convención trató a pesar de esto de salvar al rey. Propuso apelar al pueblo francés, para que un plebiscito decidiese de la suerte del monarca.

Tal intento de apelar a las provincias contra París encontró la mas enérgica resistencia de parte de los parisienses. El temor a su furia acabó por dominar en la Convención. La proposición plebiscitaria fué rechazada por 423 votos contra 276. Esta votación decidió la suerte de Luis XVI, que el 21 de enero de 1793 subió al patíbulo.

El partido republicano que más defendió al rey fué el llamado de los girondinos, denominación provinente de que los diputados que formaron el primer núcleo del partido habían sido elegidos por el departamento de la Gironda. Los girondinos se distinguían por su odio a París, con cuya situación predominante querían acabar. Su deseo era que Francia se convirtiese en un Estado federal.

"Cuatro días después de la apertura de la Convención repitió el girondino Lasource, entre el aplauso de sus correligionarios, la frase: "No quiero que París esté gobernada por intrigantes, no quiero que llegue a ser para Francia lo que Roma para el imperio romano. Es preciso reducir el influjo de París en un 83, es preciso que no exceda del de cualquiera otro de los 84 departamentos". (Cunov: *Los partidos de la gran revolución frencesa).*

El conflicto entre los girondinos y París tomó al final la forma más violenta. Con las revueltas del 1 de mayo hasta el 2 de junio, los parisienses consiguieron la detención de 34 girondinos. La respuesta fué el asesinato de Marat por la girondina Carlota Corday (13 julio), y en seguida la intentona de los girondinos de sublevar contra la Convención de Normandía, la Bretaña y el Mediodía... estando en plena guerra. La respuesta de los parisienses fué la ejecución de los girondinos que se hallaban en París (31 octubre).

IV

LA PRIMERA COMUNA DE PARIS

a) *El proletariado pariense y sus medios de lucha.*

Hasta ahora sólo hemos hablado de los parisienses. Claro está que no se refiere la denominación, en el sentido que aquí se le da, a toda la población de París, que se escindía en clases muy contrapuestas. La designación de parisienses se aplica a la gran masa de la población de París constituída por los pequeños burgueses y los proletarios.

Naturalmente, estos proletarios no tienen nada que ver con el proletariado moderno de la gran industria. Sin duda, había en París algunas manufacturas; pero la mayoría de los trabajadores, o estaban ocupados en los más variados servicios, como mozos de cuerda o peones, o eran oficiales de gremios que aspiraban a ser a su vez maestros independientes. Había también numerosos artesanos y trabajadores a domicilio e intermediarios de todo género que vivían en la mayor miseria y en la más desesperada incertidumbre. Esta pobreza y esta inseguridad hacía que fuesen proletarios por su posición social; pero por la situación de clase, por la fuente de sus ingresos, eran pequeños burgueses, y su ideal era una cómoda existencia burguesa. Nada más equivocado que creer que la analogía de la situación económica produce el mismo efecto que la analogía de clase, como creía Lasalle y como lo creen ahora los compañeros rusos, que suponen que el labrador pobre tiene distintos intereses que el labrador rico y los mismos intereses de clase que el proletariado asalariado de las ciudades. Esto es tan falso como la creencia de que los pequeños capitalistas tienen otros intereses de clase que los grandes, y que su oposición al capital financiero coincide con la oposición de clase del proletariado contra el capital. Los pequeños capitalistas quieren transformarse en grandes, los pequeños labradores quieren agrandar sus posesiones; éste es su objetivo y no una organización socialista de la sociedad. Unos y otros quieren aumentar sus ingresos a costa de los obreros: aquéllos, disminuyendo los salarios y prolongando la jornada de trabajo; éstos, aumentando el precio de los artículos de primera necesidad.

Así, aun las capas inferiores de la población de París en la época de la Revolución eran pequeño burguesa por su situación de clase, a pesar de las condiciones proletarias de su existencia. Estas condiciones no les daban ideales distintos de los pequeños burgueses, que estaban en mejor situación, pero hacían que empleasen métodos de lucha que no les eran muy simpáticos a los burgueses bien acomodados.

El hambriento no puede esperar, desespera; no medita al escoger sus medios de lucha; le importa poco su vida; no tiene que perder más que sus cadenas; lo osa todo en una época en que lo tradicional se derrumba y en la que cree que puede conquistar el mundo.

Así, los proletarios, la gran masa de la población de París, constituyen la fuerza que impulsa siempre hacia adelante la Revolución. Su desesperada resolución les hizo señores de París, hizo a París señora de Francia, hizo que Francia triunfase sobre Europa.

Su gran fuerza era la insurrección armada. Sus alzamientos no eran improvisados, no salían espontáneamente de las circunstancias. Más bien estaban organizados. Sin embargo, respondían a los impulsos espontáneos de las masas, no a sus directores, y sólo a esto debían en ocasiones su empuje irrestible. Un alzamiento que tiene que ser promovido por los directores, que no se les impone a éstos desde abajo, muestra por esto sólo que carece del necesario ímpetu y, por tanto, está condenado al fracaso. Durante la época del ascenso revolucionario, las masas eran las que empujaban y los directores los empujados. Mientras duró esta situación, la revolución marchaba adelante. En el momento en que se invirtieron los términos y los directores sintieron la necesidad de excitar a las masas a la lucha, la revolución había comenzado a decaer.

Pero si es verdad que una insurrección sólo puede tener probabilidades de éxito cuando surge sin que sean los directores sus promovedores, no quiere esto decir que tiene mayores probabilidades de éxito si no está organizada. Las insurrecciones de la gran revolución descansaban en organizaciones de masas.

Ya en el primer levantamiento, en el asalto a la Bastilla, se vieron indicios de organizaciones. Más tarde éstas se hicieron más estrechas, y adquirieron un carácter más permanente.

Durante la revolución cada municipio se tomó la mayor autonomía. La Asamblea Constituyente confirmó, en la ley del 22 de diciembre de 1789, la situación que se había impuesto en todas partes a consecuencia de la desaparición repentina del poder político. Los municipios adquirieron por esta ley una autonomía más amplia, quedó a su cargo toda la policía local, la dirección de la guardia nacional que se había formado en las ciudades.

Pero al mismo tiempo la burguesía trataba de excluir de este poder a las clases inferiores. La Asamblea Nacional estableció la

hábil diferencia entre ciudadanos activos y pasivos. Activos eran aquellos que pagaban una contribución directa equivalente al importe de tres jornales corrientes de la localidad. Sólo éstos tenían derecho de sufragio para los ayuntamientos y para la Asamblea Nacional. Sólo de entre ellos se reclutaba la guardia nacional. Por consiguiente, estas corporaciones se convirtieron en representantes de los propietarios.

Pero en París los ciudadanos pasivos y aquellos de los burgueses activos que participaban de sus ideas se organizaron al lado de la representación municipal oficial. Y se armaron por su cuenta.

Las elecciones de los Estados generales para el tercer Estado fueron indirectas en su mayoría, pero con un sufragio casi general:

"Para las elecciones se había dividido a París en sesenta secciones, que tenían que elegir los compromisarios. Una vez nombrados éstos, los distritos tenían que disolverse. Pero siguieron subsistiendo, y se organizaron por propia iniciativa como órganos permanentes de la administración comunal... No se dejaron disolver, y en el momento en que antes del 14 de julio (toma de la Bastilla) todo París estaba en ebullición, comenzaron a armar al pueblo y a proceder como autoridades independientes... Después de la toma de la Bastilla los distritos obraban ya como órganos reconocidos de la administración comunal... Para comunicarse entre sí establecieron una oficina central donde se reunían los delegados y cambiaban impresiones. De esta manera, de abajo arriba, por la asociación de las organizaciones de distrito, que salieron revolucionariamente de la iniciativa popular, nace un primer intento de Comuna. Mientras la Asamblea Nacional va socavando poco a poco el poder del rey, los distritos, y luego las secciones, amplían la esfera de su acción en el pueblo; establecen el lazo entre París y las provincias, y preparan el terreno para la Comuna revolucionaria del 10 de agosto. (Kropotkin: *La revolución francesa*. Llevado de su punto de vista anarquista, Kropotkin ha hecho resaltar especialmente la historia de la Comuna en la revolución. Prescindiendo de obras especiales, es en él donde se la puede estudiar mejor. En cambio el aspecto parlamentario de la revolución resulta muy descuidado en su libro.)"

La Asamblea Nacional trató de acabar con las asambleas de distrito. Por la ley de 27 de mayo de 1790 se cambió la división electoral de París. Los 60 distritos se transformaron en 48 secciones. En las asambleas sólo debían participar los ciudadanos activos. Pero los ciudadanos pasivos no acataron la prohibición. Pronto las secciones se convirtieron en el punto central de la actividad revolucionaria. Y pronto no hubo cuestión alguna municipal o del Estado que no les ocupase y en cuya resolución no interviniesen enérgicamente. Y gradualmente fueron atrayendo a sí la administración comunal, que dirigían por delegados y comisiones. Esto hizo

que la Asamblea general de las secciones estuviese en sesión continua. Sólo por esta permanencia podía desarrollar una actividad tan intensa.

El 10 de agosto de 1792 las secciones suprimieron el Ayuntamiento, que había ido perdiendo todo su poder, y crearon la nueva **Comuna revolucionaria**, a la que cada sección enviaba tres comisarios. De aquí en adelante, la Comuna parisiense, apoyada en las secciones, es la que dirige el curso de la revolución.

La historia tradicional no ha dado a las secciones la debida importancia.

Su trabajo fué el de la muchedumbre anónima. Los grandes nombres de la revolución brillaban más en el Club de las jacobinos que en las secciones. Pero lo que el Club realizó lo consiguió por las secciones, siendo él a menudo la parte vacilante, el elemento que va a la zaga. Sólo los proletarios que no tenían nada que perder podían precipitarse osadamente, sin vacilaciones, en lo desconocido.

b) *Las causas del terror*

Por la Comuna, el proletariado parisiense adquirió una posición dominante en la Francia revolucionaria, pero esta posición era tan contradictoria como la de París frente a las provincias y como la misma posición del proletariado en la sociedad.

Pequeños burgueses por la clase a que pertenecían, eran partidarios de la propiedad privada de los medios de producción; no podían ir más allá de ella, pues la necesitaban para continuar produciendo. Y, sin embargo, su pobreza les hacía enemigos de la propiedad de los ricos, cuyo bienestar les indignaba y cuya riqueza había salido de su miseria. Precisamente su odio contra los grandes patrimonios, tanto feudales como capitalistas, fué el que les comunicó aquella energía para combatir la contrarrevolución, y gracias a su predominio en París les hizo los campeones de la revolución, en que estaba interesada la gran masa del país. En la lucha gigantesca que sostuvo contra el feudalismo y la realeza en Francia y contra toda la Europa monárquica, el proletariado parisiense tenía detrás de sí la fuerza entera de la nación, de la nación más fuerte del mundo. Gracias a ella pudo hacer frente a todos los poderosos de la tierra. En aquel tiempo se formó la potente conciencia revolucionaria del obrero parisiense, que le hizo ser, hasta la segunda Comuna, hasta los últimos decenios del pasado siglo, el modelo admirado de todo el proletariado internacional.

Pero este proletariado era la clase de los consumidores más pobres de París, de los que más apremiantemente necesitaban artículos de primera necesidad a precios reducidos, y nunca tanto como en los tiempos de la gran revolución, que fué, en el sentido

literal de la palabra, una revuelta de hambre. Esto determinó que los parisienses estuviesen en una oposición cada vez mayor con los labradores, los intermediarios, los financieros, con los elementos a quienes más favorecía la propiedad privada de los medios de producción, cuya abolición no era posible bajo el dominio de la pequeña burguesía, y que, en efecto, no se intentó nunca, ni apenas se propuso. Cuando los proletarios quisieron hacer valer también en este punto su poder sobre París, y el poder de París sobre las provincias, hubieron de comprender que a la larga no podían sostenerse en minoría contra la mayoría. A pesar de sus triunfos anteriores, en este punto fracasaron.

Los proletarios habían entrado en la revolución con la esperanza de que con la desaparición de la miseria feudal desaparecería toda miseria, como lo había prometido la burguesía, que lo creía así. Pero ahora se encontraban con que habiendo conquistado la libertad política y el poder, sólo los labradores y los burgueses conseguían bienestar. La miseria de las grandes ciudades no sólo no desapareció, sino que en ocasiones se hizo más aguda que nunca.

Hambre y carestía fueron dos notas características de toda la época de la revolución. Suele explicárselas porque casualmente hubo aquellos años una serie de malas cosechas. Pero me parece que no sólo dimanan del acaso, sino que están basadas en las propias circunstancias revolucionarias.

El productor agrícola de aquella época se bastaba aún en gran parte a sí mismo. Impuestos y cargas feudales suministraban de una parte el dinero que a París afluía y que allí se gastaba, y por otra parte proporcionaban los productos que se compraban con este dinero y que necesitaban los parisienses para su alimentación.

La revolución abolió las cargas feudales, pero provisionalmente suprimió también los impuestos, pues el Estado carecía de medios para recaudarlos. Por consiguiente, los labradores no se veían constreñidos como antes a vender. Esta libertad la utilizaron primeramente para alimentarse a sí mismos, para aplacar el hambre secular a que el Estado y los señores feudales les habían condenado. Luego, lo que les sobraba no querían venderlo sino a precios elevados. Nada había ya que les forzase a vender barato. Esto sólo tenía que producir una oposición entre París y las provincias, que tomó en ocasiones las más violentas formas. En 1793 la Convención llegó a organizar un *ejército revolucionario* de 6.000 hombres para que se dedicase a recorrer los pueblos requisando para París productos alimenticios, medida semejante a la que se ha tomado ahora en Rusia y que fracasó igualmente. Este es uno de los rasgos que hacen tan semejante, aun en cosas externas, a la actual revolución rusa con la gran revolución burguesa del siglo XVIII.

La hostilidad se agudizó con la guerra que produjo el bloqueo de Francia impidiendo remediar con la importación la falta de productos alimenticios. La guerra aumentó el hambre de los parisienses, pero también a la población rural le impuso cargas, especialmente el servicio militar obligatorio.

Los parisienses estaban vivamente interesados en la victoria. Una derrota, a quien más hubiera afectado hubiera sido a París, como el centro de la revolución. Pero, además, donde el sentimiento nacional estaba más desarrollado era en París. La grandeza y el poder de París estaban íntimamente ligados a la grandeza y el poder de la nación. Los hombres de la Montaña, la extrema izquierda revolucionaria, fueron los autores de la fórmula "República una e indivisible", y el calificativo de patriota se hizo sinónimo de radical revolucionario.

En cambio, la posición de los campesinos frente a la guerra era muy distinta. Los que vivían en la frontera, naturalmente, deseaban libertarse de la invasión enemiga y además se daban cuenta de que una victoria del extranjero era la amenaza del restablecimiento de las cargas feudales. Eran, por tanto, tan patriotas como París, especialmente los alsacianos. Pero otra cosa ocurría con los que vivían en comarcas alejadas de la frontera, que no se sentían amenazados de ninguna invasión extranjera. Estos no comprendían la significación política de la guerra; sólo sentían sus cargas, que creían les eran impuestas por los regicidas y ateos parisienses. Algunas de estas comarcas, como la Vendée, la Normandía y la Bretaña, extremaron tanto su oposición a París, que llegaron a sublevarse abiertamente cuando encontraron quien les dirigiera. Esta dirección se la suministró en ocasiones la aristocracia antirrevolucionaria; pero ya hemos visto que en una ocasión también la burguesía revolucionaria, representada por los girondinos, intentó levantar a las provincias contra París.

Como los campesinos, también los financieros se encontraron en oposición con los proletarios y los pequeños burgueses. Una oposición más extremada aún y más inmediata. No era la oposición entre obreros y capitalistas industriales, que por entonces no tenían aún importancia. Todavía después de la revolución incluye Saint-Simon a los últimos entre las clases trabajadoras. Era una oposición contra el capital financiero y comercial, contra los usureros, acaparadores, especuladores, comerciantes. Estos no habían motivado la falta de artículos de primera necesidad, pero la explotaban, haciendo más aguda la miseria. No creo necesario explicar esto con detalles; cosas perfectamente análogas vemos pasar, estremecidos, ante nosotros desde hace casi cinco años.

Las ganancias obtenidas a costa de la carestía tenían que producir una indignación profunda en las masas hambrientas. A ellas se agregaron las ganancias de los proveedores del ejército —desde 1792— y de los especuladores de tierras. La Asamblea Nacional había confiscado los bienes de la Iglesia, que constituían quizá un

tercio de la tierra francesa. A estos bienes se añadieron los de los aristócratas que huían de Francia para combatir desde afuera la revolución. También sus posesiones fueron confiscadas. Pero toda esta enorme masa de tierras no pasó a ser propiedad del Estado, ni fué tampoco repartida entre los labradores pobres, sino que se vendió. Esta medida la hacía necesaria el estado precario de la Hacienda pública, que había dado el primer impulso para la revolución, pero no se había remediado con ésta, sino más bien se había empeorado, pues los campesinos habían dejado de pagar impuestos. El provecho de la confiscación de los bienes eclesiásticos y señoriales lo obtuvieron los que compraron tierras por poco dinero, con frecuencia con el único objeto de parcelarlas y vender luego a precios elevados las parcelas sueltas. La Hacienda pública obtuvo pocas ventajas de la venta, pero floreció, en cambio, la especulación de los terrenos.

En tan angustiosa situación no le quedaba al Gobierno más salida que acudir al cómodo recurso de la emisión de papel moneda. Y, efectivamente, se emitieron billetes en enormes proporciones, lo cual aumentó aún más la carestía y produjo las mayores oscilaciones en el valor de la moneda, lo que aprovecharon también en favor suyo especuladores y usureros.

Así, de la ruina de la antigua propiedad feudal nació una nueva propiedad capitalista que crecía a compás de la miseria de las masas, mientras por otra parte aumentaba el poder del proletariado. Esta situación parodójica muestra claramente cómo la mera posesión del poder político sirve de poco para contener la acción de las leyes económicas si no se dan las condiciones sociales necesarias para ello. Pero los proletarios parisienses tenían hambre, y, como dice un poeta alemán, "en el estómago hambriento sólo entra una lógica de sopa con argumentos de fideos".

No investigaban lo que era posible y lo que era inevitable en determinadas condiciones económicas. Tenían el poder y estaban decididos a emplearlo para implantar aquel reino de la igualdad, fraternidad y bienestar general que les habían prometido los pensadores de la burguesía. Y como no les era posible alterar el proceso de la producción, trataban de cambiar, con ayuda de su poder, la distribución de los resultados de este proceso, empleando medios que estamos cansados de ver en nuestros días: tasas, empréstitos forzosos análogos a nuestra contribución extraordinaria de guerra y otros recursos que entonces era aún menos eficaces que hoy por la enorme diseminación de la producción, lo defectuoso de la estadística y la impotencia del poder central frente a las autoridades locales.

La contradicción entre el poder público del proletariado y su situación económica fué haciéndose cada vez más violenta. La guerra, por otra parte, aumentaba la miseria reinante, y en su desesperación, los directores del proletariado recurrieron cada vez en mayor escala al remedio extremo, a la represión sangrienta, al terror.

c) *El fracaso del terrorismo.*

Por la Comuna, los pequeños burgueses y proletarios de París dominaron a toda Francia; pero se guardaron muy bien de ejercer este dominio directamente ni de declarar abiertamente que todo poder venía de la Comuna. Sabían que el reino sólo podía mantenerse unido y gobernarse por una Asamblea que representase a toda la nación, y se guardaron de tocar a la Asamblea Nacional, a la Convención. No gobernaban sin ella, ni mucho menos contra ella, sino por ella.

Lenín debe haberse propuesto seguir una política análoga, pues si no sería incomprensible que dejara hacer las elecciones para la Constituyente y convocase a ésta. Pero la Comuna tuvo más fortuna que él; supo servirse de este instrumento tan útil, que Lenin echó contra su voluntad por la ventana ya desde los primeros días de su mando.

Sin duda el partido de la Montaña, que iba de acuerdo con la Comuna, estaba en minoría en la Convención, pero la mayoría no estaba compuesta exclusivamente de políticos de carácter y convicciones. Dejaron que influyese sobre ellos el ambiente de París, y cuando esto no bastaba para que votasen con la Montaña, ejercían sobre ellos una presión enérgica para arrancarles el voto deseado. Con ayuda de estos elementos débiles, *del pantano*, la Montaña disponía de mayoría en la Convención. Pero en la angustia de la situación, que a menudo pedía medidas repentinas, no siempre bastaba la actividad legislativa de la Convención. Y sus leyes eran insuficientes para remediar los males y para atender a las necesidades sociales. Toda ley prohibitiva, por severa que sea, por sólo el hecho de prescribir determinadas reglas, pone límites a su eficacia y ofrece a los interesados puntos de apoyo que con habilidad pueden aprovechar. Toda política prohibitiva que se dirija contra manifestaciones de la vida hondamente arraigadas en las costumbres, y, por consiguiente, inatacables, se ve forzada más tarde o más temprano a libertarse de las cadenas de la ley que ella misma se ha forjado y lanzarse a la opresión sin limitaciones legales, a la dictadura.

Este y no otro es el sentido de la dictadura, si por dictadura se entiende, no un estado de hecho, sino una forma de gobierno. Es un estado de arbitrariedad que sólo puede ser ejercido, naturalmente, por un pequeño grupo o por una sola persona. Un círculo amplio de personas necesita ya ciertas reglas para distribuirse el trabajo, necesita un reglamento; por consiguiente, está ya atado por leyes.

La dictadura típica como forma de gobierno es la dictadura personal. Una dictadura de clase como forma de gobierno es un

contrasentido. Un régimen de clase no se comprende sin leyes.

Como las leyes prohibitivas sancionadas por la Convención contra usureros, especuladores y contrarrevolucionarios resultaron ineficaces, los elementos proletarios recurrieron a la dictadura.

Ya el 25 de marzo de 1793 la Convención tuvo que instituir un "Comité de la Salud pública y de la Defensa general", que fué adquiriendo cada vez con más extensión los derechos de un soberano absoluto y que tenía un número muy reducido de miembros. Primero eran 25 y luego fueron reducidos a nueve. Sus sesiones eran secretas. Vigilaba a los ministros y generales, nombraba y destituía empleados y oficiales, enviaba comisarios con poderes ilimitados, podía tomar cuantas disposiciones creyese necesarias, que tenían que ser ejecutadas sin discusión por los ministros. Sin duda respondía ante la Asamblea Nacional; pero era una mera formalidad, pues ésta temblaba ante el Comité. Para limitar de algún modo su poder absoluto se dispuso que fuese renovado todos los meses y que no podía disponer del Tesoro público. Pronto el Comité de Salud pública vino a ser un órgano exclusivo del partido de la Montaña. Y a medida que aumentaban sus facultades discrecionales iba destacándose en su seno el poder dictatorial de una personalidad única: *Robespierre.*

Como instrumentos de la dictadura se crearon dos instituciones más con poderes casi arbitrarios: el Comité de Seguridad pública y el Tribunal de la Revolución, encargado de juzgar todos los intentos antirrevolucionarios y todos los ataques a la igualdad. libertad e inviolabilidad de la patria. Bastaba ser denunciado por un patriota y aparecer sospechoso para ser condenado por este Tribunal, sin posibilidad de apelación.

Luis Blanc, en su *Historia de la Revolución francesa,* describe del siguiente modo la organización del régimen del Terror:

"Tenemos un Club infatigable, el de los Jacobinos, que anima con su aliento a París.

"París, que está dividido en una serie de Asambleas populares que se llaman secciones, da expresión al pensamiento de los Jacobinos.

"La Comuna, el centro de las secciones, transmite a la Asamblea la expresión del pensamiento de París.

"La Asamblea formula en leyes estos pensamientos.

"El Comité de Salud pública les da vida en todas las esferas: en la Administración del Estado, en la elección de los funcionarios, en el Ejército, en las provincias por medio de los comisarios, en todas partes por Comités revolucionarios.

"El Comité de Seguridad pública tiene la misión de vigilar todo intento de resistencia.

"El Tribunal revolucionario extraordinario se apresura a castigarlos.

"Este era el mecanismo revolucionario." (*Histoire de la Revolution Française.* Bruxelles, 1856).

Este terrible aparato funcionaba sin miramientos. Se esperaba que guillotinando a los acaparadores, usureros y especuladores, se acabaría con el acaparamiento, la usura y la especulación.

Pero la situación económica era lo menos a propósito del mundo para que nadie pudiera alimentar la esperanza de que el trabajo manual llegase a producir grandes frutos. Más que nunca tenía que vivir, sobre todo en la gran ciudad, en la mayor miseria el que no contase con dinero, con mucho dinero. El Terror no consiguió acabar con esta apetencia de dinero; lo que hizo fué que se buscase por caminos tortuosos, creando, además, con el soborno una nueva fuente de enriquecimiento y corrupción.

Cuanto más peligroso resultaba ser cogido infringiendo las leyes, tanto más dispuestos se mostraban los infractores a comprar con una parte del botín el silencio de sus descubridores. Y cuanto más aguda era la miseria, tanto más viva la inclinación de algunos de los órganos administrativos a hacer una fuente de ingresos de su tolerancia.

Así, a pesar de todos los horrores de la guillotina, aparecían constantemente nuevos patrimonios; los guillotinados eran sustituídos por otros capitalistas y el hambre no disminuía.

Muchos de los nuevos capitalistas eran los elementos más audaces y hábiles de entre los revolucionarios, no, naturalmente, los más honrados. En cambio, los mejores, los más altruístas, los más dispuestos al sacrificio, se desgastaban en lucha con el enemigo exterior y en las inacabables contiendas civiles.

De esta manera se iban enrareciendo por dos partes las filas del proletariado revolucionario: por la muerte de los mejores y por el paso de los más audaces a la clase de los explotadores. Por ambos lados perdía el proletariado sus elementos más sanos.

El resto se iba haciendo cada vez más cobarde y más apático. La revolución llevaba ya cuatro años; a los labradores y financieros les había traído beneficios, a algunos los había enriquecido, y, en cambio, no sólo no había aplacado, sino que había agudizado, el hambre del proletariado, que era la clase que había luchado con más ardor y más decisión y que había conseguido apoderarse del poder político. Ni el terror más sangriento mejoraba su situación. ¿Qué podían esperar de la política? La duda, el desaliento, el cansancio comenzaban a deslizarse entre ellos.

Además, el régimen de la Comuna les había obligado a desarrollar una actividad extraordinaria. Ya hemos visto que el poder de las secciones descansaba en que todos los ciudadanos intervenían constantemente en sus deliberaciones, en que las secciones trabajaban incesantemente y tomaban a su cargo todos los asuntos posibles de la administración y de la acción política.

A la larga, esto no podía continuar. Los proletarios y pequeños burgueses de las secciones necesitaban trabajar, pues si no, ¿de qué iban a vivir?

Con trabajos de ocasión, constantemente interrumpidos, no podían medrar gran cosa. Mientras ardió en sus almas el fuego revolucionario, mientras esperaban de la política revolucionaria el bienestar, podían soportar el desastre económico a que se exponían. A medida que empezaron a dudar, comenzaron a abandonar la política y a refugiarse en el trabajo productivo.

Fueron consintiendo que gradualmente se sustrajeran a la actividad de las secciones más y más asuntos y permitiendo que el poder del Estado pasase a funcionarios retribuídos, lo que preparó la futura centralización burocrática del Imperio. Al mismo tiempo ocurría que las gentes acomodadas y su clientela, que en una u otra forma retribuían, dominaban cada vez más por el número en las mismas secciones, porque disponían de tiempo suficiente, al paso que los proletarios y pequeños burgueses, que tenían que trabajar, concurrían cada vez menos frecuentemente; de manera que había el peligro de que los primeros llegasen a conseguir la mayoría.

Un síntoma del decaimiento de la actividad revolucionaria de las secciones fué la disposición de la Convención en 9 de septiembre de 1793, limitando a dos sesiones semanales las deliberaciones de las secciones y que concedía dos francos por sesión a cuantos viviesen del trabajo de sus manos. Pero esta disposición no contuvo el desaliento y el cansancio de la masa.

Esto mismo determinó un cambio en las relaciones entre las masas y sus directores. En el período ascendente de la revolución las masas habían impulsado a los directores vacilantes y les habían insuflado energía y confianza en la victoria. Y esta es la relación que debe existir entre las masas y sus directores dondequiera que se produce un movimiento popular con éxito. En situaciones revolucionarias los directores serán siempre más precavidos que las masas, porque se dan más cuenta de las complicaciones y ven con mayor claridad las dificultades.

Pero ahora los directores estaban en una situación en que para afirmarse, para no hundirse, necesitaban exigir esfuerzos incesantes de las masas, que seguían dudando cada vez más. Los directores se veían obligados a empujar a las masas, a punzarlas, a inflamarlas. En un movimiento popular esta situación muestra que le falta la fuerza interior, que, o no la ha alcanzado todavía o que la ha perdido ya.

Para estimular a las masas, el régimen tenía que tomar una apariencia de fuerza, tenía que embriagarse para olvidar su incapacidad, para lograr resultados sociales y económicos. Esta embriaguez era la embriaguez de sangre.

Este era un motivo más para continuar el régimen del terror, haciéndolo cada vez más violento.

Otro, la nerviosidad creciente de los directores, que sentían hundirse el suelo bajo sus pies. Con la desesperación crecía el odio, no sólo contra los enemigos de clase, sino también contra las direcciones opuestas dentro del mismo campo. Los directores sentían cada vez con más intensidad que cualquier falta o imprudencia podía ser fatal.

Siempre se cometen torpezas, y en una revolución más, pues las pasiones están más excitadas y el cambio brusco de las circunstancias aglomera dificultades inauditas.

Es característico del ímpetu ascendente de una revolución el que marche siempre adelante, a pesar de todas las torpezas. Mas cuando comienza a decaer, la falta más leve resulta grave.

A medida que los directores de la revolución sentían más intensamente lo precario de su situación, iban combatiéndose con saña mayor las distintas direcciones tácticas que en su seno se agitaban; cada una de ellas creía de necesidad apremiante sojuzgar a las otras para salvar la revolución.

Desde el principio alentaba en el seno del partido de la Montaña la oposición entre los deístas (aunque no creyentes) y los ateos, entre los puritanos filisteos y los libertinos audaces, entre los radicales y los moderados. Esto no había sido obstáculo para su cooperación primeramente. Y cuando comenzaron a combatirse con tal saña que se aplicaron unos a otros los medios del terror se veía que la revolución estaba en rápida decadencia. Su suerte se decidió cuando la fracción de Robespierre condujo ante el Tribunal revolucionario a los herbertistas por ultrarrevolucionarios y a los dantonianos por corrompidos y moderados y consiguió que compartiesen en la guillotina (marzo 1744) el destino que unos meses antes habían hecho sufrir a los girondinos.

Estas medidas terroristas, además de ser por una parte un síntomas del decaimiento del espíritu revolucionario contribuían a fomentarlo, dividiendo a las masas y convirtiendo a los partidarios de los guillotinados en enemigos del Gobierno revolucionario. El cual, por otro lado, impulsado por la apatía creciente de las masas, vióse forzado a sustraer de las secciones las funciones por ellas ejercidas y entregárselas a funcionarios públicos. La Policía, especialmente la Policía política, pasó a manos de las dos instituciones centrales en quienes se había concentrado el poder efectivo del Estado: los Comités de Salud y Seguridad públicas de la Convención. La Policía se hizo un instrumento todopoderoso de un Gobierno omnipotente, y de ser una función ejercida en la publicidad de las secciones pasó a ser una función secreta. La Policía secreta se convirtió en un poder invisible que pesaba sobre todo el mundo.

Pero en vano trataba de asegurarse el grupo dominante ape-

lando a toda suerte de medidas terroristas. La base sobre que descansaba era cada día más vacilante. No sabían otros recursos que el de intensificar el terror y la omnipotencia de la Policía; pero sólo lograban con ello que, sintiéndose todos amenazados, se agrupasen para defenderse, consiguiendo al cabo vencer a los elementos dominantes, que en el momento decisivo no tuvieron a nadie en su favor.

Kropotkine, que, lejos de ser adversario de la Comuna, la admira con entusiasmo, ha descrito muy bien esta caída fatal. En el capítulo LXVII de su libro sobre la Revolución francesa, titulado "El Terror", dice entre otras cosas:

"La mayor dificultad (aparte de la exterior proviniente de la guerra) estaba en el ambiente que reinaba en el país, especialmente en el Sur. Las matanzas en masa hechas sin distinción por los jacobinos locales y los delegados de la Convención, lo mismo contra los directores que contra la multitud, habían sembrado un odio tan violento, que la guerra declarada era sin cuartel. Y la situación se hizo aún más difícil porque ni en los pueblos ni en París hubo más salida que la extrema de la venganza".

Esto se documenta con algunos ejemplos que muestran cómo Robespierre se vió forzado a llevar hasta el máximo el terror.

Luis Blanc cree que Robespierre quería acabar con el régimen del terror, cuyas dañinas consecuencias comprendía; pero no encontró otro medio para acabar con los partidarios del terror que en sus propias filas se contaban, que el de combatirlos con las armas de la más violenta represión. Dice Luis Blanc:

"Robespierre quería hacer temblar a aquellos ante quienes temblaba todo el mundo. Había forjado el atrevido plan de destrozarlos con sus propias armas, de matar al terror con el terror." (*Histoire de la Revolution française*, II.)

Cabe discutir si eran éstos, en efecto, los verdaderos motivos de Robespierre. Lo cierto es que publicó la ley de 22 de Pradial (10 de junio de 1794) suprimiendo las últimas garantías para todo acusado político. Se les privó de defensor ante el Tribunal revolucionario, el procedimiento quedó meramente sujeto a las reglas del sano sentido común, el fallo se dejó al arbitrio de la conciencia del juez y a sus averiguaciones, de cualquier modo que las hubiese conseguido.

Ya en 24 de febrero de 1794 había declarado Robespierre:

"Quieren detener con sutilezas jurídicas la marcha de la revolución. Se tratan las conspiraciones contra la República como litigios entre particulares. La tiranía mata y la libertad ha de discutir. Y la ley penal hecha por los mismos conjurados es la que se les aplica."

La única pena que podía aplicarse era la de muerte, que había de alcanzar también a los que propalasen "noticias falsas con ánimo de dividir o confundir al pueblo, corromper las costumbres o envenenar la conciencia pública". Pero designaciones de esta índole las aplican todos los Gobiernos a toda manifestación que huele a oposición.

Kropotkine hace notar a este propósito:

"Promulgar una ley semejante no es otra cosa que declarar la quiebra del Gobierno revolucionario... Y, en efecto, su resultado fué que en seis semanas había madurado la contrarrevolución."

Se guillotinaron 54 personas con arreglo a esta ley.

"Así comenzó esta ley, a la que todo el mundo llamaba la ley Robespierre, su actividad. Apenas comenzada a aplicar hizo que París odiase el régimen del terror."

Al poco tiempo se celebró un proceso en que había 150 acusados, que fueron decapitados en tres grupos.

"Es inútil detenernos a comentar este hecho. Baste decir que desde el 17 de abril de 1793, día en que inauguró su funcionamiento, el Tribunal revolucionario, hasta el 25 Pradial del año IV (10 de junio de 1794), es decir, en catorce meses, el Tribunal había enviado a la guillotina en París 2.607 personas, mientras que el mismo Tribunal, después de la nueva ley, en cuarenta y seis días, desde el 22 de Pradial hasta el 9 Termidor (27 julio 1794), condenó a muerte a 1.351 personas.

"Pronto el pueblo de París comenzó a estremecerse al ver pasar los carros en que se llevaba a la guillotina a los condenados, que apens podían ser vaciados en un día por cinco verdugos. Casi no había cementerios donde enterrar las víctimas, porque cada vez que se abría para este fin uno nuevo, en los barrios obreros se producían protestas violentas.

"Las simpatías de la población obrera de París pasaron ahora a las víctimas, tanto más cuanto que los ricos habían huído o estaban escondidos, y la guillotina se dirigía principalmente contra los pobres. En efecto, de los 2.750 guillotinados cuya clase pudo Luis Blanc establecer, sólo 650 pertenecían a las clases acomodadas. Hasta se susurraba que en el Comité de Seguridad había un realista, un agente de Batz, que impulsaba a la represión para hacer odiosa a la República. Lo cierto es que cada una de estas ejecuciones en masa apresuraba la caída del régimen jacobino."

Todo el mundo se sentía amenazado por Robespierre y su gente, y todos se unían contra ellos. Ultrarradicales y moderados, girondinos y montañeses, proletarios y burgueses.

El poder de Robespierre se hundió la primera vez que, reunidos sus enemigos, le enseñaron los dientes. Su llamamiento a las masas el 9 Termidor no halló eco suficiente y cayó. Pero al mismo tiempo la Comuna de París perdió la última apariencia de poder. La revolución volvió a la base que las circunstancias económicas demandaban: el Gobierno de la burguesía.

V

LA TRADICION DEL TERROR

La caída de Robespierre fué una catástrofe del peor género, una catástrofe moral, producida porque los proletarios de París abandonaron al partido que quería representarles, se negaron a combatir por él; más aún, respiraron aliviados cuando al fin terminó la horrible represión.

Pero pronto se olvidó este lamentable final. Lo que quedó impreso en el ánimo de la masa revolucionaria —y no sólo en París— fué el recuerdo de su gran época, de la época en que por sus insurrecciones dominaban a la Convención, y por la Convención a Francia, la nación más poderosa de aquel tiempo, que fué capaz de resistir a toda Europa y hasta de someterla pasajeramente.

Durante la época, lamentable para los proletarios y pequeños burgueses y los revolucionarios en general, del régimen militar de Napoleón, y, luego de su caída, bajo el imperio de los nobles campesinos y los magnates de la finanza, los revolucionarios recordaban con entusiasmo íntimo aquellas grandes tradiciones.

Sólo muy contadas personas estudian la historia con fines científicos, con espíritu científico, para descubrir conexiones causales en la evolución de la Humanidad, poniéndolas en concatenación con las demás conexiones conocidas, o, en otros términos, para profundizar la concepción que del mundo se tenga y llegar a un conocimiento claro asentado en sólidos fundamentos.

El punto de partida de toda ciencia es un fin práctico y no el impulso hacia el conocimiento filosófico. Esto lo muestra, verbigracia, claramente, con sólo fijarse en su nombre, la tan abstracta Geometría, pues Geometría no es otra acosa sino el arte de medir la tierra.

También el punto de partida de la historia fué un fin práctico: el elogio de los antepasados para incitar a las nuevas generaciones a seguir su ejemplo. Como lo que importaba en primer término no era el conocimiento, sino el efecto político o ético, no se tuvo por necesario atenerse estrictamente a la verdad; para aumentar el efecto se exageraba de buen grado y hasta se inventaba si se

creía conveniente. La falsificación de la historia es tan antigua como la historia misma.

Como todo el mundo sabe, esta manera de entender la historia no ha desaparecido aún. Mas bien se estima como obra loable, como la flor del sentimiento patriótico.

Otro nuevo fin práctico tuvo la historia cuando se convirtió en un medio de basar en costumbres, acuerdos o contratos del pasado, pretensiones de un Estado, o, dentro de un mismo Estado, de determinadas localidades, clases o familias. También esta clase de historia suministró abundante alimento a la falsificación. Así, verbigracia, se fundó en documentos falsificados una gran parte del patrimonio y del poder de la Iglesia católica, tanto del Papa cuanto de diversos obispos, órdenes y conventos.

La confesión de documentos falsos ha pasado de moda desde que el saber leer y escribir no es patrimonio exclusivo de algunos círculos elegidos. Pero que la *ciencia* histórica sabe fabricar argumentos para cualquier pretensión nos lo demuestra la seguridad con que en los últimos años se probaron *científicamente* los derechos de los países en guerra en consonancia con sus apetitos.

Pero, la más importante aplicación práctica de la historia no es ni el aleccionamiento y entusiasmo producido por las hazañas de los antepasados, ni la fundamentación de fuerza que produce el aprovechar las experiencias del pasado.

Este acrecentamiento de fuerza puede ser de dos clases: por una parte, el individuo puede aumentar su potencia intelectual *aprendiendo* en la historia, esto es, investigando las causas de los éxitos y fracasos de sus antepasados, de lo cual deduce lo que él debiera hacer en casos análogos

Especialmente, en el arte de la guerra ha mostrado ser muy fecunda en resultados prácticos la enseñanza de la historia. Apenas si habrá un gran capitán que no conozca la historia de la guerra y que no haya aprendido de sus antecesores.

Más difícil es aprender la historia en política. En esta esfera entran en juego masas mucho más numerosas que en la guerra, sobre todo en los tiempos antiguos. Y estas masas no son instrumentos ciegos en manos de directores omnipotentes, sino elementos caprichosos y de una psicología difícil de calcular. Y por último, el político se encuentra con circunstancias más complicadas y más variables que las de la guerra. Aun en la guerra, en la que intervienen factores mucho más sencillos y más fáciles de calcular puede resultar fatal si la lección de la historia se convierte en una imitación ciega del pasado, en vez de servir para aplicar adecuadamente las reglas generales sacadas de los libros a las peculiaridades de cada caso concreto. En la política es mucho mayor la diversidad de condición y situación social en tiempos y países diferentes, por lo cual la imitación mecánica del pasado,

equiparando situaciones que sólo tienen una semejanza exterior, daña más que aprovecha, por que más bien enturbia que aclara la mirada para conocer los hechos reales y sus exigencias.

Por eso los hombres han aprendido tan poco en política. Pero la mayoría de los políticos no buscan la historia para aprender en ella, sino para otra cosa. Y con esto entramos en otra clase de acrecentamiento de fuerza producido por la historia.

Todas las clases y partidos actuales encuentran su analogía en el pasado, que conoció, como nuestra época, luchas entre explotados y explotadores, propietarios y no propietarios, entre aristócratas y demócratas, entre monárquicos y republicanos. Estas clases y partidos del pasado nacían en medio de circunstancias muy diversas de las actuales, y a menudo significan cosas completamente distintas que los fenómenos análogos de épocas posteriores. Pero en la política las cosas de hoy se miden con el criterio de las del pasado, con arreglo a sus éxitos y sus fracasos. Una agrupación cualquiera adquiere una gran fuerza para su propaganda cuando puede aludir a los grandes éxitos logrados por sus antecesores, mientras que, en cambio, sufre su crédito si los contrarios pueden mostrar el fracaso de sus antecesores.

Esto produce un vivo interés por el estudio de la historia, pero ningún interés por la verdad histórica. Los escritores de cada partido procuran hacer aparecer a sus antepasados a la luz más clara posible y oscurecer cuanto les es dado a sus contrarios.

Entre las necesidades prácticas a que sirve la investigación histórica, sólo se salvan de la tendencia a la falsificación aquellas que infunden la necesidad de aprender de la historia, pues esto lleva a buscar las causas no sólo de los éxitos, sino también de los fracasos de los antecesores del propio partido y criticarlos sin consideración. De aquí arranca el tránsito a la pura aspiración científica hacia la verdad, hacia la investigación histórica encaminada puramente al descubrimiento del nexo causal.

Las demás necesidades prácticas que llevan al cultivo de la historia desarrollan la inclinación a degradarla en una serie de leyendas. Hoy se opone a esta tendencia el hecho de que la crítica contraria se da cuenta enseguida de todo intento de esta naturaleza. No se puede falsear la historia con tanta tranquilidad como en el tiempo de los evangelios, a no ser bajo el régimen del estado de sitio y de la censura. Sin embargo, a pesar de que la cultura popular ha aumentado y del régimen de libertad de prensa en que vivimos, no faltan versiones parciales y exageradas de la historia.

Naturalmente, no debe creerse que se piense conscientemente en engañar al lector. En la mayoría de los casos el historiador se engaña a sí mismo, llevado por su fanatismo y su limitación partidaria, que le impiden ver las cosas tal como son.

Esto es tanto más fácil cuanto que las fuentes de la historia son ya producto de la lucha de los partidos y que las circunstancias son extraordinariamente complicadas, tanto, que resulta difícil orientarse aun al investigador más desapasionado y tiene que preguntarse constantemente qué es la verdad.

Con razón dice Lissagaray en su prólogo a la *Historia de la Comuna:*

"El que le cuenta al pueblo falsas leyendas revolucionarias —conscientemente o por ignorancia—, y el que le engaña con ditirambos poéticos, son tan dignos de castigo como el geógrafo que hiciese mapas falsos para los navegantes".

Y sin embargo, conozco correligionarios, correligionarios honrados y de buena fe, que creen su deber sagrado para con el pueblo engañarle sobre el bolchevismo con ditirambos poéticos falsos.

Por otra parte, aun para el historiador más escrupuloso, resulta difícil señalar en medio de la tormenta todos los escollos por donde se ha pasado. Revoluciones que desenfrenan todas las pasiones, en las que se lucha a vida y muerte, están más sujetas que otros acontecimientos históricos a la versión partidista y apasionada. Y también es natural que lo que con más violencia se discute dentro de la Revolución francesa sea la Comuna, que fué su fuerza principal y su más radical expresión. Los contrarrevolucionarios la atacan para caracterizar y censurar los horrores de la revolución, mientras que los revolucionarios estimaron como deber suyo defenderla. No se conformaron con considerar al régimen del terror como uno de los aspectos de la revolución que pertenecía al pasado y que no debiera repetirse. Tampoco se conformaron con explicar aquel régimen como producto de las condiciones especiales en que nació. La polémica les llevó a poner frente a la censura el elogio caluroso, a ver en el terror un medio terrible, pero indispensable, para la liberación de las clases oprimidas.

El mismo Marx contaba aún en 1848 con la fuerza victoriosa del terrorismo revolucionario, a pesar de que en 1793 había estado en una posición crítica frente a las experiencias de entonces.

En la *Nueva Gaceta del Rhin* habla repetidamente del terrorismo. En el número del 13 de enero de 1849 escribe sobre el alzamiento de los húngaros, cuya significación revolucionaria exageraba:

"Por primera vez en el movimiento revolucionario de 1848, por primera vez desde 1793, una nación, rodeada por el poder contrarrevolucionario, osó contraponer la pasión revolucionaria a la saña antirrevolucionaria, el terror rojo al terror blanco. Por primera vez desde hace mucho tiempo encontramos un carácter verdaderamente revolucionario, un hombre que osa recoger el guante en nombre de su pueblo, que es Dantón y Carnot en una pieza para su nación, Luis Kossuth".

Ya antes, en el número de 7 de noviembre de 1848, dijo Marx, a propósito de de la caída de Viena:

"En París tendremos la revancha de la revolución de junio. Con la victoria de la República roja en París, los ejércitos pasarán las fronteras y se manifestará claramente el poder de los partidos en lucha. Entonces nos acordaremos de junio y de octubre (Sumisión de Viena por Nindischgrätz) y entonces diremos: "*¡Vae victis!*" Las matanzas ineficaces hechas desde junio a octubre, los cruentos sacrificios de febrero y marzo, el canibalismo de la revolución, convencerá a los pueblos de que sólo hay un medio de acortar, simplificar y concentrar la agonía homicida de la antigua sociedad y el nacimiento sangriento de la nueva sociedad; no hay más que un medio: *el terrorismo revolucionario*".

A la prueba práctica no se llegó. Mas, por otra parte, en los revolucionarios encontramos una contradicción corriente. Si el estudio del pasado les lleva a propugnar el terrorismo, esta creencia está en contradicción con la intensificación de los sentimientos de humanidad, de la repugnancia a atormentar hombres y mucho menos aniquilar su vida. Y en la práctica estos sentimientos de humanidad tienen más fuerza que la creencia terrorista sacada de los libros de historia.

Sobre los revolucionarios de julio de 1830, verbigracia, escribe Börne en la sexta de sus cartas de París:

"Con la misma facilidad con que vencieron, perdonaron. ¡Con qué misericordia respondió el pueblo a las ofensas recibidas! ¡Qué pronto lo olvidó todo! Sólo hirió a sus adversarios en lucha franca en el campo de batalla. No se mató a los prisioneros inermes, ni se persiguió a los fugitivos, ni se buscó a los que andaban escondidos, ni se molestó a los sospechosos. ¡Así se porta un pueblo!"

Con la misma generosidad que en 1830 se condujeron en febrero de 1848 los revolucionarios, y aun en la terrible lucha de junio del mismo año, los obreros combatientes mostraron el más alto heroísmo y la más firme constancia, pero no espíritu sanguinario. En cambio, la sed de sangre de los vencedores fué espantosa. No sólo de los soldados, cuya saña se llevó al paroxismo con falsas noticias sobre supuestas crueldades de los insurrectos, sino también de los intelectuales. Hasta hubo médicos que se negaron a vendar a heridos revolucionarios. Marx comentaba esto en su famoso artículo de la *Nueva Gaceta del Rhin* sobre los sucesos de junio:

"La ciencia no existe para el plebeyo que cometió el inaudito, el indecible delito de batirse en las barricadas por su propia existencia en vez de batirse por Luis Felipe o por M. Marrast".

Marx escribió el elogio del terrorismo que arriba se cita bajo la impresión de estos actos de barbarie.

El odio sembrado por las luchas de junio de 1848 alentaba aún en los obreros parisienses cuando en 1871 se apoderaron del Poder político en la segunda Comuna. Muchos de ellos habían tomado parte en las luchas de junio de 1848. Cabía esperar que ahora llegase el día del terorismo, el día de la venganza, que Marx había anunciado.

Pero él mismo, en su trabajo sobre la Comuna *(La guerra civil en Francia)*, hace notar:

"Desde el 18 de marzo hasta la entrada de las tropas de Versalles en París, la revolución proletaria se mantuvo limpia de las violencias tan frecuentes en las revoluciones, y más en las contrarrevoluciones de la *clases elevadas*".

Aquí puede advertirse una condenación del terrorismo, que se considera como una característica de las revoluciones de las "clases elevadas" en contraposición con las revoluciones proletarias.

Hace algún tiempo, mi actitud frente al bolchevismo se consideró como una traición a Marx, cuyo ardor revolucionario le hubiera llevado a mirar con simpatía la causa bolchevista. Como demostración se citaba una de las opiniones de Marx sobre el terrorismo de 1848.

Ahora vemos que la supuesta traición a Marx ya la había cometido él mismo en 1871. Y es que entre la primera y la segunda de sus opiniones había veinte años del más intenso trabajo espiritual, cuyo fruto fué *El Capital.*

El que en la cuestión del terrorismo quiera referirse a Marx, no tiene derecho a limitarse a su opinión de 1848, pasando por alto la de 1871.

Del mismo modo que Marx, Engels se mostraba en 1848 muy poco afecto al terrorismo. El 4 de setiembre de 1870 escribía a Marx:

"*Se cree que un régimen de terror es el gobierno de gentes que aterrorizan a los demás, cuando en realidad es un gobierno de gentes aterrorizadas.* El terror suele reducirse principalmente a crueldades inútiles, realizadas por gentes que tienen miedo para tranquilizarse a sí mismas. Estoy convencido de que la causa casi exclusiva del terror de 1793 hay que buscarla en los burgueses miedosos que querían sentar plaza de patriotas, en los pequeños burgueses y entre el populacho, que hacía su negocio con el terror", *(Correspondencia entre Marx y Engels).*

Marx tenía razón cuando constataba con satisfacción que la segunda Comuna salió limpia de todas las violencias en que tan rica fué la primera. Los actos de violencia que se realizaron en París durante su gobierno no pueden atribuírsele. Esto no quiere decir que el pensamiento del terrorismo no haya desempeñado papel alguno dentro de la Comuna y que lo rechazasen todos sus miembros. De ningún modo.

Trataremos esto con más detalle, y haremos un paralelo entre la Comuna parisiense de 1871 y la República de los Soviets. Los mismos hombres de los Soviets se refieren a ella a menudo como a su modelo y justificación. Y Federico Engels ha declarado en su prólogo a la tercera edición de *La guerra civil de Francia* que la Comuna de París fué la dictadura del proletariado. Vale pues, la pena de ver lo que era esta dictadura.

VI

LA SEGUNDA COMUNA DE PARIS

a) El origen de la Comuna.

La República de los Soviets de 1917, como la Comuna parisiense de 1871, son producto de la guerra, efecto de la derrota militar. Y ambas son obra del proletariado revolucionario.

Pero a esto se reduce en substancia la semejanza de ambas.

Los bolcheviques conquistaron el Poder político porque su partido fué el que con más energía pidió la paz, la paz a cualquier precio, la paz separada, sin cuidarse del efecto que esto podía producir en la situación general internacional, ni de si favorecían con su actitud la victoria de la Monarquía militar alemana, entre cuyos protectores se contaron durante largo tiempo, lo mismo que los rebeldes indios o irlandeses o los anarquistas italianos.

La actitud del radicalismo francés en la guerra de 1870, después de la caída de Napoleón y la proclamación de la República, fué completamente distinta. En la lucha de la tercera República contra los monarcas alemanes aliados parecía revivir la situación de 1793, cuando la primera República combatía contra los soberanos de Europa aliados. Despertaron las tradiciones de aquella época, y una vez más el proletariado se manifestó como el elemento más belicoso, el que emprendió con más constancia y más energía la continuación de la guerra para salvar la República una e indivisible.

Pero los campesinos de 1870 no eran ya los de 1793. Si aquéllos odiaban a París y sólo de mala gana se avenían a soportar su poder, sentían, en cambio, la necesidad de rechazar al enemigo, pues su victoria les volvería a someter a la explotación feudal y les arrancaría los bienes de la Iglesia y de los emigrantes.

Los campesinos de 1870 no tenían que temer nada semejante de los prusianos; así es que predominaron en ellos los intereses de campanario, que les hacían ver como un mal menor, frente a los estragos y sacrificios que significaría la continuación de la guerra, la pérdida de Alsacia-Lorena. Prescindiendo de los alsacianos, que hasta última hora se defendieron desesperadamente, entre los campesinos y los habitantes de las pequeñas ciudades apareció

pronto el deseo de hacer la paz. Este deseo se formulaba en contraposición con el París radical y guerrero, y fué la bandera de los reaccionarios, de los monárquicos.

Como en 1917 en Rusia, en 1871 el partido de los que pedían la paz, de los que estaban cansados de la guerra, dominó sobre el de los que demandaban su continuación. Pero la bandera de la paz en 1871 no favoreció a los radicales más radicales, sino a los reaccionarios más reaccionarios.

El 8 de febrero de 1871 se eligió una Asamblea Nacional para hacer la paz. No había en ella más que 200 republicanos contra más de 400 monárquicos.

"Casi todo el mundo en provincias pedía la paz a cualquier precio, mientras que París, por el contrario, gritaba: guerra a sangre y fuego. Sólo eligió... diputados que fuesen a votar por la continuación de la guerra, que en ningún caso consintiesen en una paz obtenida a costa de una cesión de territorio". (Luis Dubreuilh: *La Comuna*. París).

El 12 de febrero se reunió en Burdeos la Asamblea Nacional; el 1º de marzo ratificó el Tratado de paz por 516 votos contra 107. Casi la mitad de estos 107 eran representantes de París.

La Asamblea Nacional había sido elegida solamente para hacer la paz. Los electores sólo habían votado pensando en eso. El predominio de los reaccionarios no se debió a la hostilidad del cuerpo electoral contra la República, sino al deseo de paz de las masas. Con la ratificación del Tratado cesó el mandato de la Asamblea Nacional. Había que convocar otra Asamblea que aprobase la Constitución. El resultado de estas elecciones hubiera sido muy distinto del de la Asamblea de Burdeos, pues la República no tropezaba con una repugnancia tan general como la de la continuación de la guerra. Y, efectivamente, las elecciones municipales que se celebraron el 30 de abril de 1871 en toda Francia dieron grandes mayorías republicanas. Pero, precisamente por temor a esto, los conservadores de la Asamblea Nacional se agarraban a sus mandatos.

Tomaron aires de Asamblea constituyente, y hubieran restaurado la Monarquía si no hubieran estado divididos. La mitad eran legitimistas, o sea partidarios de la Monarquía que se consideró en Francia como legítima hasta 1830. La otra mitad eran orleanistas, partidarios de la dinastía que había sido colocada en 1848 en substitución del Poder tradicional. Esta escisión salvó a la República, pero no libró a París del odio combinado de ambas fracciones. La República francesa no tenía más apoyo firme que el de París. Pero la fuerza de este apoyo se había mostrado innumerables veces desde 1789. Mientras París no estuviese sometido no se podía pensar en la restauración de la Monarquía.

Los provincianos gritaban cada vez más contra París, contra el París inmoral, ateo, belicoso, republicano, prescindiendo naturalmente, de su socialismo. Desde el comienzo de sus sesiones la Asamblea expresó del modo más clamoroso esta antipatía. El París heroico, que acababa de sorpotar un terrible sitio de cinco meses en defensa de la nación, fué injuriado del modo más brutal por los padres de la patria de la Asamblea.

La principal preocupación de la Asamblea Nacional y del jefe del Ejecutivo elegido por ella, Thiers, fué la de humillar a París, quitarle su primacía de capital, su administración autónoma y, finalmente, desarmarle para lanzarse con seguridad al golpe de Estado.

De esta situación nació el conflicto que produjo la insurrección parisiense.

Se ve claramente que esta insurrección fué totalmente distinta del golpe de Estado del bolchevismo, que sacaba su fuerza del deseo vivo de paz, que tenía detrás de sí a los campesinos, que en la Asamblea no tenía enfrente a ningún monárquico, sino tan sólo a socialistas revolucionarios y mencheviques.

Tan distintos como los puntos de partida de la revolución bolchevique y de la segunda Comuna parisiense fueron los últimos fundamentos de su adueñamiento del Poder.

Los bolcheviques alcanzaron el Poder por un golpe de Estado sabiamente preparado, que les hizo dueños de una vez de toda la maquinaria política, la que utilizaron del modo más enérgico y desconsiderado para desposeer política y económicamente a sus adversarios, a todos su adversarios, incluso los proletarios.

En cambio, los más sorprendidos por la sublevación de la Comuna fueron los revolucionaris mismos. Y a una gran parte de ellos el conflicto se les vino encima cuando menos lo deseaban.

Sin duda fué que, a consecuencia de las tradiciones revolucionarias, la táctica de las insurrecciones armadas era muy popular entre los parisienses; sus principales representantes entre los socialistas eran blanquistas. Durante el sitio, ellos y otros elementos jacobinos intentaron en varias ocasiones levantamientos, pero no encontraron nunca apoyo suficiente, por lo cual siempre fracasaron.

Así, se habían amotinado bajo la impresión de la capitulación de Metz, el 31 de octubre, para pedir la elección de un ayuntamiento parisiense, de la Comuna, no por motivos socialistas, sino por razones patrióticas, para llevar la guerra con más energía, como lo había hecho la primera Comuna desde 1792 a 1794. La parte de la Guardia Nacional afecta al Gobierno consiguió dominar el levantamiento sin derramar sangre: tan escasa fué la resistencia. Para afirmar su situación, el Gobierno abrió un plebiscito en Pa-

ría, en el cual se emitieron 558.000 votos en favor del Gobierno y sólo 63.000 en contra suyo.

No les fué mejor a los hombres de la acción a todo trance el 22 de enero, a pesar de que entonces luchaban por la continuación de la guerra, que era ya muy popular en París. El Gobierno acababa de anunciar que la capitulación era inevitable, lo que produjo una tempestad de ira entre los revolucionarios y un alzamiento en el que corrió más sangre que en el de 31 de octubre, pero que tampoco tuvo éxito.

Estos fracasos habían desalentado, desengañado y debilitado a los partidarios de la acción. El 18 de marzo no estaban preparados aún para un nuevo alzamiento. A su vez, los socialistas partidiarios de la la Internacional habían estado desde el principio en contra de todo levantamiento. Inmeditamente después de haber sido derribado Napoleón por la revolución de setiembre escribe Marx (6 de setiembre de 1870):

"Acababa de sentarme para escribirte cuando llega Seraillier y me dice que mañana sale de Londres para París, pero sólo para detenerse allí un par de días. Su fin principal es arreglar las cosas con la gente de la Internacional de allí (Consejo federal de París). Esto es tanto más necesario cuanto que la sección francesa parte hoy para París para hacer allí tonterías en nombre de la Internacional. Quieren derrocar el Gobierno provisional, proclamar la Comuna en París, nombrar embajador francés en Londres a Pyat, etc.

"Yo he recibido hoy una proclama del pueblo alemán (que te enviaré mañana), junto con una solicitud al Consejo general, para que dirija un nuevo manifiesto especial a los alemanes. Eso mismo había propuesto yo antes. Ten la bondad de enviarme lo más pronto posible, en inglés, notas marginales militares para utilizarlas en el manifiesto.

"Hoy le he contestado detalladamente al Consejo federal de París, y al mismo tiempo emprendí el desagradable trabajo de abrirles los ojos sobre la verdadera situación de las cosas *(Correspondencia entre Engels y Marx)*.

Se me ha echado en cara que yo soy más que un epígono degenerado de Marx.

Se dice que a éste su naturaleza revolucionaria y su temperamento volcánico le hubiera arrojado al campo de los bolcheviques. En lo transcripto vemos que este temperamento volcánico, en la época de la revolución consideraba como su deber primero el *trabajo desagradable* de abrir a sus compañeros "los ojos sobre el estado real de las cosas", y que este temperamento, a pesar de todo su volcanismo, en ocasiones calificaba de tonterías a ciertas acciones revolucionarias proyectadas.

Engels respondió a Marx el 7 de setiembre:

"Acababa de salir Dupont. Estuvo aquí a la noche, y estaba indignado con la hermosa proclama parisiense. Le tranquiliza el saber que Seraillier ha ido allá después de hablar contigo. Sus opiniones sobre el caso son muy claras y muy justas: aprovechar la libertad que la República tendrá que dar inevitablemente a Francia para organizar el partido; acción cuando, después de hecha la organización, se presente la ocasión para ello; retraimiento de la Internacional en Francia hasta después de hecha la paz",

A lo cual respondió Marx el 10 de setiembre:

"Dile a Dupont que estoy completamente de acuerdo con sus opiniones".

Por consiguiente, no la acción, sino la organización, le pareció lo más importante.

En este sentido, prudente y reservado, actuó en Francia la Internacional. Su actuación no fué nunca temeraria, ni mucho menos.

Un ejemplo solo que confirma esta afirmación. El 22 de febrero, en una sesión del Consejo federal de la Internacional, uno de los miembros propuso una demostración pacífica para el 24 de febrero, el día del aniversario de 1848. Pues hasta esta demostración pacífica le pareció fuera de lugar a la mayoría del Consejo federal, dado lo tirante de la situación. Sobre todo, se pronunció en contra Frankel, que pidió que se emplease toda la fuerza en la organización del proletariado y al estudio de las apremiantes cuestiones económicas del momento, especialmente a la subida de los alquileres y al paro. Se acordó que los representantes de la Internacional en la Asamblea Nacional, Malon y Tolain, expresasen la voluntad de los trabajadores.

A propuesta de Frankel, el Consejo federal resolvió no organizar ninguna demostración, dejando al arbitrio de cada miembro el participar o no en ella.

Esto no muestra que se sintiese apremiantemente la necesidad de la insurrección.

La insurreción no fué provocada por los revolucionarios, sino por sus adversarios. La necesidad de la guerra había hecho que el proletariado de París entrase en la Guardia Nacional y fuese armado. Esto les parecía un peligro inconmensurable a los elementos agrupados en derredor de Thiers: aristócratas, financieros y los directores de la burocracia y del ejército. Firmada la paz, les pareció una necesidad urgente el desarme de la parte proletaria de la Guardia Nacional. El desarme habría de comenzar quitándoles los cañones.

La causa de que la Guardia Nacional de París dispusiese de cañones había sido los alemanes, cuyo proceder "fué la chispa que

cayó en el barril de pólvora". (George Bourgin: *Histoire de la Commune*. París, 1507).

El aprovecharse sin escrúpulos de la victoria está en la esencia de la guerra. Entra dentro de la misión del general de un ejército no sólo el vencer, sino también perseguir al enemigo vencido hasta su total aniquilamiento. Pero muy otra es la misión del hombre de Estado, que tiene que pensar en las condiciones de la futura convivencia con el enemigo actual.

En todas las campañas luchan, sin duda, estas dos concepciones, y cuando la concepción militar se sale de su campo de acción propio y llega a influir en la política, las consecuencias son desastrosas. En 1866, Bismarck logró dominar, aunque con gran trabajo, al militarismo. Pero los éxitos de 1866 le habían dado al Estado Mayor prusiano un prestigio que las victorias de 1870 elevaron al máximum. Bismarck no podía ya ponerse frente a él, y no sólo tuvo que ceder ante los militares, sino que el militarismo llegó a enturbiar y deslumbrar su entendimiento político.

Esto explica la exigencia de la anexión de Alsacia-Lorena, que prolongó la guerra durante meses, arrojó a Francia en brazos de Rusia y preparó la caída de Alemania.

Sin embargo, todavía la anexión de Alsacia-Lorena reportaba ventajas estratégicas y económicas positivas. Pero los alemanes no se conformaron con esto, sino que quisieron añadir la humillación de París, al que odiaban por ser el centro de resistencias contra sus ejércitos, e impusieron a los franceses el 26 de febrero la condición de que el 1º de marzo entrarían sus tropas en la ciudad, ocupando los Campos Elíseos.

Cuando el 27 de febrero se supo en París esta noticia, se levantó un clamor unánime de indignación y se gritó ¡a las armas! para rechazar violentamente al enemigo.

Sólo los internacionalistas se mantuvieron tranquilos. Tan peligroso como una insurrección interior les parecía en el momento un alzamiento contra el enemigo. Conjuraron al Comité Central de la Guardia Nacional para que no intentase ofrecer una resistencia que sólo podía tener como consecuencia una repetición de las matanzas de julio, y ahogar la república en la sangre de los parisienses. Propusieron que la Guardia Nacional, en vez de resistir, rodease a los alemanes con un cordón que los aislase completamente de la población de París.

El Comité Central modificó en el último momento su opinión, y así debemos a la Internacional que la vanidad del vencedor alemán no hubiese provocado la más espantable matanza callejera de la historia universal. No fueron soldados alemanes, fueron soldados franceses, los que pocas semanas después derramaron la sangre de los proletarios de París.

En la capitulación de París del 28 de enero se había atribuído al vencedor todo el armamento de las tropas de la ciudad, excepto el de la Guardia Nacional, a la que se dejaron, no sólo los fusiles, sino también los cañones, que no habían sido adquiridos por el Estado, sino por la ciudad de París.

Al entrar en París los alemanes, el Gobierno no se preocupó de poner en seguridad los cañones colocados en los sitios que había de ocupar el enemigo; sin duda deseaban que éste se apoderase de ellos para debilitar al enemigo interior. Pero los guardias nacionales vigilaban, y tuvieron tiempo de llevar 400 cañones a aquellas partes de la ciudad a las que los alemanes no tenían acceso.

Una vez firmada la paz, el Gobierno sintió urgentemente la necesidad de recobrar estos cañones. Por ahí empezaría el desarme del elemento proletario de la Guardia Nacional.

La Asamblea Nacional había amenazado con decapitar a París para lo cual había dispuesto no celebrar allí sus sesiones. Trabajo le costó a Thiers convencerla de que se trasladase a Versalles desde Burdeos, donde había estado hasta entonces. La primera sesión se celebraría el 20 de marzo. Antes había que quitarle todo motivo de intranquilidad con respecto a París. Así, se dispuso que el 18 de marzo fueran recogidos los cañones.

Thiers creyó más acertado robarlos secretamente en vez de apoderarse de ellos por la violencia. A las tres de la mañana, cuando todo París dormía, algunos regimientos ocuparon Montmartre, donde estaban los cañones sin guardia alguna, e intentaron llevárselos. Pero se habían olvidado de los caballos que necesitaban para arrastrarlos, y hubo que mandarlos a buscar; entretanto se dieron cuenta los parisienses, y fué aglomerándose una multitud, que aumentaba por momentos y que comenzó a convencer a los soldados de que dejasen los cañones. Tuvo éxito en sus demandas. Los soldados, que habían convivido con la población de París, que habían combatido con ella contra el enemigo, que con ella compartían el desprecio a los generales incapaces, fraternizaron con el pueblo y los guardias nacionales. El general Lecomte, que dió a las tropas la orden de hacer fuego sobre una masa inerme, no consiguió sino que sus propios soldados se amotinasen contra él, lo prendiesen y lo fusilasen.

Este fusilamiento es uno de los actos terroristas que se imputan a la Comuna. A él se agrega la muerte del general Thomas, a quien aquella mañana el 18 de marzo, se sorprendió tomando notas vestido de civil, y que fué fusilado como espía. Ya el 28 de febrero, un agente de policía, a quien se había sorprendido haciendo espionaje, fué arrojado al Sena, donde se ahogó.

Pero al atribuir estos actos a la Comuna se olvida que cuando se perpetraron no existía aún la Comuna. Y tampoco debe acusarse de ellos a la población de París, pues no fueron los paisanos, sino

los militares, los autores de estas muertes, las cuales no son características de la manera de pensar del proletariado, sino de la del militarismo, para el que una vida humana significa muy poco. Y las mismas gentes humanitarias que se indignan con los soldados que fusilaron a un general que les mandaba disparar contra la multitud, no dirían nada si hubiesen matado a mujeres y niños.

"En vez de fusilar a mujeres y niños, sus propias gentes le fusilaron (al general Lecomte). Los hábitos que los trabajadores habían tomado de los soldados bajo la presión del enemigo, no se perdieron naturalmente, en el momento mismo en que los soldados se pasaron a los obreros". (Marx, *La guerra civil francesa).*

La intervención de los guardias nacionales en estos acontecimientos se redujo a evitar en lo posible el derramamiento de sangre. Y, en efecto, consiguieron, exponiendo incluso sus propias vidas, que de los oficiales hechos prisioneros por los soldados sólo los mencionados perecieron, siendo puestos los demás en libertad.

El Comité Central de la Guardia Nacional protestó inmediatamente, el 19 de marzo, de que se le inculpasen los hechos citados. En su declaración, publicada en el *Journal Officiel* de la Comuna, se dice entre otras cosas:

"Lo decimos rebosando indignación: la sangre con que se quiere infamarnos no corrió por culpa nuestra. ¡Nosotros no ordenamos ejecución alguna; la Guardia Nacional no tomó nunca parte en ningún delito!

Como se ve, se condena aquí decididamente, no sólo a los acusadores, sino también a los autores de los hechos que a la Guardia Nacional atribuían.

En vista de que las tropas se habían pasado al pueblo, sólo le quedaban al Gobierno dos caminos: o tratar con las masas irritadas, haciéndoles concesiones, o huir. Thiers no quería ni oir hablar de tratos, por lo cual huyó apresuradamente de París con su Gobierno, sacando con urgencia a todas las tropas no contagiadas del espíritu de revuelta. En su apresuramiento abandonó hasta los fuertes de París, incluso el de Mont-Valerien, que dominaba a la capital.

Si los parisienses hubiesen perseguido a Thiers, quizá hubiesen logrado apoderarse del Gobierno. Las tropas que salían de París no hubieran ofrecido la menor resistencia, como lo confirmaron más tarde sus propios generales. Entonces hubiera sido posible imponer un Gobierno que no hubiera podido implantar el socialismo, pues las circunstancias no estaban aún suficientemente maduras para esto, pero sí disolver la Asamblea y convocar otra con el programa: robustecimiento de la República, autonomía de los Municipios, el de París inclusive, y substitución del ejército permanente por una milicia. La Comuna no pedía más

por entonces, y este programa era perfectamente realizable en las condiciones en que entonces estaba Francia.

Pero Thiers pudo escapar sin dificultad. Se le permitió que se llevase sus tropas y que las reorganizase en Versalles, donde las fortaleció animándolas de nuevo espíritu.

Nadie tan sorprendido con la fuga de los ministros como los parisienses. No contaban con ninguna organización que pudiese encargarse de dirigir la nueva situación. Todavía en la mañana del 19 de marzo faltaba todo Gobierno en París. Las circunstancias obligaron al Comité Central de la Guardia Nacional, que no tenía programa preciso ni táctica clara, a ocupar este puesto. El Comité se apresuró a descargar la responsabilidad en uno de sus miembros Lullier, a quien se confió el mando de París. Lullier era el hombre menos a propósito para semejante puesto: un borracho, de quien no se sabe "si era más loco que traidor, o al contrario. En cuarenta y ocho horas, este hombre aglomeró las equivocaciones más lamentables y las más irremediables faltas... Pero la desgraciada elección de Lullier no era sino un síntoma característico de la situación". (Dubreuilh, *La Commune).*

Hasta el 3 de abril no se decidieron los parisienses a intentar un ataque contra Versalles. Pero lo que el 3 de marzo hubiera sido un éxito seguro, el 3 de abril constituyó un tremendo fracaso. La esperanza de que los soldados volverían a pasarse al pueblo resultó lamentablemente fallida, y los guardias nacionales de París tropezaron con una resistencia tenaz que lo rechazó. De aquí en adelante se vieron reducidos a la defensiva, a una defensiva contra toda Francia. Su caída quedaba decretada desde este momento; pero también desde este momento el alzamiento de París tomó un carácter exclusivamente proletario. Hasta entonces, gran parte de la burguesía dudaba de si hacer o no causa común con ellos. Más adelante dejaron solos a los proletarios.

La revolución del 7 de noviembre de 1917 en Petrogrado mostró un carácter completamente distinto de la de París. Fué preparada por un Comité revolucionario, que organizó las fuerzas de los obreros y soldados para el ataque al Gobierno, que contaba con tan poca fuerza en Petrogrado como Thiers en París en 1871.

Sólo que, sin duda, la victoria rápida en la capital no hubiera dado el triunfo a los bolcheviques si las circunstancias no hubieran sido más favorables para ello en el resto de la nación de lo que lo eran en 1871 para París.

Cuando Kerenski huyó a Gatschina, como Thiers huyó a Versalles, no tenía detrás de sí, como éste, a los campesinos. En Rusia, los campesinos, y con ellos el ejército, se pusieron al lado de los revolucionarios, que se habían apoderado de la capital, lo cual prestó a su Gobierno una fuerza y persistencia de que la Comuna había carecido. Pero, en cambio, les trajo la colaboración de un

elemento económicamente reaccionario de que se vió libre la Comuna parisiense, la dictadura de cuyo proletariado no se apoyó nunca en Consejos de campesinos.

b) *El Consejo obrero y el Comité Central.*

La Comuna parisiense y la República de los Soviets fueron pues, completamente distintas en su punto de partida. No lo fueron menos en sus órganos y métodos.

Sin duda, la Comuna de París contaba con una organización que puede parangonarse con el Consejo de obreros y soldados. Su situación era análoga a la de la revolución rusa, en cuanto venía tras un régimen despótico que había impedido toda organización pública política de las masas, y que hasta poco antes de su caída había prohibido incluso la organización sindical.

Ni los trabajadores rusos de 1905 ó 1917, ni los trabajadores franceses de 1871, contaban con grandes organizaciones sindicales en que hubiesen podido apoyarse para la lucha. Esta era, como hemos visto, una de las razones que hacían desear tanto a Marx que los obreros se limitasen por de pronto a utilizar la nueva República para organizarse e instruírse, madurándose así para el gobierno, en vez de gastar sus fuerzas en intentonas prematuras, de las que no podían esperar ningún Poder duradero.

Pero cuando hubieron conseguido el Poder, obligados por la presión de las circunstancias, hubieron de tratar de contrarrestar su falta de organizaciones políticas y sindicales por medio de núcleos ya existentes. Para los obreros rusos, estos núcleos estaban formados por la organización de las grandes empresas industriales.

"La industria moderna ha transformado el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del capitalista industrial. Las masas obreras concentradas en las fábricas se organizan militarmente. Como simples soldados, forman la base de una jerarquía perfecta de suboficiales y oficiales." (Engels - Marx. *Manifiesto Comunista.*)

A los *soldados industriales* de la fábrica les basta substituír los suboficiales y oficiales nombrados por los capitalistas, por otros elegidos por ellos mismos, y la organización de la fábrica se transforma en una organización de clase de los obreros fabriles. De este modo los proletarios rusos constituyeron los Consejos de obreros. Estos Consejos no son una organización superior comparada con las organizaciones políticas y sindicales de países más adelantados, sino un producto de la necesidad.

Los obreros parisienses no podían apelar a este recurso. La industria de París era principalmente industria de lujo. En la época de la segunda Comuna dominaba en ella "el pequeño taller del maestro patriarcal", pues la "gran fábrica del gran capitalista" faltaba casi con entero; lo contrario de lo que ocurre en la industria de Rusia, sobre todo en Petrogrado. El atraso económico del Imperio ruso se manifiesta en la escasez de su industria, en lo limitado del número de los obreros industriales en comparación con el de los campesinos. Pero las industrias existentes son explotaciones en grande.

Los obreros parisienses tuvieron que buscar otro sustitutivo para las organizaciones económicas y políticas de masa, de que carecían, y lo hallaron en la Guardia Nacional.

La revolución de 1789 había traído como consecuencia el que el pueblo se armase en toda Francia, pero especialmente en París. Este armamento tenía diversos fines. Las clases inferiores, proletarios y pequeños burgueses, se organizaron y armaron para insurreccionarse. La revolución no les había traído lo que necesitaban, ni, tal como estaban las cosas, llevaba camino de traérselo. De aquí su constante impulso a llevar cada vez más lejos la revolución, empujándola por alzamientos armados.

La situación de la burguesía, de los capitalistas y de los pequeños burgueses, que gozaban de cierto bienestar, y de los intelectuales en buena posición era distinta. A éstos la revolución les había traído lo que necesitaban, y se organizaron y armaron para defender lo ganado: de una parte, frente a las fuerzas reaccionarias, que querían volver a restaurar el antiguo absolutismo feudal; de otra parte, frente a las clases inferiores, impacientes, que querían ir cada vez más lejos. Su organización armada era la Guardia Nacional.

La burguesía salió vencedora en las luchas revolucionarias, y esta victoria afirmó la significación de la Guardia Nacional como órgano defensivo de las clases acomodadas, que nombraba por sí misma sus oficiales y que conservaba una cierta autonomía frente al Gobierno.

La época de más esplendor de la Guardia Nacional fué bajo la Monarquía de julio 1830-1848. Pero no pudo salvarla ni respondió a la confianza que en ella se había depositado. Napoleón III, después del golpe de Estado, le quitó su autonomía, y especialmente el derecho de elegir sus oficiales, aunque no se atrevió a suprimirla.

Llegó en esto la guerra de 1870; vinieron las primeras derrotas. La Patria estaba otra vez en peligro; despertó el espíritu de 1793, las tradiciones de la lucha victoriosa con Europa entera por medio de la *levée en masse*, del alzamiento armado de todo el pueblo.

Bajo la presión de las circunstancias, el Cuerpo legislativo votó en 11 de agosto, a propuesta de Julio Favre, una ley que daba entrada a todo el pueblo en la Guardia Nacional. A los 60 batallones de la Guardia Nacional de París, sacados de las clases acomodadas, se agregaron otros 200 nuevos, pertenecientes a las clases pobres, y a los cuales se les concedió incluso el derecho de elegir sus oficiales.

Esta ley de ampliación de la Guardia Nacional fué resultado

de un pánico momentáneo y no de madura reflexión. Pronto los propios padres de la criatura le cobraron horror, y se dispusieron a impedir por todos los medios que se desarrollase. No se podía impedir el armamento del proletariado de París; pero las autoridades militares de París, a las órdenes del general Trochus, no hicieron nada que hubiese podido convertir a la Guardia Nacional en una milicia utilizable. Traicionaron así a su Patria; pero es que, más que a los soldados de Guillermo, temían a los obreros de París.

Al comienzo del sitio había en París 100.000 soldados de línea y además 100.000 guardias móviles. Si se supone ahora que de los 300.000 guardias nacionales, 200.000 podían prestar servicio en campaña, tendremos un ejército de más de 400.000 hombres mientras que el ejército sitiador no disponía de mucho más de la mitad, repartida en un círculo muy amplio. Y desde agosto hubo tiempo suficiente para instruir a la Guardia Nacional.

Por consiguiente, los jefes del ejército parisiense disponían de una fuerza muy superior a la de los alemanes. Si hubieran conseguido romper por algún sitio el círculo de hierro que aprisionaba París, el ejército alemán habría tenido probabilidades muy escasas de ganar la guerra.

Pero para esto hubiera sido necesario proceder inmediatamente a la instrucción militar de la Guardia Nacional. Y esto era muy peligroso. Era preferible perder la guerra y entregar Alsacia-Lorena. Esto lo sentían los parisienses, y de aquí su cólera contra los gobernantes que traicionaban a Francia.

Después de capitulado París, elegida ya la Asamblea Nacional, y cuando ésta manifestó del modo más claro su odio a la República y a la capital, los parisienses se dieron cuenta de que estaban abocados a un terrible conflicto. Y la única fuerza en que podían apoyarse era la Guardia Nacional.

Los batallones revolucionarios, que ya durante el sitio se habían mantenido en íntimo contacto, se unieron ahora en una federación: la llamada de los federales. El 15 de febrero se reunieron por primera vez delegados de los batallones revolucionarios para deliberar acerca de la federación. Nombraron una comisión encargada de redactar los estatutos, que se presentaron en 24 de febrero a una nueva Asamblea. Pero como se temía ya entonces la entrada de los alemanes en París, la Asamblea estaba demasiado excitada para deliberar; la sesión se interrumpió para asistir a una demostración revolucionaria en la plaza de la Bastilla.

En los días siguientes se nombró un Comité Central de la Guardia Nacional interino, lo cual era altamente necesario, ante la inminente entrada de los alemanes, para evitar imprudencias. La organización definitiva la dió una Asamblea de delegados celebrada en 3 de marzo. En ella se acordó nombrar un Comité Central, compuesto por tres delegados por cada uno de los 20 distritos (*arrondissements*) de París. Dos de ellos serían elegidos por el Consejo de legación; el tercero, por los jefes de batallón. El 15 de marzo se reunió por primera vez el Comité Central así elegido, sustituyendo al provisional que había funcionado hasta entonces.

Este Comité Central, elegido por guardias nacionales, puede ser considerado como un Consejo de soldados. Pero sólo había sido elegido por batallones proletarios o afectos a ellos; los de las clases acomodadas no habían intervenido en la elección. Según el Comité Central mismo, de los 260 batallones de la Guardia Nacional, 215 estaban a su lado.

En este sentido, el Comité Central era también una especie de Consejo de obreros. Por consiguiente, puede comparársele con el Consejo Central de los Consejos de obreros y soldados; mas, a pesar de esto, la Comuna de París no era una República de Soviets.

El 18 de marzo, después que el Gobierno desapareció, dejando vacío su puesto, éste pasó de un modo natural al Comité Central, que era la única organización prestigiosa de París, a pesar de que todos sus miembros eran gente completamente desconocida.

El 19 de marzo se reunió para acordar lo que había de hacerse. Como ocurre tantas veces, también en esta ocasión se formuló el problema en alternativa exclusiva, "o esto o lo otro", cuando hubiera debido decirse "tanto esto como lo otro".

Así los socialistas han discutido frecuentemente sobre la cuestión revolución o reforma, en vez de decir que la lucha por las reformas y el impulso hacia la revolución debían estar de tal modo dirigidos que, lejos de excluírse, se apoyasen mutuamente.

El 19 de marzo, en la reunión del Comité Central, unos pedían que se marchase inmediatamente sobre Versalles; otros, que se apelase en seguida a los electores, y otros, que lo primero era adoptar medidas revoludcionarias. Como si todos estos pasos no hubiesen sido necesarios, y como si cada uno de ellos excluyese a los demás. El Comité sólo se decidió por una de estas propuestas que le pareció la más urgente; quería mostrar que el alzamiento parisiense tenía a su lado a la mayoría de los electores, con lo cual la insurrección adquiriría una gran fuerza moral. Esto era absolutamente exacto; pero hubiera sido necesario también acentuar frente al enemigo, que trataba de apoyarse en el ejército, la autoridad moral del sufragio con la fuerza material militar.

Sin duda era indispensable la elección por sufragio universal, que el Imperio había suprimido, de una administración municipal parisiense. Inmediatamente después de la caída del Imperio, en septiembre de 1870, los obreros parisienses habían arrancado al Gobierno la promesa de la pronta elección de una Comuna. Y precisamente el incumplimiento de esta promesa había tenido no poca parte en los motines y algaradas ocurridos durante el sitio. Los

alzamientos de 31 de octubre y de 22 de enero se hicieron al grito de "¡Viva la Comuna!".

Por todo esto se imponía la necesidad de convocar en seguida a unas elecciones para la Comuna. Primero se convocaron para el 22 de marzo, siendo luego aplazadas hasta el 26. El Comité Central se consideraba meramente como encargado de velar por el ejercicio del derecho de sufragio universal e igual. En el *Journal Officiel de la République Française sous la Commune* de 20 de marzo se decía:

"Dentro de tres días seréis llamados para elegir con completa libertad la administración municipal de París. Y entonces, aquellos a quienes la necesidad apremiante ha obligado a hacerse cargo del Poder depositarán sus poderes provisionales en manos de los elegidos del pueblo."

Y la promesa fué cumplida. Una vez constituída la Comuna, en 28 de marzo, el Comité Central le entregó su Poder y hasta hizo ademán de disolverse. Pero la Comuna no insistió en ello, por lo cual continuó subsistiendo durante la Comuna por parte de su organización militar. Esto no servía, ciertamente, para simplificar la organización ni unificar el mando. Pero el Comité Central nunca intentó discutir el principio de que el Poder supremo correspondía a los elegidos por el sufragio universal. No pretendió nunca que el Poder correspondiese a los Consejos de obreros y soldados y a él, como su representante. En este punto, pues, la Comuna de París fué lo contrario que la República rusa de los Soviets.

Y, sin embargo, Federico Engels escribía el 18 de marzo de 1891, en el vigésimo aniversario de la Comuna:

"¿Queréis saber lo que es la dictadurua del proletariado? Ved la Comuna de París. Eso es la dictadura del proletariado".

Como se ve, Marx y Engels no entendían que esta dictadura significase la supresión del sufragio universal y, en general, de toda democracia.

c) *Los jacobinos en la Comuna*

En las elecciones del 26 de marzo se eligieron 20 miembros de la Comuna, entre ellos 15 partidarios del Gobierno y seis radicales burgueses, que eran opuestos al Gobierno, pero que condenaban la insurrección. Una República sovietista no hubiera permitido que semejantes elementos hubiesen presentado su candidatura, y menos tolerado que fuesen elegidos. La Comuna, respetuosa como era con la democracia, no presentó el menor obstáculo a su elección.

Si su actuación en la Comuna terminó rápidamente, fué culpa suya. El medio en que habían caído no les agradaba, y se apresuraron a decirle adiós. Unos, ya antes de la primera sesión; los demás, a los pocos días. Estas dimisiones, así como algunos mandatos dobles, hicieron necesaria la celebración en 10 de abril de algunas elecciones parciales.

La gran mayoría de los miembros de la Comuna estaba al lado de la insurrección. Sin embargo, no todos los elementos revolucionarios de ella eran socialistas.

La mayoría eran sencillamente revolucionarios. La mayor parte acataba los principios de 1793: las tradiciones del jacobinismo. Algunos habían intervenido en la imitación del partido de la Montaña, hecha en 1848, como Delesclure y Piat; no pocos habían tenido que abandonar sus actividades profesionales por la lucha política, convirtiéndose en conspiradores de oficio. Los más viejos de entre ellos vivían completamente sumergidos en el pasado y no tenían el menor interés por los problemas y las ideas nuevas.

"Los otros, los jóvenes, eran gentes violentas sin principios firmes; a menudo, meros habladores, que jugaban ahora a la revolución como habían jugado unos meses antes a la guerra, y que no hacían sino frases, con lo que se quedaban satisfechos. El revolucionarismo de unos y otros se conformaba con cosas externas, era superficial, y, aun en los mejores, cosa de puro sentimiento."

Así los juzga el buen revolucionario Dubreuilh. *(La Commune.)*

La mayor parte de ellos no tenían idea del socialismo; muchos hasta le eran abiertamente hostiles, como Delesclure. No puede llamárseles políticos burgueses, en el sentido de que defendiesen los intereses de las clases acomodadas; antes al contrario. Estaban al lado de las clases inferiores, y pugnaban por conseguir el Poder para ellas con la misma energía que los jacobinos de 1793. Pero, como éstos también, no pensaban en reformar la propiedad y el derecho burgueses, y en este sentido constituían un elemento burgués. Así era la mayoría de los revolucionarios de la Comuna. Pocos de ellos eran obreros; había funcionarios castigados, farmacéuticos, inventores, abogados y, sobre todo, periodistas.

Distintos de los jacobinos eran los blanquistas. En número eran sólo siete, entre ellos el propio Blanqui, que no llegó a ocupar su asiento. Un hecho que muestra cuán poco esperaban los blanquistas la revolución del 18 de marzo es que Blanqui había abandonado a París para reponer su salud pocos días antes de que estallase. Lo prendieron el 17 de marzo en Pigeac.

Los blanquistas estaban de acuerdo con los jacobinos en la decisión de dominar por los métodos y medios de un régimen de violencia, con una insurrección, las clases inferiores de París, y, con éstas, a toda Francia. Pero iban más allá que el jacobinismo, en cuanto reconocían que el apoderarse del Poder no bastaba para liberar a los explotados si no se aprovechaba para establecer un nuevo orden social. Eran, por consiguiente, socialistas; sin embargo, se interesaban más por lo político que por lo económico. No estudiaban la vida económica, no trataban de llegar a un saber eco-

nómico sistemático, lo que disimulaban tras la frase, después con tanta frecuencia repetida por los ignorantes, de que no querían dejarse dominar por ningún dogma; no querían que se les *confundiese* con *prejuicios y discusiones* escolásticas. Una vez que el proletariado fuese dueño del Poder, ya vería lo que hacía con él. Lo esencial era conseguir ese Poder. Y el medio para ello era la insurrección preparada.

Sólo que tuvieron la mala fortuna de que cuantas insurrecciones prepararon hubieron de fracasar, mientras que la que triunfó les sorprendió desprevenidos.

El blanquismo, pues, no exigía grandes esfuerzos mentales y demandaba acción pronta, por lo cual atraía vivamente a los hombres de acción. Sin embargo, tuvo mejor acogida entre los intelectuales, y especialmente entre los estudiantes que entre los trabajadores.

La proporción en que entraban estos elementos en el blanquismo se deduce de estos datos, entre otros: El 7 de noviembre de 1866, la policía sorprendió en un café una sesión secreta de blanquistas, siendo detenidos los asistentes. Estos eran 41 y se conoce la profesión de todos ellos. Había 14 obreros manuales, cuatro dependientes de comercio, 13 estudiantes, seis escritores, un abogado, un maestro de oficio, un rentista y un comerciante. El número de estudiantes hubiera sido mayor en otra época, pues el 7 de noviembre no habían terminado aún las vacaciones y muchos de ellos estaban fuera de París.

Esta reunión es característica, no sólo por los elementos que la componían, sino también por su objeto.

En septiembre de 1866 se había reunido en Ginebra el Congreso de la Internacional, al cual se había invitado a los blanquistas. Blanqui prohibió la asistencia, a pesar de lo cual dos de los delegados elegidos, el abogado Protot y el empleado Humbert, fueron. Esto produjo gran revuelo en el partido, pues entre sus tradiciones se contaba, no sólo la dictadura del proletariado, sino también la dictadura del jefe en el partido, y, en efecto, ambas dictaduras estaban íntimamente ligadas. Por primera vez, desde la fundación de la organización blanquista había obrado alguien contra una orden del jefe; hasta entonces se las había acatado ciegamente. Pues bien, la reunión del 7 de noviembre tenía por objeto juzgar la conducta de Protot. Antes de terminar fué sorprendida por la Policía; algunos, entre ellos Protot, lograron huir; los demás fueron detenidos, como hemos visto.

Entre los blanquistas de la Comuna estaba el abogado Protot y otros dos de los detenidos el 7 de noviembre: el abogado Tridou y el estudiaunte Raoul Rigaud. Del resto de los elegidos, Blanqui era abogado y médico; Eudes, farmacéutico, y Ferré, empleado. En

la fracción blanquista no había más que un obrero: el grabador Chardon.

En la Comuna, jacobinos y blanquistas no se ocuparon apenas de cuestiones económicas. A lo que se dedicaban era a la guerra contra Versalles, a la policía de París y a la lucha con la Iglesia. La última lucha la dirigieron también, ya contra Versalles militarmente, ya contra sus aliados en París, con medidas violentas; es decir, contra cosas exteriores y contra personas.

d) *Los internacionalistas en la Comuna.*

El tercero de los grupos de la Comuna lo formaban los miembros de la Internacional, casi exclusivamente proudhonistas.

El proudhonismo estaba en abierta oposición con el blanquismo y el jacobinismo. El Terror de 1793 no era para él un modelo que debiera imitarse, sino un ejemplo intimidatorio. Veía con mucha claridad los puntos débiles de este régimen y lo inevitable de su fracaso. Comprendía que la mera posesión del Poder político por el proletariado en nada mejora su situación como clase ni suprime su explotación, lo cual tiene que ser obra, no de una transformación política, sino de una transformación económica. Esto le hacía desconfiar de los métodos blanquistas de insurrección y terrorismo, pero también de la democracia. En la revolución de febrero del 48, el proletariado se había adueñado del Poder; mas ¿qué había conseguido con ello?

El proudhonismo estaba animado de una profunda desconfianza hacia las luchas políticas; no veía con buenos ojos la intervención del proletariado en la política. Se renuevan hoy análogos razonamientos, que se presentan como las últimas conquistas del pensamiento socialista, como resultado de experiencias que Marx no conocía ni podía conocer. Y en el fondo no son sino variaciones sobre ideas que cuentan más de medio siglo de vida, que Marx conocía perfectamente y que fueron por él combatidas y superadas.

Cierto que estas ideas se presentan con una vestimenta algo distinta; mas esto no las ha hecho más justas. Proudhon mostró la ineficacia de la política para la liberación del proletariado, que sólo puede obtenerse por una transformación económica. Hoy se predica la ineficacia de la democracia, incapaz de libertar al proletariado mientras esté sujeto a las cadenas del capitalismo.

Mas si la liberación económica tiene que preceder a la liberación política, toda acción política del proletariado, sea la que fuere, será inútil.

Mientras el blanquismo se interesaba exclusivamente por la lucha política contra el poder del Estado, el proudhonismo buscaba

exclusivamente medios con los cuales el proletariado pudiera libertarse a sí mismo, sin auxilio alguno del poder del Estado.

Por eso los blanquistas echaban en cara a sus adversarios que enervaban a los trabajadores, que los apartaban de la lucha con el Imperio, bajo el cual florecían. También Marx acusaba a Proudhon porque "coqueteaba con L. Bonaparte, porque de hecho trataba de poner a su disposición a los obreros franceses".

En cambio, por ser para los proudhonistas el elemento económico el más importante, la conciencia de la oposición de clase entre el proletariado y la burguesía, y la convicción de que el proletariado tenía que libertarse por sus propias fuerzas, era en ellos mucho más viva y más dura que en los blanquistas. Mientras que éstos eran principalmente un partido de estudiantes, los proudhonistas eran el verdadero partido obrero de Francia durante el segundo Imperio.

Cuando, después del 60, comenzó a despertar en todas partes el movimiento obrero del sopor de muerte en que yacía, y en el que la reacción de 1848 le había sumido; cuando se constituyó la Internacional, los proudhonistas fueron el partido francés que se adhirió a ella; una razón más para que los blanquistas prohibieran a sus partidarios el ingreso.

Pero en la Internacional aprendieron una nueva práctica y también una nueva teoría, que les apartó tanto más del puro proudhonismo cuanto que precisamente su maestro murió en la época de la fundación de la Internacional (19 enero 1865).

Proudhon había querido un movimiento obrero puramente económico, sin política. Este movimiento tenía que renunciar a toda lucha en la que pudiera ponerse frente al poder del Estado. Medios completamente pacíficos: Cooperativas, Bancos de crédito, Cajas de auxilio mutuo, eran los medios que habían de libertar a los trabajadores. Estas ideas podían tener arraigo en París, cuya industria, como se ha dicho, no tenía aún caracteres de gran industria; donde el explotador capitalista se presentaba al obrero más bien en la forma del capitalista financiero que obtiene sus intereses, y del comerciante que llevaba al mercado los productos del trabajo, que en la del empresario industrial.

En la Internacional conocieron los proudhonistas franceses al gran capitalismo inglés y un movimiento obrero que respondía a él, para el cual lo principal era, en lo económico, la organización de las masas, los sindicatos, las huelgas, de las que Proudhon no quería ni oír hablar.

Sobre esta práctica se elevó una teoría que descansaba en el más profundo conocimiento de las leyes de la sociedad moderna y de la vida social en general; una teoría conocida de pocos miembros de la Internacional, y no siempre bien entendida, pero cuyo autor dominaba la Internacional por la superioridad de su espíritu.

En la teoría de Marx se superaba la parcialidad, tanto del blanquismo como del proudhonismo.

Con el proudhonismo reconocía que las circunstancias económicas son las fundamentales, y que, sin mudarlas, ninguna transformación política podría libertar a los trabajadores. Pero reconocía también la necesidad de apoderarse del poder del Estado para acabar con el régimen capitalista y establecer las modificaciones económicas necesarias para que la liberación del proletariado fuera posible.

En Marx, esta significación fundamental del factor económico tenía un carácter completamente distinto que en Proudhon. A sus ojos, la economía no era superflua, sino necesaria, a la política; de ella dependía el carácter y el resultado de las luchas políticas y su repercusión en la economía. Y la organización económica la veía como un proceso continuado que, como resultado político, hacía hoy posible y mañana inevitable lo que ayer todavía era imposible.

La relación existente, según Marx, entre economía y política consiste en que hay que estudiar las organizaciones y tendencias económicas para adecuar a ellas en cada caso los métodos y objetivos políticos. En cambio, los blanquistas y proudhonistas prescindían completamente de este aspecto histórico. No trataban de encontrar en cada momento lo que, según las circunstancias económicas, era posible y necesario, sino que pretendían hallar un medio que, fuesen las que fuesen las circunstancias, en todas las condiciones económicas e históricas diera el resultado apetecido. Una vez encontrado el medio adecuado, los socialistas podrían aplicarlo siempre que quisieran. Creíamos que esta manera de pensar había quedado relegada al olvido gracias al marxismo, pero hoy vuelve a correr por el mundo. Otra vez en Moscú y en Budapest no se pregunta cuál es la política posible y necesaria en determinadas condiciones económicas, sino que se cree que, puesto que el socialismo es un estado deseable para los proletarios, la misión de los socialistas es implantarlo inmediatamente dondequiera tan pronto como han conseguido el Poder. No se preocupan de estudiar si ello es posible o hasta qué punto lo es, sino de hallar la piedra filosofal, el medicamento universal que produzca el socialismo siempre que se aplique. Y se cree haber resuelto la cuestión proclamando la dictadura del proletariado, bajo el régimen del sistema de Consejos. En el segundo Imperio francés, los blanquistas creyeron que la piedra filosofal era el motín, y los proudhonianos el Banco de cambio.

Marx siempre ha sido comprendido por pocos, pues entenderle requiere un esfuerzo mental muy grande y la subordinación de los deseos y apetencias individuales al conocimiento de la realidad objetiva. Pero, en general, los medios, caminos y fines señalados por él y por Engels acabaron por imponerse siempre, precisamente porque la lógica de las cosas hablaba en su favor. Así, entre los socia-

listas franceses las ideas marxistas fueron poco a poco relegando a segundo término a las proudhonianas.

Tan pronto como empezó a adquirir una vida intensa el movimiento obrero francés, los Sindicatos y las huelgas se hicieron necesarios. El Imperio procuró encauzar el movimiento por caminos legales, no políticos, y permitió los Sindicatos y las huelgas en 1864, en el mismo año de la fundación de la Internacional, cuyos miembros, los proudhonistas, se vieron forzados, no sólo a intervenir en el naciente movimiento obrero, sino que, como los más distinguidos representantes de los intereses económicos de la clase obrera, las circunstancias los llevaron a ponerse al frente de sus organizaciones y luchas. Esto hacía inevitable el conflicto con los poderes públicos, y así se encontraron metidos de lleno en la lucha política, en la lucha contra el Imperio.

Por estas razones, el pensamiento proudhoniano, originario de los internacionalistas franceses, fué mezclándose más y más con ideas marxistas. Sin embargo, al estallar la revolución no había ninguno de ellos a quien propiamente pudiera calificarse de marxista. Habían perdido su base proudhoniana, pero no se habían asentado aún en suelo firme. Sus ideas eran poco claras. Sin embargo, de los miembros de la Comuna, ellos eran los que más habían estudiado la vida económica y los que mejor conocían sus necesidades.

Ellos constituían la representación obrera propiamente dicha en la Comuna. Lissagaray dice a este propósito:

"Se ha dicho que la Comuna era un gobierno de la clase obrera. Esto es un grave error. La clase obrera estaba en la lucha, en la administración, y sólo su impulso es lo que ha hecho la grandeza del movimiento pero en el gobierno tenía muy poca intervención... En las elecciones de 26 de marzo, de 70 elegidos, sólo 25 eran obreros." *(Histoire de la Commune)*.

De estos 25, la mayoría, 13, pertenecían a la Internacional, que sólo contaba 17 representantes en la Comuna. Sólo cuatro de ellos no eran obreros y uno, el estudiante Vaillant, se inclinaba a los blanquistas. Entre los 13 internacionalistas procedentes de la clase obrera están las mejores cabezas de la Comuna: el encuadernador Varlin, el biselador Theiss, el tintorero Malou, el joyero Frankel.

Respondiendo a la significación de su partido, dejaron las obras de violencia, guerra y policía a los jacobinos y blanquistas, y se aplicaron a las obras de la paz, a la administración comunal y a las transformaciones económicas. Sólo uno de ellos se manifestó belicoso, el fundidor David, el cual, como sabemos, se inclinaba, lo mismo que Vaillant, al blanquismo. Era uno de los jefes cuando el ataque del 3 de abril; fué tomado prisionero y fusilado por orden del general Vinoy, siendo uno de los primeros mártires de la Comuna.

Sus compañeros de la Internacional trabajaron casi exclusivamente en lo económico, y su obra fué admirable, sobre todo en la administración: Theiss en Correos, Varlin y Avrial en la Intendencia, a pesar de las grandes dificultades con que tropezaban, provenientes de que los altos empleados huían de París o de sus puestos, viéndose obligados los obreros a encargarse de pronto de la dirección de asuntos que les eran totalmente extraños. Junto a los internacionalistas de la Comuna trabajaban también con el mismo éxito otros miembros de la Internacional de París, tales como el obrero en bronce Carmelinat, que se encargó de la moneda en abril. y que en las pocas semanas que duró su actuación estableció algunas mejoras que continuaron subsistiendo después de la caída de la Comuna; son también dignos de mención Bartelica, que se encargó de la administración de los Consumos, y Combault de la Dirección de Contribuciones indirectas, ambos obreros. Uno de los primeros actos de la Comuna consistió en confiar los distintos ramos del Ejecutivo, no a ministros, sino a Comisiones. La Comisión de Trabajo, Industria y Cambio, es decir, la que representaba el aspecto socialista de la Comuna, estaba formada por los internacionalistas Malou, Frankel, Theiss, Dupont (cestero), Avrial (mecánico), Gerardin y un jacobino, Puget, cuya profesión desconozco.

De los cinco miembros de la Comisión de Hacienda, tres pertenecían a la Internacional: el tintorero Víctor Climent, Varlin y el acaudalado filántropo Beslay, uno de los pocos burgueses de la Internacional. Los otros dos eran el jacobino Regère, veterinario y antiguo luchador contra el imperio, y el cajero Jourde, que no pertenecía a ninguno de los partidos, y fué quien propiamente dirigió la hacienda de la Comuna con honradez tal, que mientras pasaban millones por sus manos, su mujer continuaba yendo al Sena a lavar la ropa de la familia, y él mismo, en los dos meses de su cargo, nunca comió más caro de un franco 60 céntimos.

En las Comisiones del Trabajo y de Hacienda se trabajaba de manera muy distinta a las de Guerra y Policía. La contraposición de los métodos la expone muy bien Mendelsson en su *Apéndice a la Historia de la Comuna*, de Lissagaray:

"El ramo en que menos seriamente trabajó la Comuna fué en el de Guerra. En esta administración dominaban la incapacidad, la ignorancia, la vanidad, la carencia de todo sentimiento de responsabilidad. Se reflejaban allí todas las influencias desorganizadoras que habían actuado sobre el movimiento socialista durante el Imperio. Y no tenemos más que pasar de la Place Vendome a la Prefectura de Policía para encontrar un segundo reflejo de estas circunstancias.

"Descansamos del engreimiento con que los nuevos hebertistas juegan a la Policía y al Estado Mayor si pasamos al Ministerio del Trabajo y de Cambio. El nombre muestra ya el influjo de la doctrina de Proudhon; pero los concienzudos y modestos miembros de la Internacional estaban tan ocupados con la obra posible, que

no tenían tiempo para perderse en imposibles fantasías. Como se consideraban representantes de la población obrera, no necesitaban expresar por galones y signos honoríficos su poder; uno de sus actos fué nombrar una Comisión de iniciativas, compuesta de representantes de los Sindicatos y Asociaciones obreras, y así este Ministerio trabajaba de tal modo, que puede decirse que hacía cuanto permitían las circunstancias y no emprendía nada que no fuese realizable."

En este Ministerio estaban concentrados los socialistas; era el que más interesaba a Marx; su actividad era la propiamente revolucionaria de la Comuna, y, sin embargo, se distinguió por una prudencia sorprendente.

El fundamento de esta prudencia, que presidía también la obra del Ministerio de Hacienda, lo da Jourde en el debate sobre las casas de préstamos. Se pedía que los vestidos, utensilios domésticos, instrumentos pignorados cuyo valor no excediese de 20 francos serían devueltos desde el 12 de mayo gratuitamente a sus dueños. El Estado indemnizaría a los establecimientos perjudicados. En el curso de este debate, Avrial pidió que se organizase un Instituto que sustituyese a las casas de préstamos, a lo que replicó Jourde:

"Decís que se cree un Instituto. Eso se dice fácilmente, pero se requiere tiempo para estudiar el asunto antes de crearlo. Si se le dijese a Avrial que hiciese cañones, pediría tiempo; pues yo lo pido también." (Sesión de 6 de mayo. *Journal Officiel* de 7 de mayo.)

La Comuna no tuvo tiempo para hacer obra de grandes vuelos en lo social, y sus mejores cabezas no querían emprender ninguna obra sin haberla estudiado antes concienzudamente. La mayoría de sus medidas de carácter social parecerían hoy mezquinas, verbigracia, la abolición del trabajo nocturno en las panaderías y la prohibición de las multas en dinero en los talleres.

La decisión más importante no pasó del estadio de la investigación. Durante el sitio, y después del 18 de marzo, los propietarios de una porción de industrias habían huído, dejándolas abandonadas y cerradas. A propuesta de Avrial, se abrió una información sobre estos casos, muy dañinos para los obreros. La decisión fué ésta:

"Considerando que numerosas industrias han sido paralizadas por los que las dirigían para eximirse del cumplimiento de sus deberes cívicos y sin tener en cuenta el interés de los trabajadores...

"Considerando que por esta fuga cobarde han sido interrumpidos numerosos trabajos esenciales para la vida comunal y ha sido perjudicado el obrero, la Comuna de París dispone:

"Se convocará a los Sindicatos obreros para que nombren una Comisión de estudio, con los siguientes fines:

"1º Hacer una estadística de las industrias cerradas y un inventario del estado en que se encuentren y de los instrumentos de trabajo que se hallen en ellas.

"2º Informar sobre las medidas prácticas que deberían tomarse para poner inmediatamente en marcha esas industrias, encargándolas, no a los desertores que las han abandonado, sino a Cooperativas de los obreros que trabajaban en ellas.

"3º Elaborar un proyecto de organización de estas Cooperativas.

"4º Creación de un Tribunal arbitral, que al regreso de los propietarios de dichas empresas, fije las condiciones con que han de pasar definitivamente a poder de las Cooperativas de obreros y la cuantía de la indemnización que las Cooperativas hayan de pagar a los propietarios.

"Esta Comisión informará ante la Comisión de la Comuna de Trabajo y Cambio, que queda encargada de presentar en el plazo más breve a la Comuna un proyecto de ley en el que queden garantizados los intereses de la Comuna y de los trabajadores."

Este decreto lleva la fecha de 16 abril (*Journal Officiel*, 17 abril). La Comisión de investigación se reunió los días 10 y 18 de mayo. Al poco tiempo sobrevino la caída de la Comuna; por consiguiente, aquella Comisión de socialización no llegó a formular proposiciones prácticas. Pero su nombramiento tiene importancia, en cuanto que permite adivinar el camino que hubiesen seguido los socialistas de la Comuna si el régimen hubiera subsistido más tiempo.

Nadie pensaba en una *socialización integral*, en apoderarse inmediatamente de toda la industria. Al contrario, se censuraba a los patronos por haber abandonado cobardemente sus industrias, dejando de dar ocupación a los obreros.

Al mismo tiempo se les hacía también el reproche contrario. El Comité Central de los 20 *arrondissements* (que no debe confundirse con el de la Guardia Nacional), formado ya durante el sitio, se quejaba de que los patronos retenían en sus talleres a los obreros, impidiéndoles cumplir con sus deberes de guardias nacionales.

Unicamente las industrias abandonadas por sus propietarios serían socializadas por de pronto, y esto sólo después de detenidos estudios preparatorios.

Otro paso en el camino de la socialización se proyectó para los suministros de guerra, uniformes y armamento. De estos suministros debían encargarse, en lo posible, Cooperativas obreras, sobre la base de contratos de suministro hechos por la Intendencia de acuerdo con los Sindicatos y con el Ministerio del Trabajo. Se conserva el proyecto de un reglamento del trabajo presentado a la Comuna por los obreros de los talleres del Louvre, dedicados

a la reparación de armas, y que fijaba una jornada de diez horas de trabajo.

Este reglamento, que consta de 22 artículos, se publicó en el *Journal Officiel* de la Comuna de 21 de mayo. Caracteriza muy bien las tendencias socializadoras de los representantes socialistas de la Comuna.

Según él, los obreros elegían al representante de los talleres en la Comuna, a los directores y capataces. Se nombraba un Consejo de industria, compuesto de los indicados, a los que se agrega un obrero por cada mesa de trabajo (*banc*). La Comuna nombraría un Consejo de intervención, que estaría al corriente de todas las operaciones de la Empresa y que tendría acceso constante a los libros.

Los obreros se muestran vivamente interesados en garantizar los intereses comunales. En el artículo 15 se establece la jornada de trabajo, no de ocho horas, como pedía el Congreso de la Internacional de Ginebra, sino de diez. En casos apremiantes se autorizan horas extraordinarias, con la conformidad del Consejo de Industria, y no se pagaba por ellas salario especial. Los salarios eran muy bajos: el director, 250 francos mensuales; los capataces, 210; los maestros, 70 céntimos por hora. Para los obreros ordinarios no se fijaba salario mínimo, sino salario máximo: no podía exceder de 60 céntimos por hora.

Característica es también la disposición contenida en el artículo 16, en el que se establece que por las noches debe quedarse siempre un obrero en el taller, para el caso de que se necesitasen armas. Todos los obreros estaban obligados a hacer por turno esta guardia nocturna. Y termina diciendo:

"Como en las presentes circunstancias es apremiantemente necesario ahorrar el dinero de la Comuna, estas guardias nocturnas no tendrían remuneración." (*Journal Officiel*, pág. 625.)

Sin duda que estos obreros no consideraban la época de su *dictadura* como una coyuntura favorable para la elevación de los salarios. La gran causa general estaba para ellos por encima de su interés personal.

e) *El socialismo de la Comuna.*

A pesar de su temperamento volcánico, Marx no halló nada que objetar a esta prudente actuación. En su *Guerra civil francesa* dice:

"La gran medida social de la Comuna estaba en su propia existencia activa. Sus medidas particulares no podían hacer sino indicar la dirección en que se mueve un gobierno del pueblo por el pueblo."

Después de designar Marx de este modo la dictadura del proletariado como el gobierno del pueblo por el pueblo, es decir, la democracia, continúa y elogia las medidas financieras de la Comuna como "excelentes por su inteligencia y su moderación".

Poco antes, en el mismo escrito, indica Marx los principios que deben seguirse en el período del tránsito del capitalismo al socialismo:

"La clase obrera no pide ningún milagro de la Comuna. No tiene que imponer, por decisiones populares, utopías acabadas y perfectas. Sabe que para conseguir su propia liberación, y con ella aquella forma de vida más elevada a que camina la actual sociedad, irresistiblemente impulsada por su propia evolución económica, necesita sostener largas luchas, recorrer una serie de procesos históricos, a través de los cuales se transformen totalmente los hombres y las circunstancias. La clase obrera no tiene ideales que realizar; su misión se limita a poner en libertad aquellos elementos de la nueva sociedad ya desarrollados en el seno de la sociedad burguesa, condenada a la caída."

De la afirmación de que la clase obrera no tiene que realizar ideal alguno ha querido deducirse que Marx no había querido dar fin alguno ni programa determinado al movimiento socialista. Mas contra semejante interpretación se pronuncia ya el hecho de que Marx mismo ha elaborado programas socialistas desde el Manifiesto Comunista de 1847 hasta el programa del partido obrero francés de 1880, redactado por él en colaboración con Guesde y Lafargue. Pero en el texto arriba citado se señala ya la finalidad del movimiento socialista: la liberación de la clase obrera por una lucha de clases gradualmente vencedora y la *producción de una forma de vida más elevada* que brotará del gobierno de los trabajadores sobre la base de la técnica moderna.

Podía objetarse a Marx que estos fines no eran otra cosa que ideales, y que, por consiguiente, la clase obrera tenía ideales que realizar. Pero al hablar Marx de ideales que realizar se refiere sin duda a ideales transcendentes, a ideales de justicia y libertad eternas, fuera del tiempo y del espacio. Los objetivos del movimiento obrero surgen, para él, de la evolución económica; las formas particulares de su realización evolucionan también constantemente y dependen del espacio y del tiempo. El socialismo no es para él *una utopía acabada y perfecta*, sino un proceso que presupone una larga evolución de las condiciones económicas y de la clase obrera, y que no termina con la victoria política de ésta, que lo que hace es apresurar su marcha "poniendo en libertad los elementos de la nueva sociedad".

Ya dos decenios antes había declarado Marx condiciones previas de la revolución social, un aprendizaje de años de la clase obrera y el conocimiento de las condiciones sociales reales.

Después del fracaso de la revolución de 1848, llegó, por el estudio de las condiciones económicas, a la conclusión de que el ciclo de las revoluciones se había cerrado provisionalmente. Esto

le puso en pugna con muchos correligionarios, que veían en tal creencia una traición a la causa revolucionaria. Sostenían frente a él que la revolución era inevitable porque las masas sentían su necesidad y tenían voluntad de hacerla. En setiembre de 1850 respondía Marx de este modo:

"A la concepción crítica, la minoría (de la federación comunista) contrapone la dogmática; a la materialista, la idealista. Pero la fuerza motriz revolucionaria está en las condiciones reales de la vida, y no en la mera voluntad. Mientras nosotros decimos a los trabajadores: Necesitás pasar por quince, veinte, cincuenta años de luchas civiles y políticas, no sólo para modificar las condiciones de la vida, sino para modificaros a vosotros mismos capacitandoos para el Poder, vosotros les decís: O conseguimos pronel Poder o nos echamos a dormir. Mientras que nosotros hacemos ver al obrero alemán, especialmente, el atraso del proletariado alemán, vosotros halagáis del modo más torpe el sentimiento nacional y el prejuicio de clase del artesano alemán, lo cual es, sin duda, más popular. De la misma manera que los demócratas han hecho de la palabra *pueblo* una palabra sagrada, vosotros habéis hecho una cosa sagrada de la palabra proletariado. Como los demócratas, pretendéis substituir con frases revolucionarias la evolución revolucionaria". (Marx: *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia).*

El que Marx protestase por que pretendiese hacerse de la mera voluntad la fuerza motriz revolucionaria, no quiere decir que la voluntad no tenga influencia en la revolución. Sin el querer no hay obrar consciente. Sin la voluntad no sólo no puede haber revolución, sino ni siquiera historia. El primer supuesto de todo movimiento social lo constituye una voluntad enérgica de ciertas clases sociales, voluntad nacida de necesidades vivamente sentidas.

Pero la voluntad sola no es suficiente. Para que el movimiento tenga éxito es preciso que exista algo más que la pura voluntad, que la mera necesidad. Yo puedo tener voluntad de vivir eternamente y puedo desearlo del modo más intenso. Mas esta mera voluntad no me amparará contra la muerte. Para que un movimiento tenga éxito, la voluntad debe querer lo posible; la necesidad tiene que contar con medios para su satisfacción. Y los que quieren necesitan tener fuerza suficiente para imponer sus deseos contra toda resistencia. Al entendimiento corresponde la tarea de inquirir las condiciones reales de la vida para distinguir claramente lo posible de lo imposible y para discenir el valor de las fuerzas opuestas, a fin de limitarse siempre a lo que de momento es realizable. Así se evita el malgaste de fuerzas y se utilizan del modo más intensivo las fuerzas de que se dispone.

Mas no es fácil conseguir esta visión clara de las condiciones sociales, pues el basamento económico de la sociedad está sujeto a constante cambio y mutación, y con él cambian también las necesidades sociales, los medios para satisfacerlas, y las fuerzas que pueden imponer lo más adecuado. Además, la sociedad se hace de día en día más amplia, más complicada y más inacabable. Cierto que también se perfecciona la inteligecia humana y se afinan los métodos de conocimiento. Mas no siempre sirve el espíritu humano para conocer las circunstancias reales. El espíritu tiende siempre a satisfacer necesidades de su portador; y cuando las circunstancias reales hacen esto imposible, fácilmente se inclina a ver en ellas un aspecto más favorable a sus apetencias. El hombre no quiere morir. El conocimiento de la realidad le dice que tiene que morir. Más la agudeza humana ha sabido ver en esta realidad signos que indican que continuaremos existiendo después de la muerte. Los proletariados del Imperio romano vivían en la más sórdida pobreza, pero sentían fuertemente la necesidad de una vida de ocio y goces. Las circunstancias reales hacían esto imposible. Pero, a pesar de todo, su espíritu les prometía esta bienaventuranza en el Imperio milenario, cuyo advenimiento aguardaban. La idea de la divinidad era el medio de hacer fuerte al débil y posible lo imposible. La divinidad convertiría en señor del mundo al pobre pueblo judío maltratado, daría en la época de la Reforma la victoria a la muchedumbre clamorosa de campesinos y proletarios inermes contra los ejércitos disciplinados de los príncipes y señores.

En el siglo XIX, los proletarios no creían ya en una divinidad salvadora; pero el recuerdo de la gran revolución francesa, en la que los proletarios de París habían mantenido a raya durante algún tiempo a toda Europa, hizo nacer en ellos una nueva fe: la creencia en el poder milagroso de la revolución y del proletariado revolucionario, que se convirtió en un ente sagrado. No necesitaba sino querer para conseguir cuanto quisiera. Si no podía era simplemente porque no quería.

Frente a esta concepción idealista, Marx afirmó la materialista, que demandaba tener siempre en cuenta las circunstancias reales. Sin duda, estas circunstancias hacían que la liberación de la clase obrera y la consecución de una forma de vida más elevada fuesen objetivos "hacia los que camina impulsada irresistiblemente por su propia evolución la sociedad actual"; pero este fin no debe considerarse como una utopía acabada y perfecta que fuese a realizarse inmediatamente; esta forma de vida no será tampoco una organización definitiva, sino que originará nuevos movimientos y una nueva evolución social.

Por consiguiente, la clase obrera no está siempre y en cualesquiera circunstancias madura para adueñarse del Poder. Necesita recorrer una cierta evolución que la capacite para ello. Sin embargo, no puede elegir el momento en que entre a gobernar. Llegado este momento no debe destruir sin más la forma de producción imperante; tiene que tomar por punto de partida lo existente y desarrollarlo en el sentido de las conveniencias proleta-

rias; "tiene que poner en libertad los elementos de la nueva sociedad"; lo cual significa cosas muy diversas, según las distintas circunstancias, y encontrará lo más adecuado a cada momento cuanto más claramente conozca las condiciones reales y más las tome en consideración.

Cuando la caída de Napoleón determinó la posibilidad de una revolución proletaria en París, Marx se sintió acometido de graves preocupaciones. Sin duda los obreros de París eran los obreros más inteligentes de la época. No en vano habitaban en el corazón del mundo de entonces, en la patria de la enciclopedia y las revoluciones. Pero el Imperio les había privado de buenas escuelas y de prensa libre, así como de organizaciones políticas y durante largo tiempo sindicales. A Marx le parecía que las exigencias más apremiantes del momento eran el aprovechamiento de la República para una mejor educación y organización de las masas y la defensa de la República a todo trance.

Contra el apoderamiento del Poder político por los obreros estaba también el hecho de que la mayoría del país era aún agrario y de que en el mismo París abundaba la pequeña burguesía .

Pero la historia no depende de nuestra voluntad, la cual no puede ni apresurar ni retrasar el advenimiento de una revolución. El alzamiento de los obreros parisienses el 18 de marzo y su triunfo eran inevitables. La cuestión estaba en saber claramente qué era lo que las fuerzas efectivas del proletariado triunfante permitían realizar, y concentrar en esto todas las energías. De ningún modo creía Marx que la tarea más importante de la Comuna fuese la abolición del sistema de producción capitalista. El 12 de abril de 1871 escribía a Kugelmann:

"Si lees el último capítulo de mi *Diez y ocho Brumario*, verás que en él digo que la próxima revolución francesa no debe comenzar, como se ha hecho hasta ahora, pasando de unas manos a otras la maquinaria burocrático militar, sino que antes debe destrozarla; esta es la condición previa de toda revolución realmente popular en el continente. Eso es también lo que nuestros heroicos correligionarios de París han querido hacer" (*Neue Zeit*, XX, I, página 709).

En la carta no se habla para nada del socialismo. Marx considera como la misión principal del la Comuna la destrucción del poder burocrático militar.

Naturalmente dondequiera que el proletariado se adueñe del Poder tendrá que aspirar a introducir modificaciones, no sólo en la organización del Estado, sino en la del proceso de producción en sentido favorable para sus interees. Si se quiere llamar socialismo a toda intervención del Poder político que tenga esta finalidad, claro está que había socialismo en la Comuna. Mas este socialismo era en todo caso muy diverso de lo que hoy se entiende por tal. Claro que esto dependía en parte de la falta de tiempo;

la insurrección sólo duró unas semanas. Dependía también principalmente de que el movimiento se limitó a París, donde dominaba la pequeña industria y donde, dado el sistema económico imperante, apenas podía hacerse otra cosa sino ayudar a la transformación de algunos talleres en cooperativas de producción. Apenas hubiese sido posible la concentración en un organismo de producción unitaria de toda una rama industrial y la regulación tanto de la venta de sus productos como de la adquisición de primeras materias. Si se hubiese tratado de todo el país, si la Comuna hubiera logrado apoderarse de todo el aparato gubernamental, hubiera podido venir la nacionalización de los ferrocarriles y acaso de las minas de carbón y hierro. Todo esto no hubiera suprimido el capitalismo, pues en parte estaba ya hecho, o en vías de hacerse. en Alemania; pero bajo un régimen proletario y democrático hubiera elevado considerablemente el nivel de vida de la clase obrera.

Junto con la falta de tiempo y con el atraso económico del país, era también un obstáculo para la socialización la ignorancia teórica de los hombres de la Comuna. Los jacobinos y blanquistas no se preocupaban en lo más mínimo de asuntos económicos. Los internacionalistas les daban, como hemos visto, la mayor importancia, pero carecían en aquel tiempo de todo firme sustento teórico. Estaban a punto de abandonar la base proudhoniana, pero no habían llegado aún a ponerse decididamente al lado de Marx.

Sin embargo, Marx aprobó el método de la Comuna, a pesar de las precauciones con que procedía; era necesario estudiar la situación económica antes de ponerse a la transformación, para no dictar decretos apresurados que confundiesen y desalentasen a las gentes. Si bien esta prudencia, más que de certeza teórica, procedía cabalmente de inseguridad de principios, coincidía con la convicción a que Marx había llegado, como consecuencia de su concepción materialista, de que en las revoluciones no debemos dejarnos dirigir por la mera voluntad, sino por el conocimiento de las condiciones reales de la vida social.

Acertadamente caracteriza este aspecto del levantamiento parisiense Dubreuilh en su *Commune* (páginas 1-19).

"No era posible una política de expropiación metódica, aunque sólo fuese por la razón (aparte de la resistencia de las demás clases) de que la masa proletaria apenas si comprendía que la sociedad funcionase de modo distinto del tradicional, y no había desarrollado ninguna de las instituciones cooperativas y sindicales necesarias para asegurar, suprimido el régimen capitalista, un funcionamiento normal de la producción y del cambio. No se improvisa por decretos un régimen nuevo, y mucho menos un régimen socialista; los decretos, las leyes, tienen que apoyarse en cosas ya existentes. Si la Comuna hubiera pretendido adelantarse a su tiempo, probablemente sólo hubiera conseguido que se volvieran en contra suya sus mejores fuerzas, sin que por otra parte

hallase en los obreros asalariados la compenetración y el entusiasmo necesarios. No podía hacer otra cosa sino, bajo el pretexto de democratizar las instituciones políticas, allanar el camino para una transformación social posterior. Y eso fué lo que hizo".

Tal fué la actuación social de aquel acontecimiento histórico, del que dijo Engels que encarnaba la fórmula marxista de la dictadura del proletariado. El método marxista de la socialización, al que la Comuna se acercó tanto, debe ser también el nuestro.

Esto no quiere decir que el mismo método haya de emplearse en Alemania actual con la misma reserva con que fué aplicado por la Comuna en 1871.

De entonces acá ha transcurrido medio siglo de la más intensa capitalización. El enorme progreso que se ha hecho se muestra ya en el hecho de que entonces el alzamiento se redujo a París y sucumbió al empuje de los salvadores, unidos a la burocracia y a la alta finanza, que constituían la mayoría de la población (1872, 53 por 100). En cambio, en 1918 la revolución alemana estalló en todas partes y en todas partes fué obra del proletariado. La agricultura alemana apenas si comprende la cuarta parte de la población (29 por 100 en 1907), y la industria está formada por grandes empresas, y en algunas ramas hasta por cartels. El proletariado parisiense de 1871 acababa de salir del régimen bonapartista, que le había privado de todos los medios de educación y organización. El pueblo alemán entra en la revolución tras un aprendizaje político y sindical de medio siglo, y cuenta con organizaciones políticas. Y, por último, los socialistas de 1871 estaban a punto de desechar una teoría económica que se había mostrado insuficiente, pero no habían llegado aún a formarse una nueva superior. En cambio, el socialismo alemán actual dispone del conocimiento histórico y económico y del método claro de una teoría que es reconocida como la más perfecta por los socialistas de todos los países y que aprovecha incluso al pensamiento burgués, por su superioridad inmensa sobre las demás concepciones económicas generales existentes.

En tales condiciones puede hacerse la socialización más aprisa, con mayor amplitud y más eficazmente de lo que hubiera sido posible en 1871.

f) Centralismo y federalismo.

Hemos hablado de un método económico de la Comuna; pero ya hemos hecho entrever que no se encuentra en ella método en la aceptación rigurosa de la palabra. No puede hablarse de que la Comuna hubiera seguido un método consciente, aplicado de un modo sistemático. Esto, aunque sólo fuese, porque en ella había direcciones muy encontradas. La conducta de la Comuna era resultado de esta contraposición y no de una teoría determinada. Los mismos

socialistas no veían teóricamente con mucha claridad y estaban en minoría. Sin embargo, la actividad económica de la Comuna estaba dominada por su espíritu, pues la mayoría concedía poca importancia a lo económico y se movía en este campo con mayor inseguridad aún que la minoría.

Muy otra era la situación en lo referente a la política. En este punto las contradicciones que convivían en la Comuna eran violentísimas, tanto, que casi se destrozaban, inutilizando su actividad. Pero la tendencia general impuesta por las circunstancias fué una resultante media, que Marx aprobaba, lo mismo que la conducta de la Comuna en lo económico.

Ya sabemos que la mayoría de la Comuna estaba formada por jacobinos y blanquistas. En su opinión, la Comuna era análoga a la del 1793: una entidad que dominase a toda Francia, imponiéndole su voluntad. Eran republicanos radicales y librepensadores; querían destruir toda la organización monárquica, tanto el clero como la burocracia y el ejército permanente. Y, sin embargo, sólo hubieran logrado imponer el predominio de París por medio de una organización de Estado que, radicado en París como punto central, tuviese a su disposición los más fuertes medios coactivos. Olvidaban que la Comuna de 1793, estableciendo una fuerte organización centralizada, allanó el camino al Imperio de Bonaparte. Lo esperaban todo de un Comité de Salud Pública con poderes dictatoriales, sin darse cuenta de que una dictadura que no esté apoyada en un ejército disciplinado y en una buena organización administrativa no es más que pura apariencia.

Los proudhonianos profesaban la más abierta oposición al centralismo de los jacobinos y miraban con repugnacia las tradiciones de 1793. Se daban cuenta de las ilusiones que habían llevado al Terror y habían burlado a los proletarios, que no habían hecho más que infundirles instintos sanguinarios, sin mejorar su suerte en lo más mínimo. Y también tenían frente a la democracia una posición crítica. El sufragio universal había elegido la Asamblea Nacional reaccionaria de 1848 y se había declarado por el Imperio. Y, en efecto, dada la situación económica que imperaba en Francia, no había probabilidades de que la política, fuese democrática o dictatorial, se convirtiese en medio para producir la emancipación inmediata, directa, del proletariado. Pero los socialistas de entonces buscaban un medio de esta naturaleza. Estaban muy lejos de llegar a la idea de la evolución en general, y con ella de la importancia que la democracia podía tener para la educación política y la organización del proletariado, y, por tanto, para su liberación definitiva. Ni la democracia ni la dictadura podían producir este resultado. Los proudhonianos se daban cuenta de ello muy bien; pero lo que no estaba tan bien era la consecuencia que deducían. Prescindir completamente de la política, como ellos hubieran preferido, era imposible. Pero la política municipal

de algunos ayuntamientos industriales ofrecía al proletariado muchas más probabilidades que la política general en un país predominante agrario; por tanto, la democracia municipal fué para ellos tan importante como indiferente les era la del Estado. Y los acerados críticos de los parlamentos de Estado, esas reuniones de charlatanes, no se oponían a los parlamentos comunales.

La soberanía del municipio vino a ser el ideal del proudhonismo. Esta idea muestra que pensaba en una industria pequeña. Tampoco querían suprimir el cambio de mercancías. Sin embargo, había ya en su tiempo industrias cuyo radio de acción traspasaba los linderos de un municipio, y para regular su funcionamiento los municipios particulares se reunirían en federaciones libres. De este modo esperaban los proudhonianos emancipar al proletariado industrial aun en la parte agrícola de Francia. Olvidaban tan sólo el detalle nimio de que la idea de la disolución del Estado en Municipios independientes era una idea política cuya realización exigía previamente la destrucción del Poder político imperante, que era precisamente lo que ellos querían evitar.

Por consiguiente, la Comuna, en el pensamiento de los proudhonianos, era exactamente lo contrario de la de los jacobinos. Para los jacobinos, la Comuna de París era un medio para conquistar el Poder del Estado y dominar a toda Francia. Para los proudhonianos, la soberanía de cada municipio era el medio de acabar con la soberanía del Estado.

Arturo Arnould, en su *Histoire populaire et parlamentaire de la Commune de París*, caracteriza muy bien la oposición entre los "jacobinos revolucionarios" y los "federalistas socialistas":

"Las mismas palabras eran entendidas de dos maneras diversas por los distintos miembros de la Comuna. Para unos, la Comuna de París era la expresión, la encarnación de la primera aplicación del principio antigubernamental, de la guerra contra las antiguas concepciones del Estado central unitario y despótico. La Comuna era para ellos el triunfo del principio de autonomía, de la libre federación de grupos y del posible gobierno directo del pueblo por el pueblo; era la primera etapa de una gran revolución, tanto política como social, que venía a acabar con los viejos procedimientos. Era la absoluta negación de la idea de la dictadura, el adueñamiento del Poder por el pueblo mismo, y, por tanto, la abolición de todo Poder colocado por encima del pueblo o fuera de él. Los hombres que sentían, pensaban, querían de este modo, constituían el grupo que se llamó más tarde de los socialistas o minorías.

"Para los otros, por el contrario, la Comuna de París era la continuación de la antigua Comuna de 1793. Representaba a sus ojos la dictadura en nombre del pueblo, una concentración enorme del Poder en manos de pocos y la destrucción de las antiguas instituciones por la colocación a su frente de hombres nuevos, que por el momento las utilizaban como armas de guerra al servicio del pueblo contra los enemigos del pueblo.

"En este grupo autoritario no había desaparecido en modo alguno, completamente, la idea del Estado central unitario. Si aceptaban el principio de la libre autonomía de los Municipios e inscribían en su bandera la demanda de la libre federación de los grupos, sólo lo hacían porque a ello les obligaba la opinión de París... Pero, por lo demás, continuaron dominados por los viejos hábitos mentales adquiridos en una larga serie de luchas. Tan pronto como se trataba de obrar volvían al camino que habían seguido durante tanto tiempo, y, guiados de la mayor buena fe, aplicaban los viejos métodos a las nuevas ideas. No comprendían que en semejantes asuntos la forma domina siempre al contenido, y que los que pretenden asentar la libertad por la dictadura o el poder arbitrarios matan precisamente aquello que querían salvar Este grupo, que, por lo demás, estaba constituído por elementos muy heterogéneos, formaba la mayoría, y sus adeptos se llamaban jacobinos revolucionarios".

Dubreuilh cita los párrafos transcritos, haciendo notar que sólo eran exactos en cuanto se referían a los extremos de ambas direcciones. Esto es verdad, pero puede aplicarse a cuantas direcciones políticas se quiera describir; en todas ellas habrá una escala de matices. Mas si se las quiere conocer es preciso acentuar su expresión más consecuente, más clásica, por decirlo así.

La oposición era enorme; quizá no hubiera podido lograrse la avenencia si la Comuna hubiera triunfado. Pero no triunfó, y esto obligó a los partidos hostiles a adoptar una línea media.

Desde el 3 de abril la Comuna se encontró reducida a la defensiva, y tuvo que renunciar a todo proyecto de conquista y dominio sobre Francia. Esto hacía imposible la realización del pensamiento jacobino. No sólo no se podía pretender que la Comuna imperase en Francia, sino que podían darse por satisfechos con lograr que las libertades de París no fuesen aplastadas por el elemento reaccionario del resto del país.

En semejantes circunstancias no podía pensarse tampoco en llevar a la práctica el sueño prodhoniano de disolver el Estado francés y conceder plena autonomía a sus municipios.

Los jacobinos centralistas y los proudhonianos federalistas se vieron obligados por la fuerza de las circunstancias a perseguir el mismo objetivo, lo único que entonces podía conseguirse con una situación algo favorable, y que constituía para Francia una necesidad, sentida incluso por muchos de sus políticos burgueses: la autonomía administrativa de los Municipios, su independencia dentro de los límites señalados por la democracia del Estado, la limitación de las atribuciones de la burocracia central y la substitución del ejército permanente por una milicia.

Los internacionalistas se avinieron a este reconocimiento del

Estado democrático, tanto más cuanto que, como ya sabemos, en los últimos tiempos del Imperio se habían visto lanzados a la lucha contra este, y, por tanto, a la política, y habían comenzado a mezclar el proudhonismo estricto con ideas marxistas.

El resultado fué una política con la que Marx podía conformarse perfectamente. Si hubiera estado en París no hubiera podido afiliarse a ninguno de los dos partidos; hubiera permanecido aislado. Pero las exigencias de las circunstancias y la cordura de las mejores cabezas de la Comuna, que en este punto también se guiaban más bien por las *circunstancias* reales que por la voluntad, dió por resultado final una política que en sus líneas directrices se aproximaba mucho a la marxista. A ella puede aplicarse aún más que a las medidas económicas la frase de Mendelsson: "Los creadores de la Comuna parecen no haberse dado cuenta de lo creado por ellos".

La nuevas creaciones políticas de la Comuna fueron producto de las luchas internas más vivas entre las dos direcciones. El mal más grave de que la Comuna adolecía era la falta de organización, consecuencia natural de la falta de hábitos de organización del proletariado parisiense de la época que acababa de salir del régimen del Imperio.

La Comuna estuvo desde su principio en estado de guerra con Versalles. Nunca la organización y la disciplina son más necesarias que en la guerra, y ambas cosas le faltaban en absoluto a la Comuna. Los batallones estaban mandados por oficiales elegidos por ellos mismos. Esto hacía que los oficiales fuesen independientes de sus electores, y por este procedimiento no puede tenerse un ejército eficaz; es un procedimiento que sólo debe aplicarse cuando se desea la desorganización del ejército. Esto lo han visto claro también lo bolcheviques rusos, que suprimieron el poder de los Consejos de soldados y la elección de los oficiales por sus tropas tan pronto como se vieron metidos en una guerra seria.

El que los diversos batallones de la Guardia Nacional obedeciesen las órdenes del Mando dependía de su arbitrio. Por eso no es extraño que el número de combatientes efectivos de la Comuna fuera muy escaso. Se pagaban 162.000 hombres y 65.000 oficiales, pero el número de los que salían a campaña y se batían desde la jornada fatal del 3 de abril oscilaba entre 20.000 y 30.000. Sobre estos valientes pesaba la terrible carga de una lucha contra un ejército superior en disciplina y armamento y que contaba en la segunda mitad de mayo con 120.000 hombres.

La desorganización de abajo se aumentó con la desorganización de arriba. Junto al Mando seguía funcionando el Comité Central de la Guardia Nacional. Había traspasado sus poderes a la Comuna, pero seguía mezclándose en todos los asuntos relativos a la Guardia Nacional.

En su carta sobre la Comuna a Kugelmann (12 de abril de

1871), considera Marx como una falta que el Comité Central hubiera renunciado tan pronto sus poderes para dejar su puesto a la Comuna. No razona esta afirmación, y, por tanto, no sabemos por qué creía que era una falta. Probablemente, pensando en la dirección de la guerra. Según él, esta falta era la segunda cometida por los parisienses, habiendo sido la primera el no marchar inmediatamente después del 18 de marzo sobre Versalles. Cree que estas faltas contribuyeron mucho a su caída.

Pero las faltas capitales que desde el principio hicieron tan desesperada la situación militar de la Comuna se habían cometido ya antes de que ésta se reuniera. Nada indica que el Comité Central hubiera sido más afortunado que la Comuna en la dirección de la guerra. Por el contrario, se mostró aún más vacilante que ella. Nunca la guerra ha sido el fuerte del proletariado.

Pero lo peor era la coexistencia de dos poderes supremos independientes, a los cuales se agregaba aún un tercero: el Comité de Artillería.

"El Comité de Artillería, constituído el 18 de marzo, disputaba con el Ministerio de la Guerra sobre los cañones. Este poseía los de Mansfeld, y el Comité los de Montmartre". (Lissagaray, *Historia de la Comuna).*

Para atenuar la desorganización general imperante se trató de fortalecer el poder del Gobierno. En vez de las Comisiones ejecutivas, de que ya hablamos, se nombró el 20 de mayo un Comité ejecutivo, compuesto de nueve miembros: un delegado por cada una de las nueve Comisiones. Pero el mal era demasiado profundo para que una modificación semejante pudiera remediarlo. Entonces los jacobinos recordaron las tradiciones de 1793, y propusieron el nombramiento de un Comité de Salud Pública con poderes dictatoriales que anularía a la Comuna misma. El avance incesante de las tropas de Versalles dió lugar a que Miot "que poseía una de las más hermosas barbas de 1848" (Lissagaray), pidiese el 28 de abril el nombramiento de un Comité de Salud Pública; es decir, de otra Comisión que estuviese por encima de las demás Comisiones. Todo el mundo se mostró de acuerdo con la necesidad de un Poder ejecutivo más fuerte, pero sobre el nombre que había de darse al nuevo organismo se promovió un vivo debate. Los jacobinos creían que si se le llamaba Comité de Salud Pública se le daría la fuerza victoriosa de la República del 93; pero precisamente esas tradiciones, que evocaban el Terror, repugnaban a los proudhonianos.

El 1º de mayo se acordó el nombramiento del Comité por 34 votos contra 28. En la elección, la mayor parte de la minoría (23) se abstuvo de votar, con el siguiente fundamento:

"No hemos presentado ningún candidato; no queríamos contribuir a que se eligiese a nadie para entrar en un organismo que nos parece perjudicial e inútil, pues vemos en el Comité la

negación de los principios de reforma social de que ha salido la revolución comunista de 18 de marzo."

El Comité de Salud Pública, destinado a elevar a su máxima potencia la energía de la Comuna y a acabar con la desorganización, comenzó haciéndola mayor aún, produciendo una escisión en la Asamblea.

Ya esto le quitó toda fuerza moral al Comité. A ello se agrega que los internacionalistas, que eran los que hacían labor seria en la Comuna, se mantuvieron fuera de él. Los miembros eran, salvo uno, según frase de Lissagaray, de los que gustaban a los alborotadores.

Ya el 9 de mayo se depuso, para nombrar uno nuevo, al primer Comité, que se había mostrado incapaz. Esta vez la minoría tomó parte en la elección, después que hubo visto que tras el temido nombre se escondía nada menos que una verdadera dictadura. Pero en el intervalo la oposición entre ambas fracciones se había agudizado tanto, que la mayoría cometió la inconcebible falta de no dejar que entrase en el Comité ningún representante de la minoría.

El segundo Comité se mostró tan incapaz como el primero, y hasta lo excedió, pues procedió activamente contra la minoría; alejó de sus cargos a algunos de sus miembros, privando así a la Comuna de sus mejores cabezas.

Esto fué la causa de una ruptura abierta. El 16 de mayo la minoría publicó en los periódicos una declaración, en la que protestaba de que la Comuna abdicase en una dictadura irresponsable, y anunciaba que suspendería su colaboración en la Comuna y que sólo seguiría actuando en los distritos y en la Guardia Nacional. De esta manera, decían para terminar, ahorrarían a la Comuna la escisión que querían evitar, pues mayoría y minoría servían a la misma causa. Esta declaración parece que, a pesar de su tono moderado, significaba la ruptura total.

Sin embargo, la minoría, que en la administración y en los asuntos económicos estaba más capacitada que la mayoría, en política no se mostró decidida ni consecuente. Había protestado el 1º de mayo, por la abstención, contra la dictadura del primer Comité; el 9 había acatado esa dictadura, presentando candidatos para el segundo Comité; el 15 había vuelto a protestar públicamente por la suspensión de su actividad en la Comuna, y el 16, día de la publicación de la protesta, cedió a las instancias de sus amigos, especialmente del Consejo Federal de la Internacional, que la instaban para que no destruyese ante el enemigo la unidad de la Comuna, y el día 17 aparcieron en la sesión 15 de los 22 firmantes de la protesta. Pero esto no aplacó a la mayoría, a pesar de los intentos conciliadores de algunos de sus miembros más razonables, especialmente Vaillant. Se rechazó una resolución conciliadora y se aprobó una proposición de Miot así concebida:

"La Comuna olvidará la conducta de aquellos miembros de la minoría que retiren sus firmas de la declaración, y censura esta declaración:

Dubreuilh hace notar a este propósito:

"Así, jacobinos y federalistas, los hermanos en lucha, se ponían frente a frente ante la última batalla en las barricadas, ante la muerte."

El 21 entraron en París las tropas de Versalles; el 22 celebró la Comuna su última sesión.

Su política nos ofrece un curioso espectáculo. Cada una de las dos direcciones representadas en la Comuna está dirigida por un programa cuya aplicación consecuente no era posible. Pero, a pesar de esto, el choque de los dos partidos y de la fuerza de las circunstancias resultó un programa político que no sólo era posible, sino que respondía en tan eminente grado a las necesidades de Francia, que aun hoy hay en él gérmenes fecundos: tanto la autonomía de los municipios como la supresión del ejército permanente, las principales exigencias de la Comuna, son hoy tan necesarias para el progreso de Francia como en la época de la segunda Comuna.

g) *Las ideas terroristas en la Comuna.*

No puede hablarse del Comité de Salud Pública sin pensar en el régimen del Terror, del que fué el alma en 1793. Era natural que la oposición respecto al nombramiento del Comité se extendiese a la conveniencia del Terror. Desde el principio los jacobinos veían con simpatía el empleo del terror como arma de lucha, mientras que los proudhonianos lo rechazaban.

Esta oposición pudo ya notarse en la sesión inaugural de la Comuna. Uno de sus miembros pidió la abolición de la pena de muerte. "¡Oh, quiere salvar la cabeza de Vinoy!" (el general de los versalleses), le gritaron.

Ante el Consejo Federal de la Internacional formuló Frankel el 29 de abril con las siguientes palabras la política de la Internacional:

"Queremos establecer el derecho de los trabajadores, y esto sólo es posible por convencimiento y fuerza moral."

Al otro lado encontramos gentes como el dramaturgo Pyat, el empleado Ferré y el estudiante Rigault, que no encontraban frases bastante sanguinarias.

En principio todos los jacobinos debían ser partidarios de adoptar medidas terroristas, pero en la práctica no se notaba mucho. El espíritu humanitario que dominaba por entonces en toda la democracia, tanto burguesa como proletaria, no podía menos de imponerse también a la mayor parte de ellas. A esto se agrega que en la segunda Comuna faltaban los motivos que en la primera hicieron nacer el Terror. La segunda Comuna se había propuesto

resolver el problema insoluble de edificar sobre base burguesa un organismo comunal que satisfaciera los intereses obreros. Y su poder estaba circunscripto a París, la mayoría de cuya población estaba tan decididamente de su parte, que no tenía necesidad de intimidar a sus adversarios con medidas violentas. El enemigo peligroso estaba fuera del recinto de su dominio y no podía ser alcanzado por los medios terroristas.

Faltaba, pues, el motivo para llevar a la práctica la tradición terrorista. Lo que hacían Ferré y Rigault en el Comité de Seguridad, en lo relativo a la censura de la Prensa y a detenciones, era más bien una mala imitación de los procedimientos del segundo Imperio que de los del Terror, que empleaban métodos muy diversos. El estudiante blanquista Rigault había conquistado grandes laureles durante el Imperio en una lucha incesante con la Policía, cuyos lazos y ardides dominaba perfectamente. En 9 de marzo, esto es, antes de la insurrección, dice ya de él Lauser:

"Los que le conocen me han contado las más extraordinarias cosas de su habilidad para seguir las huellas a la Policía, para interponerse en su camino y, en ocasiones, para llegar a burlar por propia cuenta al propio prefecto de París." (*Bajo la Comuna de París.* Diario.)

El 18 de marzo tuvo, por fin, ocasión de hacer de prefecto de Policía de París. Su primer acto, en la noche del 18 al 19, consistió en instalarse en la Prefectura.

Sus prácticas policíacas encontraron pronto viva resistencia, sobre todo por parte de los internacionalistas. Tenían muy poca semejanza con los métodos de 1793, a pesar de que trabajaba en una *Historia de la primera Comuna.*

Por otra parte, las ejecuciones de los generales Thomas y Clement no pueden atribuirse a la Comuna, pues acaecieron antes de su constitución y a pesar de la protesta del Comité Central.

Sólo una medida de la Comuna puede calificarse de terrorista, pues iba encaminada a intimidar al enemigo ejerciendo actos de violencia sobre gentes inermes: la prisión de rehenes.

La experiencia ha mostrado muchas veces que el tomar rehenes es un procedimiento ineficaz, que raramente evita crueldades y que, en cambio, con gran frecuencia sirve para aumentar los excesos de la lucha.

Pero era difícil que la Comuna obrase de otro modo si no quería tolerar sin resistencia que los versalleses fusilasen a los prisioneros, lo que desde el 3 de abril ocurrió en numerosos casos.

"Bajo la presión de la indignación producida por el fusilamiento de Duval (uno de los jefes de la Guardia Nacional, que había sido hecho prisionero por los versalleses el 3 de abril) y de los prisioneros de Puteaux y Chatillon, varios miembros de la Comuna pidieron que se fusilase inmediatamente unos cuantos reaccionarios, escogidos principalmente entre el clero de París. Otros jacobinos, principalmente Delesclure, horrorizados ante estas exageraciones, presentaron entonces el decreto sobre los rehenes. Su objeto era detener a los de Versalles en el sangriento camino en que se habían arrojado ciegamente. Pero por una especie de pacto tácito se convino en que este decreto no sería ejecutado." (Fiaux, *Guerre civile de 1871*, pág. 246).

Por consiguiente, este decreto no obedecía al deseo de sacrificar vidas humanas, sino al de salvarlas. Por una parte se pretendía mover a los versalleses a suspender los fusilamientos, y por otra impedir que los parisienses quisiesen tomar represalias inmediatas. La proclama de la Comuna de 5 de abril decía:

"Siempre generoso y justo, aun en su cólera, el pueblo repugna el derramamiento de sangre, así como la guerra civil. Pero tiene el deber de ampararse contra los bárbaros atentados de sus enemigos, y, aunque le resulte muy duro, procederá según el principio de ojo por ojo y diente por diente." (*Journal Officiel*, 6 abril. Pág. 164).

En realidad, la Comuna se mostró, en efecto, generosa y justa, pero no siguió el principio "ojo por ojo y diente por diente".

El decreto sobre rehenes dispone que toda persona acusada de tratos con Versalles sea inmediatamente detenida. Se nombrará un Tribunal que oiga al acusado dentro de las veinticuatro horas y dicte sentencia dentro de las cuarenta y ocho. Pero los condenados no serán fusilados, sino conservados como rehenes. Los prisioneros de guerra irán también ante el mismo Tribunal, que decidirá sobre si han de ser puestos en libertad o conservados en calidad de rehenes. Y, por último, disponía que a cada ejecución de un prisionero o partidario de la Comuna por los versalleses se respondiese con el fusilamiento del triple número de rehenes.

Pero esta última disposición del decreto, la más grave de todas ellas, no llegó a cumplirse nunca, a pesar de que, tras corta suspensión, los versalleses continuaron fusilando a los prisioneros, sin preocuparse de que con ello ponían en peligro la vida de sus amigos presos en París.

Thiers se proponía, incluso deliberadamente, excitar a la Comuna a cometer actos de crueldad. Sabía perfectamente que el fusilamiento de los rehenes no aprovecharía a la Comuna, sino a él, a los ojos de la opinión pública de todo el mundo, dominada todavía por sentimientos e ideas burgueses, que veía tranquilamente la ejecución por los versalleses de numerosos prisioneros, mientras se había indignado profundamente sólo porque los parisienses habían detenido algunos rehenes.

En el asunto del cambio de los rehenes mostró Thiers sus bajos sentimientos.

A raíz de la publicación del decreto de 5 de abril habían sido presos en París en calidad de rehenes algunos sacerdotes, el banquero Gecker, iniciador de la expedición a Méjico, y el presidente

del Tribunal de Casación, Brujean. La Comuna hizo proposiciones de cambio. Pondría en libertad a los sacerdotes presos, al arzobispo Darboy, el párroco Deguerry y el vicario general Lagarde, así como al presidente, Brujean, si el Gobierno de Versalles ponía en libertad a Blanqui.

Fué bastante confiada para dejar que el 12 de abril el vicario general Lagarde saliera para Versalles con una carta de Darboy a Thiers, bajo juramento de regresar si las negociaciones fracasaban.

Ya antes, el 8 de abril, Darboy había escrito a Thiers conjurándole a que no mandase fusilar más prisioneros. Thiers calló. El 13 de abril un periódico de París, *L'Affranchi*, publicó esta carta. Entonces contestó Thiers, pero con una mentira, tachando de calumnias todas las noticias de fusilamientos.

Lagarde no recibió contestación a la carta de que había sido portador hasta fines de abril. Pero el general vicario fué bastante prudente para volver a meterse en las garras del león, e infringió su juramento. En esta contestación Thiers se negaba a poner en libertad a Blanqui, pero tranquilizaba al arzobispo dándole la seguridad de que la vida de los rehenes no corría peligro.

Otros intentos del nuncio y del embajador americano Washburne, que intervinieron en favor del cambio, fueron también inútiles. Por consiguiente, Thiers es el responsable de que los rehenes indicados se encontrasen todavía en la cárcel de Maras cuando cayó la Comuna, perdiendo el poder de ampararlos.

Thiers tenía razón asegurando lo que por otra parte mostraba como calumniosas sus acusaciones sobre la bestialidad de la Comuna: que no peligraba la vida de los rehenes bajo la Comuna; pero por otra parte trabajaba eficazmente en derrocar el régimen que amparaba a los presos, y lo hacía en circunstancias que ponían en el mayor peligro la vida de éstos.

Los versalleses entraron en París a traición el 21 de mayo, un domingo, por sorpresa, en el momento en que se celebraba un concierto popular en el jardín de las Tullerías, al final del cual un oficial de Estado Mayor invitó al auditorio a volver el próximo domingo, añadiendo:

"Thiers había prometido entrar ayer en París. Pues bien; ni ha entrado ni entrará".

En aquel instante entraban en París los versalleses. Cayeron tan de improviso sobre la población, y las tropas de la Comuna estaban tan agotadas, que si los versalleses hubieran avanzado con rapidez y decisión, probablemente habrían conseguido ocupar, sin gran resistencia, todo París. Pero avanzaron con lentitud y dieron tiempo a que los defensores de la Comuna se concentrasen y a que comenzase una lucha en las calles que duró una semana entera, la sangrienta semana de mayo, y que exaltó las pasiones tanto más febrilmente cuanto que los versalleses no daban cuartel,

fusilando no sólo a cuantos prendían con las armas en la mano, sino a todos los sospechosos. Algunos historiadores de la Comuna insinúan la sospecha de que los versalleses habían avanzado con tanta lentitud con el fin de que aumentase la resistencia y con ella el número de las víctimas y la magnitud de la derrota.

"París habría podido ser tomado en veinticuatro horas si el ejército hubiera avanzado por los *quais* de la orilla izquierda; sólo hubiera hallado resistencia en el Ministerio de Marina, en Montmartre, en Menilmontant. Gracias a la lentitud del avance, que dió tiempo a que se organizase la resistencia, se hicieron ocho o diez veces más prisioneros que combatientes, se fusilaron más personas de las que había detrás de las barricadas, mientras el ejército sólo perdió 600 muertos y 1.000 heridos." (G. Bourguin: *Histoire de la Commune.*)

La cifra de los muertos excedió de 20.000, y algunos la estiman hasta en 30.000. El jefe de la justicia militar, general Appert, contaba 17.000 muertos. El número de las víctimas que no llegaron a conocimiento de las autoridades no puede fijarse, pero seguramente excedió de 3.000.

No es de extrañar que en medio de una lucha tan sañuda se sintiesen muchos poseídos del espíritu de venganza, que se manifiesta con tanto más ímpetu cuanto que la muchedumbre sentía su impotencia y comprendía que no era capaz de evitar la catástrofe. Poco después que la Comuna hubo dejado de existir comenzaron los fusilamientos de los rehenes. El 21 irrumpieron en la ciudad los versalleses; el 22 comenzó la lucha en las calles; el 24 se fusilaron los primeros rehenes.

Mas también en este caso, y a pesar de que los fusilamientos fueron más bien efecto de desesperada saña y de ciego instinto de venganza, se manifestó la oposición entre jacobinos e internacionalistas.

Quien inició los fusilamientos fué el fanático blanquista Rigault, que en la noche del 23 al 24 hizo fusilar, junto con algunos gendarmes detenidos el 18 de marzo, al redactor Chandey, que el 22 de enero había hecho disparar sobre el pueblo, en cuya matanza había caído junto a Rigault su amigo Yapia.

El 24, Rigault fué a su vez hecho prisionero y fusilado. Al mismo tiempo el blanquista Genton pedía la muerte de seis rehenes, entre ellos el arzobispo Darbrey, el presidente Boujean y el párroco Deguerry. El blanquista Ferré le autorizó para ello.

"El pelotón de ejecución estaba formado casi exclusivamente por jóvenes, casi niños. Los que intervienen en la mayor parte de esos delitos son muchachos jóvenes, excitados por los vicios de las ciudades y cuyas pasiones, que apuntan en ellos antes que el bozo, no dejan sitio para el sentimiento de responsabilidad." (Fiaux. *Guerre civile.*)

Las mismas observaciones podemos hacer también, desgraciadamente, hoy en Alemania respecto de aquellos que se encargan de ejecutar el derecho de guerra.

También fué el blanquista Ferré el que el 26 dispuso que fuesen entregados al coronel Goës, igualmente blanquista, 48 rehenes, la mayor parte sacerdotes, policías secretos y gendarmes, que habían disparado sobre el pueblo el 28 de marzo. Los llevó consigo seguido de una muchedumbre armada, completamente fuera de sí, pues sabían que estaba condenada a muerte y que no podía esperar perdón. En un estado de desesperada locura se arrojó sobre los rehenes y los despachó uno tras otro. En vano intentaron salvarlos los internacionalistas Varlin y Seraillier. Estuvieron incluso a punto de ser linchados por la muchedumbre, que los tachaba de versalleses.

El 28 de mayo, este mismo Varlin, que había expuesto su vida para salvar a los rehenes, fué denunciado por un clérigo que le reconoció en la calle, preso y fusilado.

Los elementos burgueses que se indignaban con el terrorismo de la Comuna no hablan de las innumerables víctimas que produjo aún durante la lucha el furor homicida de los vencedores. En cambio no encuentran palabras bastante duras para calificar el fusilamiento de unas docenas de rehenes que cayeron después de la destrucción de la Comuna, víctimas de la sed de venganza y de la irresponsabilidad de unos cuantos insurgentes amenazados de una muerte inevitable.

Precisamente la historia de los rehenes es el más concluyente testimonio de cuán ajena estaba la Comuna a todo terrorismo. No se encontrará en la historia una guerra civil, ni apenas una guerra internacional, en que una de las partes respetase tanto y observase con tanto rigor en la práctica los preceptos humanitarios, en contraste con las frases sanguinarias de algunos de sus elementos radicales, a pesar de las sangrientas brutalidades del otro partido.

Y por eso la Comuna de París terminó de un modo totalmente distinto de la primera, que había impuesto un régimen de terror tan severo.

El Terror cayó sin que los obreros parisienses lo defendiesen; al contrario, muchos de ellos vieron su caída como un alivio y la saludaron con aplausos. Cuando el 9 Termidor de 1794 se encontraron frente a frente las fuerzas de los dos partidos, los partidarios de Robespierre se disolvieron y huyeron sin disparar un tiro.

En cambio, los parisienses defendieron la segunda Comuna con constancia entusiasta hasta el último momento. Fueron necesarias las más empeñadas batallas callejeras para dominarlos. El número de las víctimas que cayeron en defensa de la Comuna subió casi a 100.000 entre muertos, prisioneros y desaparecidos.

(En julio de 1871 se calculaban unos 90.000. Bourguin, *La Commune*, pág. 183.)

Sin duda la segunda Comuna había estado escindida en partidos hostiles. Ya hemos visto con qué enemistad fueron a la última lucha sus dos direcciones. Pero ninguna de ellas violentó nunca a la otra con medios terroristas; los mayoritarios (bolcheviques en ruso) y minoritarios (mencheviques en ruso) lucharon juntos hasta el último momento.

Por eso todos los partidos socialistas han visto en la Comuna la representación de todo el proletariado combatiente. En su admiración por ella coincidían Marx y Bakunine.

El primer Gobierno del proletariado se ha grabado profundamente en los corazones de cuantos ansían la emancipación de la humanidad. El gran efecto producido por esta *dictadura del proletariado* en su lucha por la emancipación, en todos los países, se debió no poco a que estuvo penetrada del espíritu de humanidad que animaba a la clase obrera del siglo XIX.

VII

LA DULCIFICACION DE LAS COSTUMBRES

a) *Bestialidad y humanidad.*

Hemos visto que las hazañas sanguinarias de la gran Revolución francesa no se repiten en sus sucesores; que de 1830 a 1871 los combatientes revolucionarios, aun aquellos que estaban influídos por las tradiciones del Terror, en la práctica se conducen con la mayor humanidad, en contraposición con sus adversarios, que mostraron la misma brutalidad lo mismo en junio de 1848 que en mayo de 1871.

Durante todo el siglo XIX podemos observar cómo las clases trabajadoras se van progresivamente humanizando.

Y ahora, a comienzos del siglo XX, estalla en Rusia y en Alemania la revolución y produce hechos sanguinarios que recuerdan la revolución francesa del siglo XVIII. ¿Cómo se explica esta transformación?

Según la opinión corriente, el humanitarismo es un producto de la cultura. Se supone que el hombre es por naturaleza una criatura maligna, antisocial, con instintos de fiera, dispuesto siempre a acometer, violentar, atormentar, matar a su prójimo. Sólo el progreso de la educación y de la técnica, es decir, de la cultura, le presta al hombre sentimientos sociales, compasión y ayuda mutua, repugnancia ante la crueldad y el derramamiento de sangre. Esta opinión la expresa también el lenguaje corriente en cuanto que distingue las cualidades de la primera clase, a las que califica de humanidad, de las de la segunda, que se denominan bestialidad, brutalidad. Una gran parte de nuestros etnólogos comparte esta opinión, que domina también en la escuela de Lombroso, la cual ve en el delito violento, un atavismo, un retroceso en la vida de sentimientos de los antepasados animales de los hombres.

Sin embargo, aun los animales sanguinarios no matan, por regla general, a sus congéneres. Y nada nos autoriza a suponer que el hombre haya sido por naturaleza originariamente una fiera con instintos crueles y sanguinarios. No conocemos los antepasados animales del género humano; pero podemos suponer que de los animales que hoy viven, los más semejantes a ellos son los orangutanes. De la misma manera que éstos, los antepasados de

los hombres, se habrán alimentado con vegetales y con animales pequeños, larvas, insectos, reptiles y eventualmente pájaros que no pudiesen volar, pero no matarían animales grandes para comérselos. Ningún mono lo hace.

Tampoco sostienen guerras homicidas con sus congéneres. Les faltan para eso los órganos necesarios. Individuos sueltos pueden pelearse por una presa o una hembra, pero estas luchas no son mortales.

Esto cambia en los hombres desde el momento en que la técnica añade nuevos órganos a los que ya posee, instrumentos y armas cortantes y punzantes. Así adquiere órganos de animal de presa y con ellos se le desarrollan las funciones e instintos correspondientes. Se puede matar y despedazar grandes animales; la alimentación vegetal pasa a segundo término. La caza y el derramamiento de sangre se convierten en una ocupación diaria suya.

Ahora los conflictos entre individuos pueden producir muerte y homicidio. Pero el asesinato de masas, la guerra, no se explica por el sólo hecho de la aparición de las armas.

Presupone un nuevo progreso cultural la concentración de los hombres en sociedades cerradas. Y como este punto no ha sido suficientemente considerado hasta ahora, y yo mismo no lo he tratado dándole la debida importancia, permítaseme hacer aquí algunas indicaciones, aunque nos aparten algo de nuestro tema.

El hombre desciende indudablemente de animales sociales, pero se diferencia de ellos en que constituye sociedades cerradas. Los animales sociales viven en hordas o rebaños, a los que sólo liga un lazo muy débil. Según las condiciones de vida, la cantidad de alimento, el número de enemigos, etc., los mismos individuos forman ahora parte de una gran horda, se separan luego en grupos más reducidos, y en ocasiones hasta en parejas aisladas que, cuando las circunstancias lo demandan, vuelven a unirse en masas mayores. Un individuo pasa sin dificultad de un grupo a otro.

Las cosas ocurren de un modo completamente distinto entre los hombres. Nos llevará demasiado lejos el exponer con detalle la causa de esta modificación, pero indicaremos lo siguiente.

Los medios de comunicación de los animales consisten en sonidos naturales que emplean instintivamente, lo mismo que el lenguaje del gesto y de los movimientos del rostro; no necesitan aprenderlos unos de otros, les son innatos, y, por consiguiente, todos los individuos de la misma especie lo expresan lo mismo y todos los entienden de la misma manera.

Lo que pone al hombre en un nivel superior al del animal es, junto con el instrumento, el lenguaje articulado. El hombre se distingue porque, al propio tiempo que emplea un órgano que no ha nacido con él, sino que él ha fabricado y cuya fabricación aprende con sus congéneres, usa un medio de comunicación que tampoco le es innato, sino que ha sido creado por los hombres que le rodean

y que tiene que aprender de ellos. Este medio de comunicación no es el mismo para toda la especie, sino que toma en cada comarca un carácter especial. Por este lenguaje el nexo social se hace más firme y más estrecho, ya que hace más fácil y más variada la comunicación y la colaboración. Por su diversidad hace que las distintas hordas y grupos de hombres se separen de un modo duradero. Cada cual se siente impulsado a permanecer en aquella horda o rebaño cuyo lenguaje ha aprendido. Con los demás no puede entenderse y se siente extraño y violento entre ellos.

A esto se agrega otro elemento. El lenguaje permite designar a los distintos individuos sus relaciones recíprocas. Permite también retener lo recuerdos, lo que le hace un elemento conservador. El animal crecido olvida a sus padres y hermanos, a los que no distingue de los demás individuos de la especie. El hombre puede conservar toda su vida este recuerdo, puede conocer a los padres de sus padres, a los hijos de su hijos, a los hijos de sus hermanos, etc.

Se cree que la familia es algo nacido de la naturaleza y que habla en ella la *voz de la sangre*, pero, en realidad, es la voz del lenguaje quien la ha creado. Si faltan las designaciones para el parentesco, no puede haber familia duradera. En los animales la voz de la sangre cesa tan pronto como las crías pueden bastarse a sí mismas. No puede ser, pues, más ridículo pretender explicar por la voz de la sangre, no ya lazos familiares, sino hasta lazos nacionales; así, se afirma ser exigencia de esta misteriosa voz de la sangre el impulso de los alemanes austríacos a unirse con los alemanes del Imperio. Aparte de que en la Alemania austríaca viven seguramente muchas más gentes de procedencia no alemana, bohemia, por ejemplo, que descendientes de alemanes del Imperio.

La exclusividad de la familia se acentuó con la formación de los hogares y con el desarrollo de la propiedad privada de instrumentos, armas, provisiones de todo género; propiedad que sobrevivía a su poseedor. A su muerte recaía de preferencia en aquellos que habían vivido con él en constante comunidad, y esto constituyó una razón para prolongar hasta su muerte la duración de esta comunidad.

A su vez la tribu se fué haciendo cada vez más cerrada por obra de otra clase de propiedad, de la propiedad comunal del suelo.

Hasta los animales prefieren las comarcas en que han nacido y han vivido, en las que conocen todos los sitios donde pueden hallar alimento, todos los escondrijos, todos los lugares peligrosos. Pero los linderos de esta comarca no están bien determinados, y aquellos individuos que no encuentran en ella bastante alimento, o que tropiezan con grandes peligros, extienden sin más su esfera de acción, hasta que acaban por asentarse en otra comarca que les parece mejor. Y allí se agregan sin más a otra horda. Esto no ocurre ya en las sociedades humanas cerradas. El que pasa a

otra comarca la encuentra habitada por un grupo distinto, con el que no puede entenderse. La adaptación de la población a las fuentes de vida no se verifica pasando algunos individuos de comarcas excesivamente pobladas a otras con menos habitantes; eso sólo ocurre en un grado superior de cultura, y aun en él de un modo imperfecto. No; la horda o tribu se mantiene unida y trata de ampliar su tierra a costa del vecino. Con esto comienzan las guerras, siempre que se haya desarrollado suficientemente la técnica de las armas. Vemos, pues, que lo que calificamos de bestialidad no es rasgo característico de los antepasados animales del hombre, sino resultado de una evolución cultural.

Pero esta situación hace que se modifique el carácter de los sentimientos éticos, de solidaridad, de mutua ayuda, de compasión. Entre los animales sociales se extienden a todos los individuos de la misma especie; entre los hombres, su acción queda restringida a los miembros de la propia sociedad. A los que están fuera de ella los mira con indiferencia, sin compasión y a menudo con abierta hostilidad.

Pero a medida que el tráfico se desarrolla, va ampliándose la sociedad, de la que el individuo particular se siente miembro. Hoy volvemos a aproximarnos al punto de partida de la evolución humana; comienza a extenderse de nuevo la esfera de acción de nuestros sentimientos éticos, sociales, a todos los individuos de la misma especie, a la humanidad entera. Sin embargo, en general, esta tendencia es tan sólo un ideal al que nos vamos aproximando lentamente.

Al mismo tiempo, la evolución económica, con la división del trabajo y la complicación creciente de las relaciones sociales, ha dado por resultado que cada una de las sociedades cerradas que acabaron constituyéndose como Estado se escinde a su vez en grupos de las más varias especies, que a su vez forman sociedades más o menos cerradas, gentes, familias, asociaciones religiosas, gremios, etc. Cada una de estas sociedades produce una ética particular, que sólo se refiere a sus miembros. Y estos grupos pueden luchar también entre sí, pudiendo mostrar los más eminentes sentimientos de solidaridad, mutua ayuda y compasión dentro de su círculo y la mayor crueldad frente a otros. Luego, cada individuo pertenece a varias comunidades sociales con intereses y principios éticos a veces contrapuestos. Cuanto más violentas sean las contradicciones existentes entre los distintos grupos, tanto más agudas serán dentro de cada individuo. Las señoras de los propietarios de esclavos de los Estados del Sur eran para los suyos las criaturas más amables y seductoras, llenas de generosidad y compasión, y en cambio atormentaban a sus esclavos del modo más cruel. El mismo hombre, que en el seno de su familia muestra la mayor ternura, en sus relaciones comerciales puede ser el acreedor más duro y explotar sin consideraciones, a sus trabajadores.

Con el progreso de la cultura no se van dulcificando gradualmente, en línea recta, las costumbres. Pero también sería equivocado creer lo contrario y considerar al Estado de naturaleza como un idilio de la Edad de Oro, del cual salimos para irnos hundiendo cada vez más en la de hierro.

Más bien podemos discernir en la historia de la humanidad dos tendencias opuestas, dependiendo de las circunstancias el predominio de una u otra.

b) *Dos tendencias.*

Una de estas tendencias la conocemos ya. Es la que, a medida que progresa la cultura, va mejorando las armas homicidas y aumentando las desavenencias entre los hombres. En primer lugar, sus desavenencias nacionales. A la oposición que originariamente existía entre comarcas excesivamente pobladas y comarcas con escasa población se agrega la oposición entre pueblos ricos y pueblos pobres, pueblos que monopolizan los tesoros naturales y pueblos delegados a desiertos estériles; entre pueblos de industria muy desarrollada y pueblos atrasados. Además aumentan dentro de cada nación las diversas clases de explotación y esclavizamiento del hombre por el hombre y crece el odio y el antagonismo entre ellos.

La tendencia contraria aparece al iniciarse la agricultura. En las anteriores formas de producción predominan la caza y la ganadería; ambas hacen necesario el empleo de armas y el derramamiento de sangre; la última, para defenderse de los animales de presa que en las civilizaciones primitivas acomente en masa a los rebaños de ganado. La agricultura no necesita el manejo de las armas.

Pero todavía son más innecesarias en el proceso de producción las armas para el artesano de las ciudades que comienzan a florecer y para el intelectual. El gasto de tiempo y material que supone el construírlas y el ejercitarse en su manejo es para ellos, al contrario de lo que ocurre al cavador y al pastor, una dilapidación económica que procuran reducir en lo posible.

El agricultor, el artesano y el intelectual van, pues, haciéndose cada vez más pacíficos. Los últimos, preferentemente, pues el labrador y el artesano necesitan emplear en sus ocupaciones fuerza muscular; la estiman mucho, por tanto, y la usan de buena gana, no sólo en el trabajo, sino también en el juego y más aún en sus luchas.

En cambio, el intelectual no la necesita. El tiempo que otros consagran al desarrollo de sus músculos, él lo emplea en acrecentar su saber o en agudizar su ingenio. El intelectual que intente combatir en un torneo literario con otras armas que las del espíritu, muestra ya su inferioridad. Contra esto no sirve aducir las maneras violentas que en parte se manifiestan en los estudiantes

alemanes, bajo la influencia de la brutalidad nacida de las fuerzas religiosas que culminaron en la guerra de los Treinta Años.

Ya las cartas sacerdotales de la antigüedad, así como el clero cristiano, hasta que se convirtió en clase dominante y explotadora, mostraban, en general, su repugnancia contra el derramamiento de sangre y contra la violencia. Y lo mismo pensaban los intelectuales del siglo XVIII.

Cuando los intelectuales se hacen explotadores no se muestran tan pacíficos siempre. Pero en los demás casos lo son, lo mismo que los labradores, artesanos y proletarios. El hombre no es para ellos medio para fines ajenos, sino fin en sí mismo, o medio al servicio de la comunidad, pero no de otros individuos. La ética de Kant expresa exactamente este punto de vista; sólo que en él no aparece como una ética de determinados pueblos y clases, sino como una ley moral que flota por sobre el mundo de los fenómenos y a la que hasta el buen Dios está sometido, ya que también a él se le prohibe servirse del hombre como medio (¿para qué?) (Kant: *Crítica de la razón práctica.* T. V. "La existencia de Dios como postulado de la razón pura práctica".)

Sea cualquiera el fundamento que se dé a este punto de vista, brotan de él el mayor respeto a la personalidad humana, la santidad de la vida y de la dicha humana. Mas estas tendencias pacifistas tenían ya en los comienzos de la agricultura y de la producción ciudadana sus inconvenientes, pues las clases y naciones más pacifistas eran las más indefensas y fueron sometidas por grupos más belicosos que se les impusieron como aristocracia guerrera, la cual se consagró más exclusivamente que los pueblos cazadores y pastores a la caza y a la guerra; es decir, al derramamiento de sangre, elevando como principios frente a sus enemigos los métodos e instintos de los animales carniceros. Así, humanidad y bestialidad vinieron a representar dos aspectos de la misma sociedad civilizada, predominando, según las circunstancias, tan pronto el uno como el otro.

En la antigua Roma toda la población seguía la bandera de la política de conquista. Los romanos consiguieron dominar, gracias a su superioridad guerrera, a todos los países que rodean al Mediterráneo. El pueblo entero vivía de la explotación de estos países y veía con entusiasmo la guerra y sus crueldades, y como la fortuna guerrera aportó a Roma muchedumbres incontables de esclavos baratos, acabó por constituir una de las diversiones de los romanos hacer que los esclavos se batiesen en lo anfiteatros y se matasen para regocijo del público. Las luchas de gladiadores, la muerte de hombres para pasatiempo del ocioso populacho alto y bajo, constituye sin duda el colmo de la más baja crueldad. Y, sin embargo, en esta época el Estado romano no estaba en la barbarie, sino en la cúspide de su civilización. Las luchas de gladia-

dores terminaron cuando las acometidas de los bárbaros fronterizos hicieron descender al Estado romano de su altura cultural.

En el curso de la evolución económica fué formándose, al lado de la nobleza militar, una clase capitalista con tendencias contradictorias. El capitalista, en su calidad de explotador, no considera al hombre de cuya explotación vive como fin en sí mismo, sino como medio para sus propios fines. En esto hay ya un germen de inhumanidad y crueldad, y el desarrollo de este germen depende de las circunstancias. La política colonial originó las más bárbaras y sangrientas crueldades. Pero, por otra parte, en la época de los monopolios comerciales nació una oposición entre el capital comercial y el industrial. En esta época el capital comercial se muestra belicoso y sin escrúpulos. Diezma y saquea a la población de la India, comercia en carne humana con los negros, impulsa a sus gobiernos a las guerras comerciales más sangrientas y agotadoras.

El capital industrial tiene que pagar la mayor parte del costo de estas guerras, que además no le dejan desenvolverse, y, por tanto, se pone indignado en contra de ellas. Los esclavos negros de las colonias excitan su compasión, mientras en Inglaterra atormenta cruelmente a mujeres y niños blancos con jornadas agotadoras y salarios de hambre.

Mas en este estadio ni siquiera el proletariado muestra una tendencia unitaria. Ya hemos visto que las condiciones de su vida le impulsaban a considerar como sagrada la vida de los hombres, pues no sólo no era una clase explotadora, sino una clase explotada, la que más sufría las consecuencias del menosprecio de la vida humana. Además, la guerra, fuera de alguna excepción como la de la antigua Roma, sólo les trae a los proletarios cargas y riesgos, pues el éxito y el botín sólo aprovechan a los poderosos. Todo esto debía producir en el proletariado el odio a todo derramamiento de sangre y toda crueldad.

Sin embargo, el proletariado no aparece en la escena histórica como proletariado industrial. El proletariado forma una masa antes de que se desarrolle la moderna gran industria, por la decadencia del feudalismo, que impone cargas cada vez más fuertes a los campesinos, haciendo que la agricultura decaiga y que su productividad disminuya. El resultado es que la agricultura expulsa cada vez mayor número de brazos, aumentando el trabajo de los que quedan. De los brazos sobrantes sólo halla empleo un número escaso en la industria de aquella época, que está limitada por la organización gremial. Una enorme masa de un proletariado ocioso, hambriento, desesperado, se derrama sobre el país; estos obreros no pueden vivir de un trabajo productivo, y, por tanto, tienen que buscar los recursos más distintos de parasitismo, desde la mendicidad y el hurto hasta el robo. Viviendo en la miseria más sórdida, expulsasados de la sociedad, despreciados por ella, llenánrose por tanto

de un odio furioso contra ella, odio mayor aún porque los poderosos, incapaces y poco deseosos de acabar con esta plaga por reformas sociales, acudieron al medio que siempre se ocurre en estos casos a los incapaces y malintencionados: al terrorismo. Había que emplear el terrorismo para impedir que los hambrientos mendigasen, robasen, engañasen, se prostituyesen. Se les aplicaron a estos desgraciados los más espantable castigos; se dictó una verdadera "legislación sanguinaria contra el vagabundaje", como dice Marx, que en su *Capital* enumera varios ejemplos de esa legislación.

El resultado fué el mismo que aguarda a todo régimen terrorista que pretende suprimir fenómenos sociales por no ser capaz de modificar el medio en que brotan. Por muchos vagabundos que fuesen enviados a galeras, ahorcados, enrolados, no disminuía el número de delincuentes. Los que quedaban no tenían más recurso que vivir de un modo ilegal, y lo hicieron así en lucha constante contra la Policía. El único resultado apreciable fué que el proletariado fué haciéndose cada vez más brutal, pues su odio y su saña, su sed de sangre y su crueldad llegaban al paroxismo por la crueldad y dureza de la represión.

Esto sólo se refiere directamente a la parte criminal del proletariado. Mas ésta era entonces tan numerosa y estaba ligada por tantos lazos de parentesco, vecindad, camaradería con el proletariado asalariado, que comenzaba a aparecer, así como con las capas inferiores de la pequeña burguesía, que los sentimientos e ideas de aquéllos se contagiaban a los demás.

Gracias a esto, al estallar la revolución, los sentimientos humanitarios se limitaban a los intelectuales y a la parte acomodada de la pequeña burguesía, influída por ellos, así como a los capitalistas, especialmente a los industriales. La brutalidad y endurecimiento que la represión sangrienta había producido en el proletariado y en las capas sociales inferiores tenía que manifestarse abiertamente tan pronto como se hundiese el poder del Estado, bajo cuya presión habían tenido que vivir de un modo subterráneo.

c) *La violencia y el régimen del terror.*

Conociendo esta educación de las capas pobres de la población por la política de la clase dominante, no debe extrañar que tan pronto como los elementos revolucionarios pudieran conducirse libremente dieran muy a menudo a sus luchas un carácter cruel y salvaje; lo que hizo que la gran revolución fuera particularmente sangrienta.

Sin embargo, no deben medirse con el mismo criterio todas las violencias revolucionarias. Hay que distinguir cuidadosamente entre los excesos que cometió una masa brutalizada e impulsada por la desesperación o por el pánico irreflexivo y el sistema del terror,

calculado y sancionado legalmente por los elementos dominantes, para sujetar por la violencia a los que les parecían adversarios peligrosos.

Excesos sanguinarios, nacidos espontáneamente de la masa popular, se producen desde el comienzo de la revolución. En cambio, el terror no empieza hasta el verano de 1793, cuando fueron presos y guillotinados los girondinos.

El pueblo cometió ya excesos violentos el mismo día de la toma de la Bastilla. No sólo se mató a una parte de los soldados de la guarnición que había capitulado, sino que les cortaron las cabezas, paseándolas triunfalmente clavadas en picas. Estos paseos se repitieron con frecuencia en el transcurso de la revolución.

La sed de sangre y los instintos de crueldad se agudizaron cuando la revolución entró en guerra con los monarcas de Europa y cuando el generalísimo prusiano duque de Braunschwey, que marchaba sobre París, amenazaba en un manifiesto a la capital con un total aniquilamiento, mientras corrían rumores de una conjuración de los aristócratas para ayudar al enemigo exterior. Esto hizo que los parisienses se alzasen poseídos de una rabia frenética y temerosa para asesinar a los presos políticos que había en las prisiones el 2 de septiembre de 1792. Este acto sanguinario, que costó la vida a 3.000 personas, fué la cúspide de los horrores de la gran revolución. Una verdadera borrachera sanguinaria se había apoderado de la masa de verdugos, que no se contentaban con matar, sino que se deleitaban en la sangre.

La princesa de Lamballe, cuyo único delito consistía en ser amiga de la reina, fué asesinada, y después de muerta le desgarraron el cuerpo y le sacaron el corazón. Y Mercier dice que uno de los bárbaros que se ensañaron en ella le había cortado el cabello de las partes pudendas para hacerse con ellos una barba.

También su cabeza fué clavada como tantas otras en una pica y paseada por delante de las ventanas de la reina caída, que se desmayó al verla. Hasta la compasión tomaba formas horribles. Ejemplo de ello es lo que le aconteció a la señorita de Sombreuil, que en la época de los asesinatos de septiembre estaba con su padre en la prisión A un señor Saint-Mart, que estaba junto a su padre, le abrieron el cráneo; a su padre querían hacerle lo mismo. Ella lo cubrió desesperadamente con su cuerpo y luchó largo tiempo, hasta que, después de haber recibido tres heridas, logró "conmover a estos hombres. Uno de ellos tomó un vaso, le echó sangre, la mezcló con vino y pólvora y le dijo que si lo bebía a la salud de la nación salvaría a su padre. Lo hizo sin vacilar, e inmediatamente fué puesta en libertad por estas mismas gentes". El relato precedente está sacado de la obra de Gustave Landauer *Cartas de la revolución francesa,* el prólogo de la cual, fechado en julio de 1918, termina con estas palabras:

"Ojalá el conocimiento del espíritu y del sentido trágico de la revolución nos sirva de algo en estos serios tiempos."

(El desgraciado no podía adivinar cuán pronto se mostraría en él en estos serios tiempos el sentido trágico de la revolución.)

No cabe duda de que los excesos cometidos durante la revolución por las masas furiosas y desesperadas fueron terribles. Pero no debe acusarse de ellos a la revolución, si es que puede producirse acusación contra acontecimientos elementales de este género. Fueron producto de la educación que durante tanto tiempo habían dado al pueblo las clases dominantes. Sólo un ejemplo como muestra:

En el año 1759, un hombre llamado Damiens realizó un atentado contra Luis XV, infiriéndole una herida con una especie de cortaplumas, que resultó no ofrecer peligro alguno. La venganza fué espantosa. Le cortaron a Damiens la mano derecha y la quemaron ante sus ojos; le hicieron heridas en los brazos, en las piernas y el pecho, en las cuales echaron aceite hirviendo y plomo derretido. Luego ataron un caballo a cada una de sus extremidades y los hicieron partir en distintas direcciones, de modo que el cuerpo quedó descuartizado. Este infame tormento se realizó públicamente para intimidar al pueblo. Ya sabemos cuál fué su efecto.

Uno de los más indignados con las matanzas de septiembre fué Robespierre. Lleno de dolor, exclamaba:

"¡Sangre, siempre sangre! ¡Los desgraciados acabarán por ahogar en sangre la revolución!" (Luis Blanc: *Revolution française,* II.)

Hasta el mismo Marat se estremecía ante los asesinatos de septiembre:

"Es una cosa característica que ningún historiador ha hecho resaltar, que yo sepa hasta ahora, el que Marat ha desautorizado, o por lo menos lamentado, los asesinatos de septiembre; el mismo Marat que los recomendaba en su periódico el 19 de agosto y que el 2 de septiembre quería extender su beneficio a toda Francia." (Jean Jaurès: *La Convention.*)

Sin duda, lo que impulsaba a Marat a hablar contra los asesinatos de setiembre eran más bien consideraciones y fines políticos que escrúpulos humanitarios. En cambio, Robespierre era de los intelectuales a quienes horrorizaba todo derramamiento de sangre. Esto lo demostró en la Asamblea Nacional Constituyente cuando, el 30 de mayo de 1791, en discusión del nuevo Código penal, se trató de la pena de muerte. Robespierre fué uno de los que más decididamente la combatieron, porque no intimidaba al delincuente; antes bien, hacía más brutal y violenta a la población.

Sus esfuerzos fueron vanos. La pena de muerte se conservó, y únicamente se abolieron sus formas más crueles. No se dejó subsistente sino la decapitación.

Esta fué una de las escasas ocasiones en que Marat aplaudió a la Asamblea contra Robespierre. Dos años más tarde Ro-

bespierre se vió forzado a ponerse al lado de Marat y a vencer su repugnancia contra la pena de muerte. Y la pena de muerte se convirtió en su medio de lucha favorito, que empleaba incluso contra sus propios amigos políticos.

Hemos indicado ya que el terror premeditado y ejecutado conforme a un plan no puede confundirse con los excesos de una masa popular excitada. Esos excesos corresponden a la parte de la población menos cultivada y más grosera; en cambio, el régimen del terror es obra de hombres extraordinariamente cultivados y llenos de sensibilidad humanitaria.

El terror se origina en determinadas circunstancias, de manera muy distinta de aquellas crueldades espontáneas; si éstas eran un reflejo de la sanguinaria legislación del antiguo régimen contra la población pobre, el régimen del terror de los jacobinos, impuesto por las difíciles circunstancias de hallarse en medio de la guerra y por la miseria que padecían las masas indentificadas con su poder, les colocó ante un problema insoluble; afirmar la sociedad civil y la propiedad privada, y acabar con la miseria de las masas. Cayeron así en una desesperada situación, de la que sólo podían salir aplicando el medio de que siempre habían abominado y cuya inutilidad ellos mismos proclamaran. El viejo régimen fué conducido por la miseria de las masas a su sanguinaria legislación y a su terrorismo. La miseria de las masas engendró también la legislación sanguinaria, el terrorismo del nuevo régimen. La diferencia consistía sólo en que el viejo Estado trataba de dominar a las masas miserables decapitando y maltratando a los pobres. El nuevo Estado trataba de evitar la miseria de las masas por la decapitación, sin maltratarlos, de los ricos y de sus servidores.

Pero ni unos ni otros consiguieron su objeto. Sin embargo, también en este punto hay una diferencia. La existencia del antiguo régimen no dependía de que lograse suprimir al proletariado con su represión. El fracaso del terror era desagradable, pero no peligroso, para el antiguo Estado, pues la clase a la que quería dominar no contaba con fuerza para apoderarse del Poder y podía prescindirse de ella económicamente.

En cambio, el nuevo régimen cayó tan pronto hubo fracasado su terrorismo, pues la clase a la que quería sojuzgar, la burguesía, era la que en aquellas circunstancias estaba en mejores condiciones para ocupar el Poder, y era además, económicamente, indispensable. El régimen, al proceder violentamente contra ella, entorpecía el desarrollo de la vida económica, la marcha de la producción, y acababa por aumentar la miseria de los mismos a quienes pretendía favorecer con el terror.

Y todavía se daba otra diferencia entre el antiguo y el nuevo régimen. Dependía esta diferencia de la diversa ética de los que utilizaban el terror. Los hombres del antiguo régimen no necesitaban ser infieles a sí mismos para implantar el terror, que les parecía una cosa sobreentendida.

El nuevo régimen terrorista se implantó en violenta contradicción con la ética de la clase que lo ejercía. Por eso los hombres del Terror tuvieron desde el principio una conciencia poco limpia, que trataban de acallar con sofisterías, pero que les quitó toda base firme moral, destruyó la confianza en sí mismos y aumentó su excitabilidad, corrompiendo a algunos de ellos.

Aunque no exista una moral absoluta que viva en las estrellas; aunque la moral de cada época, de cada país, de cada clase, sea algo relativo, la ética constituye el lazo social más firme y más fuerte apoyo para resolver todos los problemas y conflictos de la vida. Nada peor que ser uno infiel a sí mismo, que obrar contra los preceptos éticos que uno mismo reconoce como un imperativo categórico.

Sin duda, esto contribuyó no poco a que el régimen del terror cayera tan pronto y tan sin lucha, en cuanto tropezó con una resistencia enérgica. ¡Y con qué facilidad cambiaron de opinión los terroristas supervivientes! Los monárquicos legitimistas fueron más peligrosos para Napoleón que los antiguos republicanos, lo que muestra cuánto había padecido la moral de los últimos bajo el régimen del terror.

d) *La dulcificación de las costumbres en el siglo XIX*

La gran revolución francesa cuenta entre las épocas más sangrientas de la historia universal. Muchos han deducido de esto que el derramamiento de sangre es una verdadera revolución; por lo cual o hay que condenar la revolución, o hay que ensalzar el derramamiento de sangre. En realidad, la revolución de 1789 suprimió las causas más importantes que le dieron un carácter tan cruel y violento y preparon el terreno para que las revoluciones sucesivas tuviesen formas más dulcificadas. Consiguió eso, de una parte, por la supresión del feudalismo y por el fomento del capital industrial, que transformó en obreros asalariados las masas de trabajadores ocasionales; de otra parte, desencadenando un movimiento que acabó, tarde o temprano, en todas partes con el triunfo de la democracia, y, por último, gracias a la aparición de una teoría que hace posible que el partido del proletariado no se proponga en cada momento más fines de acción práctica que los que puede alcanzar, a fin de no ir a parar a uno de esos callejones sin salida que obligan a instaurar un régimen terrorista.

La revolución libertó al campesino y le hizo dueño de su tierra, y la agricultura comenzó a producir más rendimientos, que quedaban en poder del campesino. Así disminuyó el número de brazos sobrantes de la agricultura.

Por otra parte, en las ciudades, el inmigrante campesino hallaba más fácilmente ocupación. Habían desaparecido las trabas gremiales, y los oficios podían desarrollarse libremente. Es cierto que fué viéndose acorralado en una rama tras otra por el capital industrial, que empezaba a florecer. Pero éste demandaba a su vez un número siempre creciente de brazos.

El proletariado industrial se convirtió en una clase con propio espíritu de clase, que se diferenciaba cada vez más claramente del trabajador ocasional. El capital ha empeorado la situación del proletario industrial si se le compara con el artesano independiente de la buena época gremial. Pero, en cambio, hizo su condición mejor que la del trabajador suelto de la época anterior. Este no era capaz de sostener una lucha de clases. En cambio, el proletariado industrial alcanzó una altura admirable intelectual y moral por la lucha de clases, por sus organizaciones y sus éxitos.

Al comienzo de la época capitalista, el proletariado industrial fué hondamente degradado, no sólo moral, sino económicamente. Por las condiciones de su habitación, por la sordidez e inseguridad de su existencia, por su ignorancia, no estaba muy por encima de los trabajadores ocasionales, y estaba por debajo de ello por la monotonía de su vida, por la severa disciplina del trabajo fabril, en el que no había libertad alguna, por la cruel explotación a que mujeres y niños estaban sujetos.

Esto privó al proletariado asalariado de la osadía que había distinguido al elemento más enérgico del proletariado ocasional; acrecentó su entorpecimiento, pero no disminuyó su brutalidad.

En este estado hubiera sido incapaz de libertarse a sí mismo. Sólo lentamente, una capa tras otra, en una constante lucha de clases, logró salir del pantano en que había caído. A medida que este proceso avanzaba, iban desarrollándose más las tendencias humanitarias a que los incitaba su situación de clase; evolución favorecida, porque las leyes penales contra el proletariado fueron perdiendo gradualmente su dureza bajo la influencia de la revolución.

Esta es la causa del fenómeno ya indicado de que el elemento revolucionario del proletariado se mostrase en el siglo XIX como una clase llena de los sentimientos más puramente humanitarios y se alejase cada vez más de la crueldad brutal que había caracterizado a sus antecesores de la gran revolución francesa, y que Engels señalaba todavía hacia el año 40 en el proletariado fabril de Inglaterra .

Al mismo tiempo desaparecieron las causas que habían conducido al régimen del terror. Ya inmediatamente después de su caída algunos investigadores profundos afectos al proletariado reconocieron que no podía emancipárseles bajo el régimen de la sociedad burguesa, y llegaron a la conclusión de que eso sólo era factible aboliendo la propiedad privada de los instrumentos de

producción e instaurando la producción socializada. Sin embargo, opinaban que ni había en la organización capitalista las condiciones materiales para la transformación, ni en el proletariado las condiciones morales, y no veían que el crear esas condiciones era obra de la evolución económica y de la lucha de clases. Por consiguiente, se dedicaron a buscar *una solución de la cuestión social,* una fórmula, un plan que pudiera hacerse efectivo en todas las circunstancias, siempre que se dispusiese del poder necesario para ello.

Si los proletarios revolucionarios acogían esta idea y buscaban el poder necesario, no en un millonario generoso, sino en una dictadura política a la manera de la primera Comuna parisiense, todo intento de este género emprendido por una minoría tenía que acabar en un régimen terrorista como el de la revolución francesa. Sin duda que lo que ahora se pretendía era más racional; ya no se quería librarse de las consecuencias de una organización burguesa de la sociedad, conservando ésta, sino que se trataba de suprimir estas consecuencias echando abajo la base en que se apoyaban. Mas también tenía que fracasar todo intento de este género mientras faltasen las condiciones previas necesarias para la modificación social que se pretendía producir. El que la minoría pretendiera imponer a la mayoría una cosa imposible o, por lo menos, inoportuna y contraria a sus intereses, sólo podría conseguirse por los más violentos métodos, que acabarían por conducir a un terrorismo sangriento.

Si no se llegó a esto fué debido a que la masa de los trabajadores sólo lentamente aceptó la idea socialista, ya que el proletariado tardó mucho tiempo en conseguir una posición dominante, equivalente a la que había disfrutado, junto con las capas próximas a él de la pequeña burguesía.

La segunda Comuna le dió el dominio de París, pero no el de Francia. Y en París mismo no predominaban tampoco los socialistas, los cuales, además, no se apoyaban en una teoría firme, lo que les hacía tímidos y reservados en su acción.

Este fundamento lo tuvieron después de la Comuna, cuando el marxismo comenzó a penetrar en las masas. Este fundamento fué la concepción materialista de la historia, iniciada por Marx y Engels en el año 40. Marx y Engels llevaron el pensamiento de la evolución normada a la historia, la cual, según su teoría, está determinada por la modificación de las condiciones económicas. Partiendo de este punto de vista, llegaron a concluir que el sistema de producción capitalista engendra condiciones que hacen que finalmente sea necesaria e inevitable la implantación de un sistema de producción socialista; pero comprendieron también la inutilidad de todo intento de sustituir el primer sistema de producción por el segundo mientras las circunstancias no estén suficientemente maduras para ello.

Para ambos, la tarea de los socialistas no consistía en encontrar un plan o fórmula socializadora que permitiese introducir el socialismo en todas partes y en cualesquiera circunstancias, sino en estudiar las condiciones económicas y determinar, fundándose en este estudio, el conocimiento de lo que en cada momento era necesario para una sociedad determinada.

Por consiguiente, la tarea de los socialistas no se reducía a implantar el socialismo. Donde esto no era posible debían intervenir para contribuir a que las condiciones de la organización económica capitalista se modificasen en sentido favorable a los intereses proletarios. Esto no lo comprendieron al principio muchos socialistas.

Cuando la Internacional y aun algunos años más tarde, los socialistas miraban con desprecio cosas como el libre cambio o las huelgas porque no tocaban al sistema del salario, Marx y Engels enseñaron a los trabajadores la importancia de los problemas y conflictos de la actual sociedad capitalista para la lucha por la emancipación proletaria.

Para los proletarios educados en la doctrina marxista, el socialismo dejó de ser algo que pudiera realizarse inmediatamente y en todas las circunstancias. Aun en el caso de que se adueñasen del Poder político, sólo debían implantar aquella parte de socialismo que hiciesen posible las circunstancias. Según esta concepción, la implantación del socialismo ya no podía ser obra de un golpe de mano, sino resultado de un largo proceso histórico. Al mismo tiempo se les advertía a los socialistas que en cada momento sólo acometiesen aquellas tareas que fuesen realizables, dadas las fuerzas en lucha y las condiciones materiales existentes. Y procediendo adecuadamente se evitaba así que los socialistas fracasasen en sus empresas o que cayesen en situaciones desesperadas que les obligasen a ejercer un terrorimo sangriento, contra el espíritu proletario y el socialismo.

Y, en efecto, desde que el marxismo domina el movimiento proletario, éste no ha sufrido hasta la guerra ninguna gran derrota, y la idea de imponerse por el régimen del terror había desaparecido enteramente de sus filas.

Mucho contribuyó a esto la circunstancia de que al mismo tiempo que el marxismo se hizo la doctrina socialista dominante, arraigó en la Europa occidental la democracia, que dejó de ser un objetivo de lucha para convertirse en una base firme de la vida política. Con esto no sólo se facilitó la educación y organización del proletariado, sino que ahondó su conocimiento de las condiciones económicas, así como de las fuerzas respectivas de las clases, evitando así aventuras fantásticas, proscribiendo al mismo tiempo la guerra civil como método de la lucha de clases.

En el año 1902 escribía en mi obra sobre *La revolución social* (cap. VI, *La democracia):*

"La democracia tiene un gran valor, aunque sólo sea porque posibilita formas más elevadas de la lucha revolucionaria. Esta no es ya, como en 1789 o en 1848, una lucha de masas desorganizadas, sin educación política, sin conocimiento de las fuerzas de los factores en lucha, sin saber profundamente el objetivo de la lucha y los medios de su solución; ya no puede ser un combate de masas que se dejan arrastrar y confundir por cualquier rumor o cualquier casualidad. Se ha convertido en una lucha de masas organizadas y educadas, llenas de constancia y prudencia, que no siguen cualquier impulso ni se dejan amilanar por cualquier fracaso.

"Por otra parte, las luchas electorales son medios de contar a los suyos y a los enemigos, hacer ver claramente las relaciones de fuerza de las clases y partidos, sus avances y retrocesos; de ese modo los libra de impulsos apresurados y de derrotas, y también hace posible que el adversario reconozca lo insostenible de sus posiciones y las abandone voluntariamente, siempre que su mantenimiento no sea para él una cuestión vital. De este modo la lucha se hace menos sangrienta y depende menos de acasos ciegos".

Gracias a la acción combinada de todos estos factores —la formación de un proletariado industrial y su elevación sobre el nivel del proletariado ocasional, la formación de la teoría socialista y la afirmación de la democracia— fué aclarándose la sombría situación que daba lugar a los temores que exponía todavía Engels en 1845 en su *Situación de las clases trabajadoras en Inglaterra,* diciendo:

"Si la burguesía inglesa no entra en razón, y, a juzgar por lo que se ve, no entrará, vendrá una revolución que no podrá compararse con ninguna de las anteriores. El proletariado, reducido a la desesperación, agitará la tea incendaria, la venganza del pueblo se producirá con una furia de la que no da idea la del 93. La guerra de los pobres contra los ricos será la más sangrienta de la historia".

Sin embargo, estos temores de Engels se reducían al caso de que la revolución estallase en seguida, como temía él. En la época en que fueron pronunciadas eran ya algo exageradas, a pesar del número de elementos ignorantes, irlandeses sobre todo, que habían invadido la industria. Pero Engels esperaba que si la revolución no venía rápidamente, si el proletariado tenía tiempo para desarrollarse y llenarse de espíritu revolucionario, la revolución tomaría formas más atenuadas:

"A medida que el proletariado acoja en su seno elementos socialistas y comunistas, la revolución irá siendo menos sangrienta, menos vengativa y menos sañuda".

La revolución esperada por Engels se produjo en 1848, pero no en Inglaterra. Después del fracaso de la revolución comenzó en todos los países de Europa a desarrollarse el capitalismo, al mis-

mo tiempo que el proletariado se robustecía económica, política o intelectualmente. Esto hizo que las circunstancias variasen rápidamente en los países más avanzados de Europa. Ya en 1872, un año después de la Comuna, esperaba Marx que en países como América, Inglaterra y Holanda, la revolución adoptaría formas más pacíficas.

Desde entonces el proletariado ha ido progresando cada vez mas. Cierto que nadie podía poner en duda la necesidad de emplear medios violentos para derribar una Monarquía militar como la alemana, austríaca o rusa; pero ya no se pensaba en la fuerza de las armas, sino en el instrumento de fuerza característico del proletariado: la huelga general. Claro que había que contar con que los hombres del antiguo régimen, tanto en Alemania como en Rusia, tratarían de ahogar en sangre todo intento de destrozarle. Pero nadie podía esperar que parte considerable del proletariado, conseguido el Poder, volviese a emplear los mismos métodos sangrientos y vengativos que empleó a fines del siglo XVIII, porque esto hubiera destruído toda la evolución.

En contra de la opinión de Engels, autor del escrito *El paso del socialismo de utopía a ciencia*, que esperaba fuese decreciendo la brutalidad y espíritu sanguinario de las revoluciones proletarias, está la opinión expresada hace poco en un trabajo titulado *El paso del socialismo de la ciencia al hecho*, que forma el prólogo del folleto de N. Bujarin *El programa de los comunistas*. Se dice allí:

"Cuanto más desarrollado esté el capitalismo en un país, tanto más enérgica y desesperada será su defensa, tanto más sangrienta la revolución proletaria y tanto más rigurosas serán las medidas que empleará la clase obrera vencedora para sojuzgar al capitalismo vencido".

Esto es exactamente lo contrario de lo que Marx y Engels esperaban. Pero además es falso, en cuanto que la práctica bolchevique de año y medio no puede convertirse en una ley general de toda la evolución social. Y es falso, en cuanto que quiere justificar esa práctica por lo enérgico y desesperado de la defensa capitalista, pues no pudo advertirse tal defensa ni en Petrogrado ni en Moscú, y menos en Budapest.

Lo que es cierto es que la revolución proletaria ha vuelto a adoptar formas sangrientas. Ahora que yo, con mi "*tozudez de viejo*, con mi *falta de sentido*" (Bujarin), veo el fundamento de este hecho en factores distintos que el de la crueldad capitalista, que nunca fué menor en los países de los vencidos en la guerra europea que al estallar la última revolución.

e) *Los efectos de la guerra*

La causa principal de que se haya interrumpido la evolución del mundo hacia sentimientos más humanitarios hay que buscarla

en la guerra europea. Pero ya antes había ciertos factores que trabajaban en contra de la tendencia principal a la dulcificación de las costumbres.

El más importante de ellos lo produjo la propia revolución francesa. Fué la implantación del servicio militar obligatorio, que necesitaba el régimen revolucionario para poder competir, gracias al número y a la reposición constante de las bajas, con los ejércitos profesionales de las monarquías aliadas.

Sólo uno de los Estados monárquicos recogió esta institución y siguió perfeccionándola cuando Francia había renunciado a ella: Prusia, la más pequeña y más moderna de las grandes potencias europeas, cuyas fronteras, muy desfavorables, exigían el sostenimiento de un ejército mucho mayor que el de los demás países en proporción a sus habitantes. Prusia era además la gran potencia más pobre y menos favorecida por los dones de la Naturaleza. Por lo cual, si quería competir con las demás, necesitaba sacrificarlo todo al sostenimiento de un ejército. Y así Prusia fué el Estado militar por excelencia desde que ascendió a la categoría de gran potencia.

En su libro sobre Alemania (My four years in Germany. Londres, 1917), el embajador de EE. UU., Gerard, reúne algunas frases que ponen claramente en evidencia el carácter militar de Prusia:

"Hace más de ciento veinticinco años decía Mirabeau, el gran orador: "La guerra es la industria nacional de Prusia". Más tarde, Napoleón afirmaba que "Prusia había nacido de una bala de cañón", y poco antes de la guerra francoprusiana escribía el agregado militar francés a su Gobierno. "Otros países poseen un ejército; en Prusia es el ejército el que posee al país".

Gracias al servicio militar obligatorio y al militarismo, Prusia consiguió las victorias de 1866 y 1870. Estas obligaron a los demás Estados del Continente a establecer también el servicio militar obligatorio. Al propio tiempo, los ferrocarriles se hicieron un factor decisivo en la guerra. Todos los Estados militares procuraron desarrollarse en la medida de sus fuerzas, lo que hizo a su vez posible y necesaria la constante ampliación de los ejércitos y la aplicación más extensa del servicio militar, produciendo el magnífico resultado de que toda la población masculina útil entrase en el ejército.

Pero el servicio militar representa el acostumbrarse al derramiento de sangre, cultiva la afición a la lucha sangrienta, significa la muerte de los sentimientos humanitarios y el fomento de la barbarie. En los pequeños ejércitos del siglo XVIII, la moral de la masa del pueblo quedaba libre de este contagio. En cambio, por el servicio militar obligatorio la masa popular está más y más sujeta a las influencias brutalizadoras del servicio militar, sobre todo en Prusia.

Tal influencia no anula las tendencias humanitarias del siglo XIX, pero ha aminorado considerablemente su eficacia.

Estas tendencias humanitarias, en quienes se manifestaban más declaradamente era en los intelectuales, los cuales fueron los que más largo tiempo permanecieron libres del servicio militar, aun después que se implantó el sistema del reclutamiento obligatorio, que reclutaba principalmente a labradores, artesanos y obreros asalariados, respetando a los intelectuales y burgueses. Sin embargo, cuando el servicio se hizo general no pudo prescindirse de ellos, y los utilizó como oficiales de la reserva. Los intelectuales siguieron teniendo una posición excepcional frente al servicio militar, pero ya no una posición que les excluía del ejército, sino que les hacía entrar en él en una situación privilegiada, como soldados de servicio anual o como oficiales de reserva.

De este modo los intelectuales quedaron sujetos en su pensar y su sentir a la influencia del militarismo, y además en un grado más intenso que las demás clases, pues se les colocaba en una situación privilegiada que les aficionaba al ejército, el que influía sobre ellos por medio de sus oficiales profesionales, para quienes el servicio militar contituye la ocupación de su vida. Estos oficiales tienen que tomar la iniciativa en todas las acciones guerreras; necesitan sobrepujar a sus tropas en energía y decisión, y en ellos los rasgos característicos del militar se desarrollan más intensamente que en los soldados, que sólo sirve unos años y por obligación. También, pues, los intelectuales sufrieron más intensamente el influjo militarista que el resto de la población. Además, el intelectual, por razón de su profesión, tiende a desarrollar toda idea de un modo más consecuente y, en este sentido, más radical —lo cual es compatible con una posición reaccionaria— que los prácticos, que conocen por experiencia las pequeñas dificultades de la vida cotidiana.

Aquellos intelectuales que se hacen oficiales de reserva y toman por modelo a los oficiales profesionales, fácilmente sobrepujan a éstos en espíritu militar. Así, las capas intelectuales ganadas para el militarismo fueron las que más cooperaron a embrutecer a la masa del pueblo. También en esto Prusia se adelantó a los demás países, pues fué la que primero estableció los oficiales de reserva, colocándolos en una situación privilegiada y excepcional muy apetecida.

Mientras que en el proletariado, a pesar del servicio militar obligatorio, predominan las tendencias pacíficas, derivadas de su situación de clase, sobre las brutalidades del militarismo, en los intelectuales predominaron estas últimas, lo que contribuyó no poco a agudizar el antagonismo de las clases.

Lo que aquí se dice de los intelectuales puede aplicarse con mayor razón a los capitalistas, cuyos instintos humanitarios están contrapesados por las tendencias que derivan de su posición de clase.

Al estallar la guerra europea, que durante cuatro años tuvo en filas casi toda la población masculina, las tendencias embrutecedoras del militarismo llegaron al máximum, y ni el proletariado pudo librarse de su influjo. El servicio militar se hizo cruel y sañudo, y las costumbres de la guerra habían bestializado de tal modo a los soldados, que al volver a la vida civil se sentían inclinados a imponer por la fuerza y por el derramiento de sangre a sus propios compatriotas sus pretensiones e intereses. Este elemento contribuyó a la guerra civil, que, a su vez, aumentó la furia y sed de sangre de las masas. Los hombres maduros vuelven a los sentimientos e ideas de la paz tan pronto como son sacados del influjo de la guerra. Lo grave es lo que ocurre con los adolescentes, en quienes, abandonados a sí mismos, sin maestros, sin dirección, los influjos embrutecedores de la guerra obran sin contrapeso y reciben impresiones que ya no se borran completamente en todo el transcuro de su vida.

A esto hay que añadir la profunda modificación que se ha operado en la estructura del proletariado.

La guerra ha sido fatal para la pequeña burguesía; muchos de sus miembros han sido expropiados y arrojados en el proletariado. Estos elementos, que hasta ahora habían permanecido alejados de la lucha de clases, no han sufrido la influencia que la educación, la disciplina, la organización, han ejercido sobre los proletarios allí donde la lucha de clases está dirigida desde hace tiempo por un partido socialista cuidadoso de la formación de un proletariado capaz.

Mas también en el seno mismo de la masa proletaria se han verificado grandes transformaciones. Lo mismo que en los demás trabajadores, entre los de oficio fué mucho mayor en la guerra que en la paz el número de bajas por muerte, heridas y enfermedades. Pero nadie se cuidaba de la sustitución de esos obreros. Faltaban tiempo y personas para educar a la generación subsiguiente, y tampoco nadie sentía el deseo de encargarse de esa labor.

En vez de la variada industria de paz, imperaba la industria de guerra, mucho más uniforme, que sólo elaboraba unos cuantos artículos y que lo hacía con el auxilio de obreros cuya tarea se reducía a faenas muy sencillas que podían ejecutar incluso el aprendiz más inexperto. Por esto disminuyó considerablemente el número de obreros de oficio, que tanto habían contribuído a la prosperidad de la industria alemana, para ser sustituídos por obreros sin oficio, cuyo número aumentó rápidamente. Y los obreros de oficio eran los trabajadores mejor organizados, los más instruídos y los que pensaban con más claridad,

mientras que los otros estaban desorganizados y eran ignorantes e indiferentes.

La indiferencia, sin embargo, desapareció rápidamente con la guerra. Este gigantesco acontecimiento, con sus terribles consecuencias, removió hasta las capas más atrasadas del pueblo y las puso en un estado de febril agitación. Mas como al propio tiempo disminuía el número de obreros de oficio con educación socialista, aumentando el de obreros sin oficio, ignorantes e indisciplinados, junto con el de los pequeños burgueses proletarizados, la minoría de superior educación que hasta entonces había dirigido al proletariado fué perdiendo la dirección, entrando en lugar suyo la pasión ciega de la masa.

Esta transformación se produjo con tanto más motivo cuanto que la guerra trajo consigo una lamentable situación económica: falta de trabajo, carestía desmedida, carencia de lo más imprescindible. Las masas, desesperadas, comenzaron a reclamar las más radicales transformaciones y a exigirlas para en seguida, no con el objeto de crear una nueva organización social más elevada, en la que no habían ni pensado, sino para escapar inmediatamente a su horrible miseria.

Para el proletariado, el remedio de su situación miserable es siempre una exigencia práctica muy urgente. Ella es, junto con la falta de un saber económico e histórico (condición previa para la comprensión del marxismo), la razón fundamental de la dificultad con que las ideas marxistas arraigan entre los trabajadores. Las masas prefieren instintivamente una doctrina que no les señale el camino de la evolución, sino que les dé una fórmula o un plan, cuya ejecución, se les dice, acabará instantáneamente con su miseria. El proletariado necesita una cierta abnegación para adherirse a una doctrina que no le pide, es cierto, que aguarde inactivo, sino que, al contrario, le impulsa a intervenir del modo más enérgico en la lucha de clases, pero que hace depender su emancipación definitiva de condiciones que sólo tras una trabajosa evolución podrán producirse.

Sin embargo, aunque esto fuese difícil, en los decenios anteriores a la guerra la situación del proletariado era tal, que la transformación socialista inmediata de la sociedad no constituía para él cuestión de vida y muerte, al menos para los obreros de oficio, que formaban el núcleo de la lucha de clases y del movimiento socialista.

Hoy estos obreros quedan en segundo término en las luchas políticas y económicas, en las que intervienen principalmente los obreros sin oficio, cuya situación es tan apurada, que ya no pueden esperar más. ¿Y a qué esperar, si la terminación de la guerra ha traído a sus manos el Poder político?

La guerra no sólo ha colocado en primera línea en la lucha de clases a los elementos trabajadores más atrasados, sino que, gracias a la destrucción de los ejércitos, en los países más atrasados de Europa ha hecho del proletariado el elemento dominante en las ciudades, frente al cual no puede representar un poder político independiente una población campesina analfabeta, como la rusa.

Ninguna clase renuncia voluntariamente al poder alcanzado por ella, sean las que fueren las circunstancias de su ascención. Sería insensato pedir que el proletariado ruso o húngaro renunciasen a su poder considerando el estado de atraso de sus países. Pero un partido socialista realmente penetrado de espíritu marxista adecuaría la acción del proletariado vencedor a las condiciones materiales y espirituales frente a las que se encuentra, y no decretaría sin más la inmediata socialización integral en países de una producción socialista tan poco desarrollada como Rusia.

Sin duda, cabe preguntar si un partido semejante podrá conservar la dirección de las masas. A los políticos realistas les parece más importante dominar de momento que exponerse a fracasos momentáneos, esperando tener al cabo razón. Al político realista no le agrada la ruina inevitable de una política que traspasa los límites de lo posible, carga sobre sí una impopularidad momentánea, pero se conserva aun después de la catástrofe y mantiene el ideal libre de compromisos.

La antigua oposición entre política realista y política científica, entre Lasalle y Marx, volvió a presentarse en Rusia en 1917.

Marx declaraba en su carta a Kugelmann de 23 de febrero de 1865 (publicada por mí en *El Socialista*, 1o. de mayo de 1918) que los trabajadores alemanes habían sido retrasados en su evolución por la reacción de 1849-59, para que no "acogiesen jubilosos a un salvador como Lasalle, que les prometía llevarles de un salto al país de promisión".

Estos saltos y estos salvadores no eran del agrado de Marx. Pero, lo mismo que en la época de Lasalle, en tiempos de la segunda revolución rusa la situación era muy desfavorable para las ideas marxistas. Los obreros rusos de educación marxista habían muerto o estaban dominados por las masas atrasadas, a quienes la guerra había despertado, o contagiados por ellas. Y así alcanzaron predominio ideas premarxistas como las que hubieran podido tener un Blanqui, un Weitling, un Bakunin.

En estas condiciones se verificó la revolución, primero, en Rusia; luego, en los países vecinos. No es, pues, de extrañar que no sólo haya desenterrado ideas primitivas, sino también que haya renovado formas sangrientas y brutales de lucha económica y política que creíamos habían sido subrepujadas por el progreso intelectual y moral del proletariado.

VIII

LA OBRA DE LOS COMUNISTAS

a) *Expropiación y organización*

La guerra europea hizo retroceder moral e intelectualmente a la clase obrera, no sólo porque brutalizó a casi todas las capas de la población y porque colocó en el primer término del movimiento a la parte más atrasada del proletariado, sino también porque agravó enormemente la miseria de los trabajadores, poniéndoles en un estado de ánimo desesperado, que excluye toda reflexión serena. Fomentó la aparición de concepciones primitivas porque desarrolló intensamente las ideas militaristas, ideas a las que ya está muy inclinado el hombre ignorante, que sólo ve la superficie de las cosas, y según las cuales la fuerza es el único factor de la Historia, bastando disponer del poder y la decisión necesarios para conseguir cuanto se desea.

Marx y Engels han combatido constantemente esta concepción. Tres de los dos capítulos de su obra clásica, *La transformación de la ciencia del señor Dühring*, tratan exclusivamente de la teoría de la fuerza. Esta teoría es absolutamente antimarxista. Engels se apresuraba a salir a su encuentro aun cuando aparecía con una vestimenta revolucionaria. No participaba de la opinión, que hoy cuenta con tantos defensores, de que no deben señalarse los defectos de un movimiento cuando éste es un movimiento revolucionario, para no disminuir el ímpetu de la masa.

Naturalmente, no deben enjuiciarse severamente los errores y tonterías de detalle cometidos por una revolución. La situación histórica más difícil es la de un movimiento revolucionario, pues éste se encuentra ante circunstancias completamente nuevas e incalculables. Es una posición de cómodo fariseísmo la del observador que, en sitio seguro, *a posteriori* o desde lejos, critica acerbadamente los errores en que habían incurrido los hombres que, colocados en plena lucha, tenía que bregar con todas sus dificultades y peligros.

Pero es apremiantemente necesario censurar aquellos errores que no nacen de informaciones ocasionales, falsas o insuficientes, sino de una concepción fundamental equivocada y que dimanan necesariamente de ella. Tales errores sólo pueden evitarse reconociendo la falsedad de aquella concepción, y amenazan a todo movimiento revolucionario futuro si se les deja pasar sin crítica, y con mayor motivo si se les elogia... en interés supuesto de la revolución.

A Marx y a Engels tampoco su "temperamento volcánico y revolucionario" les fué obstáculo para ejercitar esta necesaria crítica de la revolución.

Lo testimonia así, entre otras cosas, la crítica a que Engels somete en el *Volkstaat*, de Léipzig, en otoño de 1873, el alzamiento que estalló después de la proclamación de la República en España el 5 de julio de dicho año, y que el 28 de julio ya estaba dominado, con algunas excepciones locales. Cartagena se sostuvo hasta enero de 1874.

Pero aun antes que el alzamiento estuviera totalmente apagado, publicó Engels una crítica muy severa de esta "insurrección lamentable para escarmiento de los demás".

Apareció esta crítica en la serie de artículos titulada "Los bakunistas en acción" *(Volkstaat,* 31 octubre, 2 y 5 de noviembre), que volvió a publicarse en *Asuntos internacionales tratados en el "Volkstaat"*, de Federico Engels. Recomendamos este escrito al estudio de todos aquellos que se ocupan del bolchevismo, pues en él se le adivinan en varias de sus manifestaciones, ya que las circunstancias en que se verificó la revolución española tenía bastantes analogías con la de los actuales comunistas.

Engels comienza con la advertencia de que la mayoría de los internacionalistas españoles pertenecían a la Alianza de Bakunin, y sigue diciendo:

"Cuando en febrero de 1873 se proclamó la República, los aliancistas españoles se encontraron en una situación muy difícil. España es un país tan atrasado industrialmente, que no puede pensarse en intentar en él una emancipación inmediata de la clase trabajadora. Hasta que esto sea posible, España necesita recorrer una porción de estadios de la evolución y destruir muchos obstáculos. La República ofrecía la ocasión de apresurar todo lo posible el decurso de todos estos estados y de destruir rápidamente aquellos obstáculos. Mas esta ocasión sólo podía aprovecharse por una intervención activa de la clase obrera en la política"

Pero esto significaba tomar parte en las elecciones e intervenir en los debates de las Cortes Constituyentes, y los bakunistas querían la emancipación inmediata y total de la clase trabajadora. Y la democracia parlamentaria, dada la situación de España, era completamente inadecuada como medio para lograr esta emancipación, mientras que era indispensable como medio para apresurar el desarrollo y madurez del proletariado. Así que a los bakunistas la participación en las elecciones les parecía un delito moral.

Mas ¿con qué iban a substituir la lucha electoral? No se habían inventado todavía los Consejos de obreros como medio para la

emancipación total e inmediata de la clase trabajadora. Los bakunistas proclamaron la huelga general, la disolución de España en numerosos cantones pequeños y, tanto, la dispersión del movimiento total en una serie de movimientos locales y la declaración de la revolución permanente.

El final de la historia fué no sólo el fracaso del movimiento, la ruina de la Internacional en España, sino también la negación de los principios fundamentales hasta entonces predicados por los bakunistas, que por la presión de las circunstancias hubieron de ser abandonados uno a uno.

¿Es distinto lo que hoy pasa en Rusia?

Sin duda que al estallar el movimiento actual no dominaba el anarquismo, sino el marxismo, entre los obreros rusos. En ninguna parte tuvo tanto éxito como teoría socialista el marxismo.

Durante muchos años los rusos hicieron de la necesidad virtud, considerando como una ventaja el atraso de su masa agraria. Pensaban que la supervivencia del comunismo rural hacía particularmente fácil implantar allí el socialismo moderno.

Fué un gran mérito de los marxitas rusos, dirigidos por Axelrod y Plejanov, haber conseguido verse frente a esta concepción e imponer, después de largas y esforzadas luchas, el punto de vista de que, dada la situación de atraso del proletariado ruso y de la sociedad rusa en general, la revolución inevitable sólo podía tener un carácter burgués, aun cuando el proletariado hubiera de desempeñar en ella un papel importante.

Esta idea dominó triunfante el movimiento socialista ruso mientras el socialismo estuvo conducido por intelectuales y por los obreros más ilustrados, hasta que la revolución dió al proletariado el Poder, lo que puso al orden del día el problema de la liberación inmediata.

El marxismo, consecuente, se vió colocado en una situación extraordinariamente difícil en el momento en que la revolución puso en movimiento a la gran masa del pueblo ruso, que sólo conocía sus necesidades y sus deseos y a la que no le importaba saber si lo que deseaba podía implantarse, dadas las circunstancias presentes, y si sería socialmente beneficioso o no.

En esta situación, el marxismo de los bolcheviques no resistió. Se vieron dominados por la psiquis de la masa y se dejaron arrastrar por ella. Sin duda alguna, de este modo se hicieron los señores de Rusia. Ahora la cuestión es lo que al cabo resultará y tiene que resultar.

Al hacer de la mera voluntad de las masas la fuerza motriz de la revolución, arrojaron por la borda las ideas marxistas, a cuyo triunfo antes habían colaborado en grado eminente. Y creyeron ponerse a bien con su conciencia científica y con la popularidad de Marx, de la frase "Dictadura del proletariado". Con estas palabras creían alcanzar la absolución de todos sus pecados contra el espíritu del marxismo.

La evolución vino a consecuencia de la guerra. Los soldados se cansaron de luchar. Los bolcheviques se hicieron los más denodados defensores de la protesta contra la continuación de la guerra. Pidieron el licenciamiento del ejército por todo los medios, prescindiendo de que haciéndolo así favorecían a la autocracia militar alemana.

La plena disolución del ejército dió plena libertad a las clases inferiores. Los campesinos pidieron la división de las grandes posesiones y su repartición. Era inevitable que las grandes fincas pasasen a los campesinos, pero hubiera podido hacerse de manera que no se desaprovechasen los adelantos técnicos de la explotación en grande. Mas esto hubiera demandado tiempo, y los campesinos no querían esperar.

Los bolcheviques se pusieron de su parte, extendiendo la anarquía por el país, dejando en plena libertad a cada municipio, de modo que la división de las fincas produjo un gran atraso técnico y la aniquilación de muchos instrumentos de producción. En cambio los campesinos dejaron plena libertad a los bolcheviques en las ciudades, en las cuales se atrajo a las masas obreras, siguiéndolas en sus deseos, sin tener en cuenta las condiciones sociales reales.

El proletariado estaba hambriento, se sentía oprimido y explotado y pedía apremiantemente la liberación inmediata del yugo capitalista. Cumpliendo su voluntad, no quedaba tiempo alguno para estudiar, ni siquiera para reflexionar. Con unos cuantos hachazos recios quedó destrozado el árbol del capitalismo ruso.

La substitución de la producción capitalista por la producción socialista tiene dos aspectos: es, por una parte, una cuestión de propiedad; por otra, una cuestión de organización. Exige la supresión de la propiedad privada de los instrumentos de producción y su pase a propiedad social, sea del Estado, municipal o de cooperativas. Exige también la substitución de la organización capitalista por una organización socialista de la industria y sus funciones en el conjunto de vida social.

De estas dos transformaciones, la más sencilla es de la propiedad. Nada más fácil que expropiar a un capitalista. Es una mera cuestión de fuerza y no depende de ninguna condición social previa. Aun antes de existir el capitalismo industrial, ya en los tiempos del capital puramente comercial y usurario encontramos expropiaciones de comerciantes, banqueros y prestamistas, por obra de señores feudales, príncipes y en ocasiones hasta del mismo pueblo. En la Edad Media se expropió a menudo no sólo a los judíos, sino a veces, y a pesar de la religiosidad de la época, a iglesias y claustros. Así, Felipe IV de Francia, a comienzos del siglo XIV, expropió a la extraordinariamente rica orden de los templarios. Antes de que hubiese un socialismo moderno, las gentes ingenuas veían

en el bandido noble que robaba a los ricos para darlo a los pobres un bienhechor de la humanidad. Implantar este *socialismo* era extraordinariamente sencillo. Respondía a la estructura primitiva del proletariado ruso el que Bakunin, en 1869, inmediatamente antes de la Comuna, señalase en su proclama a la juventud rusa el camino seguido por el capitán de bandidos Stenka Razin, que en 1867 formó una cuadrilla que devastó a la Rusia meridional hasta que el Gobierno se apoderó de él y lo mató.

Pero organizar no es tan fácil como expropiar. La industria capitalista es un organismo complicado que tiene a su frente al capitalista o a un representante suyo. Si se quiere prescindir del capitalismo es preciso crear un organismo que pueda funcionar tan bien o mejor que él. Esto no es tan sencillo como el proceder de Felipe IV y Stenka Razin; exige una serie de condiciones previas materiales y psíquicas; una organización no sólo de la producción, sino también de la venta y del aprovisionamiento de primeras materias, y exige también un proletariado que sea consciente no sólo de sus deberes para con sus compañeros, sino para toda la sociedad; un proletariado que haya adquirido por una larga obra de organización el hábito de la disciplina voluntaria y de la autonomía, y que, por último, sea suficientemente inteligente para distinguir lo posible de lo imposible, los directores científicos y bien inspirados de los demagogos ignorantes y sin ignorancia.

Cuando no se dan estas condiciones, el capitalismo no puede ser substituído con éxito y duraderamente por el socialismo. Y aun en aquellas comarcas y ramas industriales en que existan estas condiciones, la organización socialista debe ser preparada cuidadosamente por un estudio detallado de las condiciones efectivas, pues las formas que la nueva organización ha de adoptar no están dadas de antemano para todas las industrias, países y tiempos, no son utopías perfectas y acabadas o ideales eternos, sino que pueden variar mucho, y si han de ser aplicadas con éxito, han de adecuarse del modo más conveniente posible a las peculiaridades de cada caso.

Ambos momentos de la socialización, la expropiación y la organización, deben mantener la conexión más íntima si el antiguo sistema de producción no ha de ser substituído por un caos que acabe por producir la paralización industrial. Un Felipe IV o un Stenka Razin podían limitarse a la mera expropiación, pues no pretendían instaurar un nuevo sistema de producción. El tránsito al socialismo no puede efectuarse de este modo tan sencillo.

Pero las masas estaban impacientes; no querían esperar. Para satisfacerlas, los bolcheviques, cuando llegaron al poder, escindieron en dos partes el proceso de la socialización, separaron sus dos momentos, sin tener en cuenta que uno sin otro no pueden producir nada viable. Primero siguieron el procedimiento de Stenka Razin y luego se aprestaron a arreglar del mejor modo posible lo

referente a la organización. Lo que está íntimamente ligado y no puede conservarse separado fué escindido. El mismo Lenin confesaba en abril de 1918, en su escrito *La misión inmediata del poder de los soviets:*

"Hasta ahora lo primero eran las medidas para la inmediata expropiación de los expropiadores. Ahora tiene que pasar al primer término la organización e intervención de las industrias en que los capitalistas están ya expropiados y en las demás.

"Nuestra obra de organizar la producción y el reparto de productos bajo la dirección del proletariado ha quedado retrasada frente a la de la inmediata expropiación de los explotadores... Hemos quedado muy atrás en la transformación socialista en estas ramas (y se trata de ramas muy importantes) y estamos atrasados porque no se ha organizado bastante la contabilidad y la intervención."

Se expropiaban establecimientos y ramas industriales sin investigar si era posible su organización socialista. Aun en aquellas ramas en que hubiera sido posible una organización semejante, se conformaron por de pronto con la expropiación, porque sólo ésta podía verificarse sin preparación, y los obreros no querían esperar.

Pronto comenzaron a mostrarse las consecuencias. La vida económica rusa está atrasada porque su industria sólo ocupa a una parte pequeña de su población, en comparación con la agricultura. Pero dentro de esa industria predominan las formas modernas de explotación. La industria rusa había llegado a un estadio muy superior al de la industria parisiense de 1871. Esta sólo podía realizar la socialización valiéndose de cooperativas de producción. Las fábricas rusas eran en gran parte, explotaciones enormes, y la forma más apropiada para prescindir en ellas del capital parecía su estatización.

En la cooperativa de producción los ingresos del obrero dependen de su trabajo y del de sus compañeros y su importe estará determinado por la cantidad de productos que lleven al mercado. Ellos mismos tienen que encargarse de la venta, así como de la adquisición de primeras materias. En la fábrica estatizada los obreros siguen recibiendo salario, sólo que en vez de recibirlo de los capitalistas lo reciben del Estado. Sus ingresos, más que de su trabajo dependen de la presión que ejerzan sobre el Estado. Este tiene también a su cargo el despacho de los productos elaborados y la adquisición de primeras materias.

Para que en estas circunstancias la producción hubiera funcionado con éxito, hubiera sido necesario la existencia de obreros muy bien organizados y altamente inteligentes, que se diesen clara cuenta de hasta qué punto la propiedad de la sociedad, y, por tanto, la suya propia, dependían de su trabajo. Y aun contando con obreros semejantes para que la producción fuera eficaz, había que tomar las medidas de organización necesarias para asegurar al

Estado y a los consumidores la influencia conveniente en los diversos establecimientos y ramas industriales y buscar estímulos que pudiesen substituir a los estímulos propios del capitalismo.

Pero en Rusia no sólo faltaba esta organización, sino que los obreros carecían de la inteligencia necesaria, tanto más cuanto que la guerra había puesto en el estado de la más desesperada excitación a la parte más ignorante y menos cultivada del proletariado.

Cierto que el trabajador ruso debe a sus comunidades rurales un intenso sentimiento de solidaridad; pero esta solidaridad abarca un círculo tan estrecho como el de la comunidad misma. Se reduce a la esfera limitada de sus camaradas próximos. La gran comunidad social le es indiferente. Ahora, los bolcheviques mismos se lamentan de las deplorables consecuencias producidas por este orden de cosas. Trotski, en su escrito *El trabajo, la disciplina y el orden salvarán a la República de los soviets*, dice:

"La revolución, que despertó hasta en los más oprimidos la personalidad humana, ha prestado naturalmente a los albores de este despertar caracteres anárquicos si se quiere. Este despertar de los instintos elementales de la personalidad ha tenido no pocas veces un carácter torpemente egoísta o, para emplear una expresión filosófica, egocentrista... La gente trata de apoderarse de todo cuanto puede; sólo piensa en sí y no considera los intereses de clase. De aquí la invasión de este estado de ánimo desorganizador y de estas tendencias individualistas, anarquistas y bandoleristas que podemos observar particularmente entre los elementos desclasificados del país, entre los componentes del antiguo ejército y en una parte de la clase trabajadora."

Estos elementos son bastante distintos de los de la Comuna, que limitaban su salario para asegurar el triunfo del socialismo.

En semejantes circunstancias, se ve claramente cuál tenía que ser la marcha de las cosas en los establecimientos expropiados. Los obreros subían cuanto podían los salarios, y en cambio daban un mínimun de trabajo. Para facilitar esto se suprimió el trabajo a destajo. Y se produjeron cosas como lo ocurrido en los talleres de Putilov, en Petrogrado, que, habiendo recibido en cierto espacio de tiempo 96 millones de rublos del Estado como subvención, sólo suministraron productos por valor de 15 millones.

Sólo el uso más ilimitado del paped moneda hizo posible aplazar un tanto la inevitable bancarrota de este sistema.

Si en las fábricas se trabajaba poco, por otra parte los obreros huían de los trabajos desagradables, sucios, penosos.

Cómo puede asegurarse en una sociedad socialista la ejecución de esa clase de trabajos, es un problema que ha ocupado de antiguo a los socialistas. Fourier creía resolverlo dejando los trabajos sucios para muchachos a quienes agrada andar entre porquería.

Naturalmente, esta solución humorista no es suficiente. El

único procedimiento compatible con los principios socialistas y prometedor de éxito es el que pide a la técnica que quite su aspecto dañino o repugnante a los trabajos penosos e insanos. Mientras no se haya llegado a esto, no queda otro camino que el de compensar estos inconvenientes con ventajas que pueden consistir o en salarios muy altos o en una jornada muy corta.

Los bolcheviques encontraron una nueva solución que no estaba en armonía con los principios socialistas, pero sí con la psicología de las masas obreras excitadas. Sencillamente implantaron el trabajo obligatorio. Pero no la obligación de trabajar para los que hasta entonces habían sido obreros asalariados. ¿Cómo imponerles el trabajo obligatorio, si a causa de las circunstancias tenía que cerrarse una fábrica tras otra por falta de materias primas o de combustible o por dificultades de transportes, haciendo que aumentase el número de obreros sin trabajo?

No; el trabajo obligatorio se impuso a aquellos a quienes, bajo el pretexto de que no trabajaban, se había privado de todo derecho: a los *burgueses*.

En lugar de la democracia general "formal", puso la República de los Consejos la democracia proletaria. Sólo los obreros habían de gozar de derechos políticos, y el Estado había de asegurarles suficiente nutrición y protección.

Según parece, es éste un pensamiento totalmente socialista, que sólo tiene un pequeño defecto. Desde hace dos años existe la República de los soviets, que sólo concede el voto a los trabajadores, sin que hasta hoy se haya resuelto este enigma: ¿Quién es un trabajador? De varios comunistas hemos recibido contestaciones diversas.

En sus comienzos, los Consejos de obreros no eran otra cosa sino la representación de los trabajadores asalariados de las grandes fábricas. Como tales, constituían organizaciones bien delimitadas, que se hicieron muy importantes para la revolución. Ahora, el sistema de los Consejos consiste en substituir a la Asamblea Nacional, nacida del sufragio universal, por el Comité Central de los Consejos obreros. Sin embargo, la base de este Comité Central hubiera sido excesivamente estrecha limitándolo a los Consejos obreros de las grandes fábricas. Pero saliéndose de este círculo y excluyendo a los *burgueses* del sufragio universal, se entraba en lo infinito.

La distinción entre burgués y obrero no puede hacerse en ninguna parte exactamente; es algo arbitrario, lo que hace que el sistema de Consejos sea muy apropiado para fundar una dictadura arbitraria, pero muy inadecuado para instaurar una constitución política clara y sistemática.

Especialmente por lo que hace a los intelectuales, queda al arbitrio de los soviets el considerarlos o no como pertenecientes a

la burguesía, y esto decide de su derecho de sufragio y de su sujeción al trabajo obligatorio.

La República de los soviets no sólo les quitó a los burgueses, sin indemnización alguna, sus medios de producción y consumo y sus derechos políticos, sino que al mismo tiempo los sometió al trabajo obligatorio, y los sometió a ellos exclusivamente. ¡Son los únicos que están obligados a trabajar, y, sin embargo, al mismo tiempo, los únicos privados de derechos porque no trabajan! En la República de los soviets no se hace la clasificación de obreros y burgueses según las funciones que actualmente se desempeñan, sino según las que se desempeñaban antes de la revolución. En Rusia el burgués aparece como una especie humana de característica imborrable. De análoga manera que un negro sigue siendo negro y mongol un mongol, muéstrese donde se muestre y vístase como se vista, el burgués sigue siendo burgués aunque se convierta en un mendigo o aunque tenga que vivir de su trabajo. ¡Y qué manera de vivir!

Los burgueses tienen el deber de trabajar, pero no tienen derecho a buscar un trabajo que dominen que esté más en consonancia con sus aptitudes; se les obliga a realizar los trabajos más sucios y repugnantes, recibiendo en cambio, no raciones más elevadas, sino raciones de las más reducidas, que no bastan ni para saciar su hambre. Sus raciones alimenticias son la cuarta parte de las de los soldados y de las de los obreros de fábricas. Por cada libra de pan de éstos, a ellos les corresponde un cuarto de libra; por cada 6 libras de patatas, cuatro libras.

En estos preceptos no hay ni asomo de la aspiración de elevar a un grado más alto al proletariado, de crear una forma de vida más elevada, sino sólo la sed de venganza elemental del trabajador, que se satisface con poder maltratar a su antojo a los que habían sido más favorecidos hasta ahora por el destino, a los que vestían mejor, vivían en mejores habitaciones y habían disfrutado de mejor educación.

Al desencadenarse esta "voluntad" proletaria como la fuerza motriz de la revolución, las cosas fueron en algunos casos mucho más lejos de lo que querían los bolcheviques. Así, la idea de que los antiguos burgueses se habían convertido en bestias de carga de aquellos que habían trabajado bajo ellos engendró el siguiente decreto del Consejo de obreros de Murzilowska:

"Por la presente, el soviet autoriza al compañero Gregor Sareyev para elegir a 60 mujeres de la clase de burgueses y especuladores y conducirlas al cuartel para uso de la división de artillería de guarnición en Murzilowska, distrito de Briants". 16 septiembre 1918. (Publicado por el Dr. Nath. Wintsch-Malajev. *What are the Bolschewits.* Lausana, 1919.)

Sería injusto culpar a los bolcheviques de este decreto. Seguramente les repugna tanto como los asesinatos de septiembre a los hombres de la Convención.

Pero es horrible la idea de que en una organización local, aunque sólo sea de una, el odio y el menosprecio de los burgueses haya podido llegar a un límite semejante: negarles no sólo los derechos políticos, sino los más elementales derechos de hombre y la más elemental dignidad humana.

b) *La madurez del proletariado.*

Es natural que los bolcheviques no se entregasen sin resistencia a la voluntad de unas masas que llegaban a excesos semejantes. Una vez que hubieron expropiado a los burgueses y convertido al proletariado en un ser sagrado, trataron de infundirle la necesaria madurez, aquella madurez que hubiera debido ser condición previa de toda expropiación y socialización.

"Sabíamos ya de antemano —dice Trotski *(Trabajo, disciplina,* etc.)— que nos faltaban la necesaria organizción, la necesaria disciplina y el necesario saber histórico; sabíamos todo esto, pero ello no nos impidió marchar con los ojos abiertos a la conquista del Poder. Estábamos convencidos de que íbamos a aprender todo eso."

¿Se atrevería Trotski a subir en una locomotora y ponerla en marcha, confiando en que durante el viaje aprendería a conducirla? Podría hacerlo, sin duda, pero ¿tendría tiempo? ¿No descarrilaría, o estallaría la locomotora antes? Antes de ponerse a dirigir una locomotora hay que saber manejarla. Antes de hacerse cargo de la producción, el proletariado necesita capacitarse para dirigirla. La producción económica no tolera ninguna paralización, ninguna interrupción, y mucho menos en una situación como la creada por la guerra, que nos ha privado de toda reserva, lo que exige que se produzca al día, por lo cual una paralización es el hambre.

El mismo Lenin cree necesario refrenar el proceso de la expropiación.

"Si quisiésemos continuar la expropiación con la misma velocidad, sufriríamos una derrota, pues nuestro trabajo de organización de la producción proletaria se ha quedado evidentemente atrás respecto al de la inmediata expropiación de los expropiadores." *(La misión inmediata del poder de los soviets.)*

Sin embargo, Lenin no se desespera, sino que, a pesar de todo, promete que los soviets ganarán la batalla contra el capital, pues el proceso del proletariado ruso marcha a pasos gigantescos. Dice:

"La elevación de la cultura y educación de la masa trabajadora es una condición de la productividad del trabajo. Esta elevación se produce ahora con una enorme rapidez, gracias al ascenso

a la luz y la iniciativa que la organización de los soviets ha determinado hasta en las más profundas capas de la población."

La elevación de la cultura de la masa de la población puede ser de doble naturaleza. Puede ser realizada de un modo sistemático por la escuela. En este sentido queda muchísimo que hacer en Rusia. Pero una organización escolar suficiente exige grandes sumas, una producción floreciente que produzca grandes sobrantes. La producción rusa es tan escasa, que no basta para cubrir los gastos de las escuelas públicas necesarias. Seguramente los bolcheviques se esfuerzan en hacer todo lo posible por fomentar las artes y las ciencias y favorecer su difusión entre las masas. Mas esta posibilidad depende de los medios económicos, que son muy limitados. Por esta parte, pues, no puede esperarse una elevación rápida de la cultura que pueda determinar una elevación pronta y suficiente de la producción. Antes al contrario, una producción floreciente es condición indispensable para la elevación de la cultura.

Pero los adultos, más que en la escuela establecida por el Estado o el municipio, aprenden en la escuela de la vida. El mejor aprendizaje les es suministrado por la democracia, entre cuyas instituciones esenciales figuran la plena libertad de prensa y de palabra o reunión, lo que implica al mismo tiempo para cada partido la necesidad de luchar para conquistar el alma del pueblo, pues cada uno de los ciudadanos está en situación de sopesar los argumentos que de todos lados se le presentan, llegando así a formarse un juicio personal. Por último, la democracia le presta a la lucha de clases sus más elevadas formas, pues en ella cada partido se dirige a la totalidad de la población. Cada uno de ellos representa determinados intereses de clase, viéndose obligados a hacer resaltar aquellos de estos intereses que coinciden con el interés general de la comunidad. De esta manera la democracia moderna está por encima, tanto del nivel de la política de campanario como de la política estrechamente gremial. Y tan sólo así puede ensancharse el horizonte de la masa, educarla e instruirla.

Todas estas posibilidades de la educación del pueblo se echan por la borda cuando se suprime la democracia, como ha hecho la República de los soviets, substituyéndola por el poder omnipotente de los Consejos de obreros, que les quita a los burgueses todos los derechos, aboliendo al propio tiempo la libertad de prensa. De este modo el interés de clase del obrero asalariado se escinde del interés general y se le priva al obrero de la posibilidad de sopesar por sí mismo los diversos argumentos producidos en la lucha de clases y partidos. Esta labor de crítica la hace por él una autoridad cuidadosa que procura con temor no llegue a él ninguna idea ni noticia que pueda hacer nacer en su pecho dudas respecto de la infalibilidad del sistema de los soviets.

Naturalmente, esto sólo se hace en interés de la verdad. Debe

impedirse que el pobre pueblo ignorante sea engañado y envenenado por la prensa burguesa con sus inmensos recursos. Pero ¿dónde pueden encontrarse hoy en Rusia esos recursos que les den superioridad sobre la prensa bolchevique a los periódicos burgueses? Además, la censura bolchevique ejerce sus rigores no sólo contra la prensa burguesa, sino contra toda prensa que no sea partidaria decidida del actual sistema de gobierno.

La justificación de este sistema descansa, en substancia, sobre la ingenua concepción de que existe una verdad absoluta, en cuya posesión se encuentran los comunistas. Y además, en la creencia de que el resto de los escritores son embusteros y sólo los comunistas fanáticos de la verdad. Pero, en realidad, en todos los campos se encuentran embusteros y fanáticos de aquello que consideran como verdad. Mas donde mejor florece la mentira es allí donde no tiene que temer crítica alguna, donde no habla más que la prensa de una dirección. Con esto puede mentir desembarazadamente, y todos los espíritus que tienden a la mentira se animan, y esta facilidad para mentir aumenta tanto más cuanto más desesperada es la situación de los gobernantes, cuanto más tienen que temer a la verdad.

Por consiguiente, la verdad de las informaciones no sólo no está garantizada con la abolición de la libertad de prensa, sino que lo que se fomenta es la mentira.

Pero en lo que a la verdad de las ideas se refiere, hay que decir con Pilatos: ¿Qué es la verdad? No existe verdad absoluta alguna, no hay más que un proceso del conocimiento, que es detenido en su curso, disminuyendo al propio tiempo el poder cognoscitivo de los hombres, cuando un partido abusa de su poder para monopolizar su propio credo como si fuera la única verdad y para reprimir la manifestación de opiniones distintas.

No cabe duda de que los elementos idealistas de entre los directores del bolchevismo creen de buena fe que ellos son los que poseen la única verdad y que sólo los malvados pueden pensar de distinta manera. Pero esta misma buena fe hay que concedérsela a los hombres de la Santa Inquisición española. Con el régimen de éstos no resultó muy favorecido el proceso de la elevación del nivel cultural de la masa. Hay, sin embargo, una diferencia entre los inquisidores y los directores de la República de los soviets. Aquéllos no pedían la elevación material y espiritual de las masas en esta vida. Sólo querían asegurar la bienaventuranza de las almas en la otra. Los hombres del soviet creen poder elevar con los métodos inquisitoriales en todos sentidos el nivel de la masa y no se dan cuenta de hasta qué punto la degradan.

Junto con un alto nivel de la educación popular, es condición previa del socialismo una moral elevada de las masas, una moral que se expresa no sólo en fuertes instintos sociales, sentimientos de solidaridad, de sacrificio, de abnegación, sino también en la

extensión de estos sentimientos más allá del círculo estrecho de los camaradas, hasta la comunidad entera. Ya hemos visto que en los proletarios de la Comuna parisiense había una moral semejante. En cambio, le falta a la masa que da hoy el tono en el proletariado bolchevista. Y es preciso crearla a todo trance. Así dice Trotski:

"Estamos obligados, compañeros, a predicar, apoyar, desarrollar, afirmar esta moral comunista. Este es el trabajo principal de nuestro partido en todas las esferas de su actividad." *(Trabajo, disciplina,* etcétera.)

Pero, ¿cree Trotzki que puede improvisarse sin más una nueva moral? La producción no puede estar paralizada ni un momento. La moral comunista debió estar ya formada antes de la socialización; después de la expropiación ya es tarde para desarrollarla.

¿Y cómo va a desarrollarse? Predicándola. Como si alguna vez se hubiera logrado algo con sermones morales. El hecho de que haya marxistas que pongan su esperanza en predicar sermones de moral, muestra a qué punto de confusión han llegado.

La nueva moral no sólo debe predicarse, sino "apoyarse". Pero ¿cómo? La moral es el producto de nuestra vida y de nuestras aspiraciones y saca de ellas su alimento.

La moral desarrollada por el proletariado en lucha depende de dos factores. Los obreros, por ser la clase más pobre de la sociedad, sólo pueden sostenerse manteniendo el contacto más íntimo. En sus filas lo que más se aprecia es el espíritu de sacrificio y abnegación, lo contrario de lo que ocurre en la clase capitalista, en la cual el prestigio de cada uno depende de su riqueza, sin que se tenga en cuenta la manera de haberla adquirido.

Pero los sentimientos de solidaridad no son suficientes para afirmar sobre ellos la moral de la nueva sociedad. Estos sentimientos de solidaridad pueden producir un efecto antisocial si se limitan a un círculo que trata de adquirir ventajas a costa del resto de la sociedad como la nobleza de cuna, como la burocracia, como la oficialidad de un Arma.

Lo que eleva la solidaridad del moderno proletariado a la altura de la moral socialista es su extensión a la comunidad humana, nacida de la convicción de que el proletariado para emanciparse a sí mismo tiene que emancipar a toda la humanidad.

Ya Engels, en su juventud, esperaba del reconocimiento de este hecho la elevación del nivel moral del proletariado. En su obra *La situación de las clases trabajadoras en Inglaterra,* dice:

"En la misma medida en que el proletariado acoja en su seno elementos socialistas y comunistas, decrecerá en la revolución la saña y la sed de sangre. En principio, el comunismo está por encima del dualismo entre burguesía y proletariado; sólo reconoce la necesidad de él en lo pasado, pero no en lo futuro. Se propone precisamente suprimir esta dualidad. Por consiguiente, mientras esta dualidad subsiste, reconoce el odio del proletariado contra sus opresores como una necesidad, como la fuerza impulsora más importante del movimiento obrero, pero aspira a acabar con este odio, porque su causa no es sólo la causa de los trabajadores, sino la causa de la humanidad. A ningún comunista se le ocurriría tomar venganzas individuales ni, en general, creer que el burgués podría obrar de otra manera de como obra, dada la actual organización social... Por consiguiente, a medida que los obreros ingleses vayan acogiendo más ideas socialistas, se irá haciendo más superfluo su odio, que a nada conduce, y sus ataques a la burguesía irán decreciendo en violencia y crueldad. Si fuese posible hacer comunista a todo el proletariado antes de que estallase la lucha, ésta se deslizaría pacíficamente. Pero eso ya no es posible; es demasiado tarde. (Engels esperaba en 1845 que la revolución estallase inmediatamente, como, en efecto, ocurrió en 1848; y no con el carácter de una revolución proletaria.) Creo, sin embargo, que hasta el momento en que estalle la guerra abierta de los pobres contra los ricos, hoy inevitable en Inglaterra, podrá difundirse en el proletariado, acerca de la cuestión social, claridad suficiente para que, ayudado por las circunstancias, el partido comunista pueda dominar el elemento brutal de la revolución, evitando que se produzca un 9 Termidor."

El 9 Termidor fué el día en que Robespierre fué derribado y en que cayó el Terror. Engels quería evitar una catástrofe semejante, y los comunistas debían ayudar a ello quitándole a la lucha de clases proletaria su aspecto de odio y sed de venganza y poniendo en el primer término los intereses humanos generales.

Se ve que para Engels el comunismo era cosa distinta que para los bolcheviques rusos. Lo que quería Engels era precisamente lo que propugnaban aquellos socialistas rusos contra quienes declararon su lucha los bolcheviques. El bolchevismo venció a sus adversarios comunistas porque convirtió la brutalidad inicial del movimiento obrero en fuerza motriz de su revolución, degradando el socialismo, haciendo de él una causa de los obreros, en vez de una causa de la humanidad; proclamando la omnipotencia de los obreros asalariados (junto con la de los campesinos pobres) condenando a la carencia de derechos y a la mayor miseria a todos aquellos que no comulgasen con sus ideas e iniciando la supresión de las clases con la creación de esos nuevos ilotas, que son los antiguos burgueses. Transformando así la lucha socialista por la emancipación y elevación de la Humanidad entera, en un estallido de saña y de venganza sobre algunos individuos, que fueron sometidos a los más crueles abusos y tormentos, no sólo no elevó el nivel moral del proletariado, sino que lo desmoralizó profundamente. Y esta desmoralización fué agravada porque no unió a la expropiación de los expropiadores la creación de una nueva organización social, que es lo que le habría prestado carácter so-

cialista. Así reducida, la expropiación pronto pasó de los instrumentos de producción a los medios de consumo. De aquí al bandidaje idealizado en Stenka Razin no hay más que un paso:

"El programa negativo del bolchevismo fué comprendido sin dificultad alguna por las masas; no hay que luchar, no hay que acatar deber alguno; basta con tomar o con apropiarse lo que se encuentra, o, como reza la estupenda fórmula de Lenin "róbese lo robado". (Gavorousk: *El balance del bolchevismo ruso.* Berlín, 1915.)

Con estas ideas concuerda perfectamente el hecho de que la República de los Soviets haya erigido un monumento al capitán de bandidos Stenka Razin.

De este modo predicaba y auxiliaba el bolchevismo la nueva moral socialista, sin la que es imposible una edificación socialista. Esto no es otra cosa sino la desmoralización de las más extensas capas del proletariado ruso. Los mismos elementos idealistas del bolchevismo se indignaron ante este resultado; pero sólo vieron el fenómeno y no la causa, pues esto les hubiera llevado a arrojar por la borda todo su sistema de gobierno.

Desesperados, buscaron un medio de hacer entrar en las masas la moral socialista. Y estos marxistas, estos osado revolucionario e innovadores, no supieron encontrar más recurso que aquel con que la antigua sociedad trata de librarse de las consecuencias de sus mismos pecados: los tribunales, las cárceles, las ejecuciones. Es decir, el terror.

En la página 47 del escrito varias veces mencionado sobre las tareas inmediatas de la República de los soviets, escribe Lenin:

"Los tribunales son el instrumento de la educación para la disciplina. No se ha penetrado suficientemente el hecho visible y sencillo de que las desdichas principales de Rusia fueron el hambre y el paro forzoso, que sólo pueden remediarse por la organización y la disciplina generales...; de que, por tanto, todos somos responsables del hambre y del paro; de que si se quebranta la disciplina del trabajo en cualquier industria... es preciso llevar a los tribunales al culpable y castigarlo sin contemplaciones."

Se quiere dar al proletariado ruso la moral comunista para educarle y elevarle. Pero castigar sin contemplaciones nunca ha producido la elevación de la moral, sino que más bien la hunde. La pena es un mal inevitable en el orden antiguo, que no puede acudir al recurso de producir una moral más alta mejorando las condiciones de la vida. Un régimen socialista que no emplea otro recurso para elevar la moral proletaria que un sistema penal severo, da pruebas irrefutables de su bancarrota.

c) *La dictadura.*

En el fondo, Lenin mismo parece no esperar de sus tribunales una notable elevación de la moral proletaria, pues a renglón seguido agrega otro procedimiento: el de la atribución de poderes plenos o dictatoriales para los directores de los distintos establecimientos industriales:

"Toda gran industria de maquinaria —es decir, la fuente material y el fundamento del socialismo— exige la unidad incondicionada y severa de voluntad. Y ¿cómo puede asegurarse esta unidad de voluntad? Sometiendo las voluntades de miles a la voluntad de uno solo.

"Esta sumisión en una sociedad idealmente disciplinada se asemejará a la dirección de una orquesta. Pero si en los dirigidos faltan conocimiento y disciplina bastante, puede tomar los caracteres de la dictadura."

Hasta ahora suponíamos que el conocimiento y la disciplina de los trabajadores eran la condición previa de aquella madurez de la clase obrera, sin la que no es posible la instauración del socialismo. Lenin dice en la introducción del mencionado trabajo:

"Una revolución semejante sólo puede tener éxito como obra histórica de la mayoría de la población, y ante todo de la mayoría de la clase trabajadora."

Después de haber afirmado así que el socialismo no puede ser obra de una minoría, sino de la mayoría de la población, y solamente, *ante todo*, pero no exclusivamente, de la clase trabajadora, justificando así contra su voluntad la democracia, continúa diciendo:

"Sólo cuando el proletariado y los campesinos pobres tengan bastante conciencia, energía y espíritu de sacrificio estará asegurado el triunfo de la revolución socialista."

Pero por de pronto ese triunfo tiene que asegurarse por la dictadura de los tribunales y de los directores industriales:

"Ayer la revolución rompió las cadenas más antiguas, más recias, más pesadas que tenían sometido al pueblo bajo el régimen del *knut*. Pero hoy esa misma revolución pide, en interés del socialismo, que las masas se sometan incondicionalmente a los directores del trabajo."

La libertad ayer conseguida se les quita hoy, porque no se encuentra en las masas suficiente conciencia y espíritu de sacrificio. Pero mientras que en la página 7 se deduce de la carencia de estas cualidades la imposibilidad de implantar el socialismo, en la 52 se pide, en interés del socialismo, la sumisión incondicional de las masas bajo los directores de industria. De esta manera la masa desciende a un nivel más bajo que el que había alcanzado en la producción capitalista, en la cual están sometidas al capitalista, pero no incondicionalmente.

Ahora bien, Lenin se consuela luego a sí mismo y consuela a su público con la consideración de que esta dictadura, a diferencia de la capitalista, "se ejecutará por las masas de los trabajadores y explotados" y "por aquellas organizaciones que despiertan al

proletariado y le capacitan para realizar su misión histórica: los Soviets."

Ya se mostró cómo se fomenta la emancipación de las masas y su capacitación por el sistema de ahogar toda crítica. Los Soviets no remedian esto. Mas ¿cómo puede hacerse compatible esta dictadura y esta sumisión incondicional de las masas con la necesidad de capacitar a la clase obrera para obrar autonómicamente? El que es elegido por las masas, depuesto por ellas y reelegido por ellas, depende de la masa y no puede imponer nada si no cuenta con su asentimiento. Puede vencer la resistencia de miembros sueltos de la organización que se pongan frente a la mayoría, pero pronto habría acabado su poder si tratase de imponer a la mayoría sus mandatos contra la voluntad de ésta.

Por consiguiente, la dictadura personal y la democracia son incompatibles, y esto vale también para la República de los soviets. Lenin dice, es cierto, que esta manera de ver las cosas no resiste la crítica, pero tiene que substituir con expresiones fuertes la falta de argumentos convincentes, pues sólo se le ocurre objetar que "si no somos anarquistas tenemos que reconocer la necesidad del Estado, esto es, de la coacción, para verificar el tránsito del capitalismo al socialismo."

En efecto, en esto convenimos todos. Tampoco la democracia excluye la coacción; pero no reconoce más forma de coacción que la que la mayoría ejerce sobre la minoría. La coacción empleada para verificar el tránsito del capitalismo al socialismo es la coacción de los obreros sobre los capitalistas. Pero aquí Lenin se refiere al segundo estadio de la revolución, en el que el proletariado ha roto ya sus cadenas. Aquí se habla de la coacción ejercida por algunas personas sobre la masa de trabajadores. Lenin no demuestra en modo alguno que esta coacción sea compatible con la democracia; trata de hacerla aceptable por un sofisma, en cuanto que de la coacción que tiene que ejercer la masa sobre los capitalistas para producir el socialismo, y que es perfectamente compatible con la democracia, deduce la legitimidad de toda coacción ejercida para producir el socialismo, incluso con la omnipotencia de algunas personas.

Dice así:

"Por eso no hay ninguna oposición de principio entre el democratismo del soviet o socialismo y la ejecución del poder dictatorial por algunas personas."

Puede que esto sea exacto; pero en tal caso sólo probaría que el democratismo sovietista es un régimen especial en el cual queda justificada toda dictadura si declara que habla en nombre del socialismo.

Si ha de darse una sumisión incondicional de los obreros al director de un establecimiento industrial, no puede ser elegido por ellos, sino que tiene que serles impuesto por un poder superior.

Entonces el Consejo de obreros no tiene poder ninguno. Entonces el Comité central ejecutivo que nombra a los dictadores tiene que tener un poder dictatorial; es preciso que los soviets se hayan convertido en sombras y que las masas en ellas representadas no tengan la menor fuerza.

De la misma manera que Münchhausen no podía salir del pantano tirándose de su propia trenza, una clase obrera a la que faltan conciencia, conocimiento y espíritu de sacrificio no puede elegir un dictador que eleve su nivel, ni obedecerle incondicionalmente cuando exija de ella actos que necesiten precisamente aquellas cualidades.

¿Y de dónde van a sacarse esos dictadores con la superioridad intelectual y moral necesarias? Todo poder arbitrario engendra gérmenes de corrupción del que lo ejerce, sea un individuo solo o un grupo. Sólo caracteres excepcionales puede conservarse puros en estas condiciones. ¿Podemos crer que los dictadores rusos tienen todos ese carácter? Lenin promete una selección cuidadosa de ellos:

"Queremos seguir nuestro camino tratando de buscar con cuidado y paciencia los buenos organizadores, hombres con entendimiento claro y habilidad práctica, que unan al amor al socialismo, el don de dirigir sin ruido y a pesar de la confusión reinante una gran masa de hombres, para que realicen un trabajo permanente y armónico dentro del marco de la organización sovietista. Sólo a esos hombres cuidadosamente probados, que hayan demostrado su capacidad pasando gradualmente desde las tareas más sencillas, les serán confiados los puestos más importantes en la dirección de la adminitración. No hemos aprendido a hacerlo aún, pero ya aprenderemos."

No se dice a quién se refiere este aprenderemos. Sin duda, no a las masas ignorantes e indisciplinadas. Más bien a la autoridad suprema, al Comité Central Ejecutivo. Pero tampoco éste domina aún el arte de seleccionar los directores del trabajo del pueblo. Promete, sin embargo, aprenderlo, aunque sin fijar término. Lo único cierto es que esta selección se hace hoy de un modo insuficiente. Pero no sólo falta la necesaria madurez de las masas, sino también la de los directores.

Después de haber expropiado, y cuando quiere procederse a la organización, encuentra que hay que aprenderlo todo, incluso la selección de los directores superiores de la Economía del Estado.

d) *La corrupción.*

¡Y qué elementos ofrecen sus servicios al nuevo régimen!

"Ningún movimiento histórico popular profundo y poderoso se ha salvado de un grave inconveniente sin que aparezcan junto con los innovadores sin experiencia aventureros y bribones, char-

latanes y canallas, amigos de la confusión y el ruido, con una actividad desordenada e inútil: directores que traten de ocuparse en veinte cosas sin lograr llevar una sola a buen fin." (Lenin: *Las tareas inmediatas*, etc.).

Es verdad que todo movimiento amplio popular tiene que sufrir estos inconvenientes, y en Alemania no nos hemos librado de ellos. Pero el régimen de los Soviets rusos muestra algunos rasgos característicos.

Ante todo, en ninguna parte tienen tan poca experiencia como aquí los innovadores. Esto era inevitable. Bajo el absolutismo les estaba prohibida a los elementos progresivos toda intervención en el Estado o el Municipio y, en general, toda actividad administrativa y organizadora en gran escala. El interés de los revolucionarios, sobre todo el de sus elementos más impacientes y más violentos, se concentró en la lucha contra la Policía, en la actividad subterránea del conspirador. No puede, pues, censurárseles por su inexperiencia al encargarse repentinamente del Poder. Pero esta inexperiencia es un dato más para atestiguar la poca madurez de Rusia para el socialismo al estallar la revolución; la dificultad para la implantación del socialismo sube de punto cuando a la ignorancia y a la inexperiencia de las masas se agrega la inexperiencia de los innovadores. Se ve una vez más que la formación de las masas y de sus directores en un régimen democrático es una condición previa del socialismo. No puede pasarse de un salto del absolutismo al socialismo.

Pero, además, el régimen sovietista se diferencia de los grandes movimientos populares anteriores en que suprimió el mejor medio de desenmascarar aventureros, bribones, charlatanes y canallas: la libertad de la Prensa. Merced a esta medida, tales elementos se hallan libres de la crítica de las personas enteradas, y sólo tienen que vérselas con obreros y soldados ignorantes y con innovadores sin experiencia. Así prosperan admirablemente. Ahora, sin duda, los bolcheviques se han propuesto aprender a separar la cizaña del trigo y a distinguir a los verdaderos organizadores de los charlatanes y bribones. Pero antes de que esto llegue, dado el atraso del obrero ruso, la producción se verá en riesgo de paralizarse. Se pretende evitarlo por la dictadura de los directores, y hay que darles esta dictadura sin estar capacitados para hacer su selección. Por consiguiente, esta dictadura, de la que ya de antemano se desconfía, sólo puede producir resultados lamentables. Del mismo modo que se comenzó expropiando y se pasó luego a organizar, se empezó nombrando dictadores y buscando luego los medios de proceder a su selección.

Estas contradicciones eran inevitables, por haber querido implantar el socialismo fundándolo en la mera voluntad y no en las condiciones reales.

Pero el régimen de los soviets no sólo se verá comprometido

por la intromisión de aventureros y bribones a los que no sabe descubrir y cuya crítica hace imposible. Se ve también amenazado por apartar de sí a los intelectuales de más valía y mayor elevación espiritual.

En el estado actual de la producción no es posible el socialismo sin la cooperación de los intelectuales. Mientras el socialismo estaba en el estadio de la propaganda; mientras sólo se trataba de elevar al proletariado al reconocimiento de su posición en la sociedad y de su misión histórica, el socialismo sólo necesitaba de los intelectuales —fuesen elementos provinientes de la burguesía universitaria o autodidactos obreros— para la elaboración y discusión de su doctrina. Y lo que importaba era la calidad y no el número.

Pero las cosas varían al llegar el momento de la instauración práctica del socialismo. Lo mismo que la producción y el Estado capitalistas, la producción y el Estado dominados por la clase obrera no pueden subsistir sin la colaboración de intelectuales numerosos, de confianza y de sólida formación científica.

Para su cooperación práctica a la obra constructiva del socialismo no se requiere, como para el desarrollo y difusión de la doctrina socialista, la apasionada adhesión a la gran causa de la emancipación de la Humanidad. Pero es necesario al menos que una parte considerable de ellos lleguen a convencerse de que la producción socialista es posible y sentable, de manera que pueden colaborar en ella. Si en la misma esfera del trabajo manual una producción refinada es incompatible con todo trabajo forzoso, con mucho mayor motivo lo será en la esfera del trabajo intelectual.

La desaparición de las dudas de los intelectuales sobre la posibilidad del socialismo y el que estos elementos estén dispuestos a colaborar en su implantación siempre que tengan tras de sí el poder necesario, es una de las condiciones previas de la producción socialista. Esta condición se dará con tanta mayor facilidad cuanto más adelantadas estén las demás condiciones del socialismo, pues entonces la consideración de la realidad producirá el convencimiento socialista de los intelectuales desapasionados.

Los bolcheviques no se dieron cuenta desde el principio de esta importancia de los intelectuales; creían poder limitarse al apoyo del instinto ciego de soldados, campesinos y obreros manuales.

La masa de los intelectuales, incluso los intelectuales socialistas, se hallaba desde el principio en contra suya, porque se daban cuenta de que Rusia no estaba bastante madura para la socialización integral plena que los bolcheviques querían implantar. Otros para quienes no era esto obstáculo fueron apartados con malos tratos. Se les expulsó de la fábrica que los obreros creían poder dirigir por sí mismos; se les privó de todos los derechos políticos, pues la omnipotencia de los Consejos de obreros sólo concedía de hecho el sufragio a los trabajadores manuales. Se les expropió de cuanto

poseían, y se les quitó toda posibilidad de vida cultivada. Y, finalmente, se les condenó al trabajo obligatorio y al hambre.

Los bolcheviques creían al principio que podrían prescindir de los intelectuales, de los especialistas. El zarismo pensaba que un general sin preparacion especial alguna era capaz de desempeñar cualquier puesto en la administración. El bolchevismo heredó esta concepción con otras muchas del zarismo, sólo que en vez de generales ponía proletarios. Los teóricos del bolchevismo llamaban a este proceso "paso del socialismo de la ciencia al hecho". Más bien hubiera debido llamársele "paso de la ciencia al dilentantismo".

Como ocurre generalmente en la República de los soviets que se guía por la mera voluntad y no por el conocimiento de la realidad viva, se vió posteriormente la imposibilidad de tal acuerdo y se trató de procurarse la cooperación de los intelectuales, prescindiendo del trabajo obligatorio que antes se les había impuesto; se trató de emplearlos en los trabajos que entendían. Los intelectuales que entraron al servicio del Gobierno cesaron de ser considerados como burgueses y de ser tratado y maltratados como tales. Pasaron al círculo de la población *trabajadora*, de la que realiza trabajo productivo y útil; se les protegió contra las expropiaciones y se les señaló una remuneración decorosa.

Pero como lo que había conducido a la mayor parte de estos intelectuales a ofrecer sus servicios al Gobierno no había sido la convicción, sino el miedo a la miseria ya los malos tratos, su trabajo no era en realidad ni muy productivo ni muy útil.

Trotski se lamenta de esto en la conferencia ya citada sobre *Trabajo, disciplina*, etc. Dice:

"En la primera época, la lucha contra el sabotaje (de los intelectuales) consistió en destrozar sin contemplaciones las organizaciones de los saboteadores. Era necesario y, por tanto, justo.

"Ahora, que ya está asegurado el poder de los soviets, la lucha contra los saboteadores consistirá en convertir a los saboteadores de ayer en servidores, cooperadores y directores de la socialización."

El resultado lo describe él mismo:

"Hemos aniquilado el antiguo sabotaje y barrido sin consideraciones a los antiguos empleados. Los substitutos de estos antiguos empleados no resultaron ser de la mejor clase en ninguna de las ramas de la administración. Las vacantes, de una parte, las ocuparon compañeros nuestros que habían intervenido en la obra subterránea de la lucha revolucionaria, los mejores elementos, los más enérgicos, los más honrados, los más abnegados. Por otra parte se presentaron trepadores, intrigantes, existencias fracasadas, que en el antiguo régimen no tenían ocupación. Cuando fué necesario buscar diez mil obreros cualificados nuevos, no es de extrañar que lograsen deslizarse entre ellos algunos aventureros.

"Hay que añadir que muchos de los compañeros que trabajan en cargos directores no se muestran capaces de un trabajo orgánico, creador, intensivo. Encontramos a cada paso en los ministerios compañeros, especialmente de los del movimiento de octubre, que trabajan en ellos cuatro o cinco horas, y no muy intensivamente, en una época como ésta, que exige de nosotros el más empeñado esfuerzo, y no por temor, sino por deber de conciencia."

Esta fué la consecuencia necesaria, pero no justificada, de una política que trató de ganarse a los intelectuales, no por convicción, sino a puntapiés.

Así, posteriormente, se emprendió otro camino para aumentar la eficacia del trabajo. La Comuna había rebajado los sueldos de los altos funcionarios y fijado en 6.000 francos el sueldo máximo. La República de los soviets quiso hacer algo análogo, pero sin resultado. Tuvo que cambiar pronto de sistema, Lenin dice a este propósito:

"Tuvimos que recurrir al antiguo procedimiento burgués de aumentar el sueldo de los especialistas burgueses... Claro está que una medida semejante implica un compromiso, una ruptura de los principios de la Comuna parisiense y de todo poder proletario... Significa no sólo una paralización de la ofensiva contra la clase burguesa, sino también, en cierto sentido, un paso atrás de nuestro poder sovietista".

Pero Lenin cree que no hay otro remedio. Y tiene razón. Esta necesidad de aumentar los sueldos puede obedecer a dos causas:

Cuanto mayor sea un establecimiento industrial, cuanto más numerosos sean sus obreros, tanto mayor es la plusvalía que producen. Si un obrero produce al día cinco marcos de plusvalía, un establecimiento de 100 obreros producirá 500 marcos al día, y un establecimiento con 1.000 obreros, 5.000 marcos. Cuanto mayor sea un establecimiento, tanto más difícil será organizarlo y dirigirlo, tanto más escasos los hombres capaces de hacerlo; pero también aumentarán en la misma proporción los recursos del propietario para remunerarlos. Por tanto, en la misma proporción en que aumentan los establecimientos industriales, aumentan también los sueldos de los directores, llegando a veces a sumas enormes. La administración del Estado tiene que contar también con esta circunstancia. Si no eleva bastante los sueldos de sus altos funcionarios, se los quitará la industria privada. Así, la administración se empobrecerá espiritualmente, y esta es una de las razones por las cuales la economía del Estado no puede competir a menudo con la privada.

Es también discutible si la Comuna, en el caso en que se hubiera mantenido y se hubiese desarrollado en ella la gran industria, hubiera podido conservar el sueldo máximo de 6.000 francos. El decreto de 2 abril, en que se dispone esto, atestigua el carácter reducido de la industria del París de entonces. Pero demuestra también la abnegación de los miembros de la Comuna. Ya hemos indicado el ejemplo conocido del ministro de Hacienda Jourde.

Pero la competencia de una industria privada próspera y floresciente no puede ser lo que determine la elevación de los sueldos en la Rusia sovietista, porque esta industria está o expropiada o arruinada y no arroja ninguna plusvalía. Por consiguiente, los sueldos elevados sólo pueden tener por objeto combatir la repugnancia de los intelectuales más capaces de servir a la República de los soviets y despertar su interés por el nuevo régimen. Fracasado el intento de convicción, y no habiendo producido el hambre grandes efectos, no quedaba más que el recurso de comprar a las gentes, creando para ellas condiciones de existencia capitalista.

Hemos visto qué elementos son los elegidos para dirigir la producción sovietista en la República de los soviets. Por una parte, un par de antiguos conspiradores, luchadores honrados, de intachables convicciones, pero en los negocios *innovadores sin experiencia*. Y por otra parte, numerosos intelectuales que contra su convicción se ponen a la disposición del nuevo régimen, o por mero impulso de arrivismo, como se pondrían a la disposición de otro régimen cualquiera, o que se ven impulsados a hacerlo por hambre o violencia, o que se dejan comprar por sueldos elevados. No son, como reconoce el mismo Trotski, elementos de primer orden. Y si son competentes no son seguramente hombres de gran entereza de carácter; pocos podrán encontrarse que reúnan ambas condiciones.

Para salvar el socialismo, se pone en manos de estos elementos un poder dictatorial, al que los obreros tienen que someterse incondicionalmente. Un poder semejante tiende ya de por sí a corromper a los mejores, y aquí se confía a mucha gente ya de antemano corrompida.

En medio de la miseria general, de la expropiación general, se concentran en sus manos medios para engendrar un nuevo capitalismo. Porque la producción para el mercado continúa y tiene que continuar, ya que la explotación privada de los campesinos no ha sido abolida y domina toda la vida económica de la nación. Por otra parte, esta producción campesina es cada día más escasa La República entrega el Poder a los campesinos pobres, los cuales poseen demasiada poca tierra para producir sobrantes. Estos sobrantes se requisan sin indemnización a los labradores bien acomodados, y pasan a los almacenes de trigo del Estado. Pero eso no puede hacerse, si es que se hace, más que la primera vez. Al año siguiente, el labrador se guardará muy bien de producir más de lo que necesita para su consumo. Así se amengua el rendimiento de la agricultura. Y si el labrador produce algún sobrante, lo esconde, y sólo lo vende en secreto a traficantes clandestinos. Como al mismo tiempo se paraliza la industria, el Estado sólo puede subvenir a sus gastos por la emisión desconsiderada de papel-moneda; y en estas circunstancias se produce, como en la época de la Revolución francesa, y como hoy mismo, aunque no en tan gran

escala, en Alemania, la especulación sobre la moneda, el tráfico clandestino y la usura. La forma más elevada del capitalismo, la que desarrolla la productividad del trabajo creando la base material para un nivel superior de las masas, ha sido arrojada prematuramente por la borda, haciendo que vuelvan a revivir con la mayor intensidad sus formas parasitarias más inferiores.

Naturalmente, el régimen del soviet trata de poner remedios al mal, como lo había hecho el Terror francés aniquilando a los especuladores, a los traficantes, a los usureros. El Terror los guillotinaba y el soviet los fusila; pero el fracaso es el mismo. Lo único que se consigue es que hoy, como en 1793, aumenta el peligro de los especuladores, y aumentan también las exigencias de los nuevos dictadores para dejarse sobornar cuando cae en sus redes algún incauto. También ésta será una fuente de acumulación de nuevos capitales.

El que quiera conocer detalles sobre la corrupción de la nueva burocracia rusa, lea el libro de Gawrousky *Balance del bolchevismo ruso*, que tiene algunas páginas, desde la 58, dedicadas a enumerar casos de soborno.

¿Cómo dominar a estos nuevos dictadores a quienes está sometida incondicionalmente la masa obrera? ¿La República de los soviets no conoce otro recurso que el del terror de los tribunales. Si la dictadura del proletariado está sometida a la dictadura de sus organizadores, ésta está sometida a su vez a la dictadura de los tribunales.

Se ha creado una red de tribunales revolucionarios y comisiones extraordinarias "para combatir a la contrarrevolución, a la especulación y a los delitos de los funcionarios" que juzga arbitrariamente a los que le son denunciados y fusila arbitrariamente también a todos los especuladores y traficantes que apresa, así como a los funcionarios que les protegen. Pero no se limitan a esto, sino que fusilan también a todo crítico honrado de esta terrible anarquía. Bajo el nombre de contrarrevolución se comprende las oposiciones de todo género, cualesquiera que sean los motivos en que se funde, los medios que emplee y los fines que se proponga.

Pero, desgraciadamente, este procedimiento sumario no basta. Más bien los elementos honrados del bolchevismo ven con espanto que estas comisiones extraordinarias, la última esperanza de la revolución, están igualmente corrompidas. Gawrouski transmite el siguente grito de alarma del *Semanario de la Comisión extraordinaria:*

"De todas partes llegan a nosotros noticias de que en los gobiernos, y especialmente en las comisiones de distrito, tratan de deslizarse elementos no sólo indignos, sino propiamente criminales".

Pero Gawrouski aduce también datos que indican que estos intentos tienen éxito en ocasiones. Así, en un artículo de *La Volun-*

tad del Trabajo, órgano central del comunismo revolucionario, publicado el 10 de octubre de 1918, dice:

"Todos recuerdan casos en que los soviets locales fueron literalmente aterrorizados por las comisiones extraordinarias. Se verificó una selección natural. Y en los soviets quedaron los mejores elementos, mientras que las comisiones extraordinarias se llenaron de advenedizos, dispuestos a cometer cualquier tropelía".

Así, gracias a los métodos bolchevistas para hacer la dicha de la humanidad por el socialismo, sólo queda un grupo de luchadores honrados en medio de una ola creciente de ignorancia, corrupción y egoísmo, que sube incesantemente y que amenaza con acabar por ahogarlos.

e) *La transformación del bolchevismo*

Muchos revolucionarios de Occidente aducen triunfalmente el hecho de que el bolchevismo se conserve tanto tiempo en el Poder y de que en el momento en que estas líneas se escriben (mayo, 1919) se sostiene todavía, a pesar de que sus críticos habían profetizado su caída.

En efecto, esta caída se hubiese producido hace tiempo si los bolcheviques hubieran permanecido fieles a su programa. No pudieron mantenerse en el Poder más que a la fuerza de concesiones, para acabar llegando a lo contrario de lo que querían conseguir.

Para escalar el Poder tuvieron que arrojar por la borda sus principios socialistas siguieran el mismo camino. Como personas se mantienen en el Poder, pero han sacrificado todos sus principios, mostrándose como verdaderos oportunistas. Hasta ahora el bolchevismo ha triunfado en Rusia, pero el socialismo ha sufrido la derrota más lamentable.

Véase la forma social que se ha desarrollado bajo el bolchevismo, que se ha desarrollado necesariamente, tan pronto como comenzó a aplicarse el método bolchevista. Recapitulemos lo expuesto:

En la Rusia bolchevista actual encontramos unos campesinos que conservan la propiedad privada y la producción para el mercado. Llevan una vida aparte, sin estar ligados orgánicamente con la industria de la ciudad. Como esta industria no produce sobrante de mercancías para el campo, la entrega legal voluntaria de productos agrícolas a la ciudad se paraliza cada vez más y está compensada, por una parte, por requisas violentas, por saqueos sin indemnización, y por otra parte, por un tráfico cladestino que saca de la ciudad para llevárselos al campo los últimos restos de los productos industriales acumulados.

El bolchevismo ya no tiene nada que ofrecer a los campesinos después de la destrucción de la gran propiedad. Su simpatía

por él se convierte en odio, en odio contra los obreros de la ciudad, que no trabajan, que no les suministran los productos que necesitan; odio contra los gobernantes, que envían soldados a los pueblos para requisar productos alimenticios; odio contra los usureros y traficantes de la ciudad, que tratan de sacarles sus productos sobrantes con toda clase de engaños.

Junto a esta economía burguesa del campo se eleva también en la ciudad una sociedad que pretende ser socialista. Quería deshacer la diferencia de clases. Comenzó destruyendo y humillando a la clase dominante y acabó creando una nueva sociedad de clases. Estas clases son tres.

La inferior comprende a los antiguos burgueses, capitalistas, pequeños burgueses e intelectuales, que están en la oposición, todos desposeídos de sus derechos políticos, privados de todos los recursos, condenados a los trabajos obligatorios más repugnantes y sin más raciones que las verdaderas raciones de hambre. La situación miserable de estos ilotas sólo es comparable a las más miserables producidas por el capitalismo. Su creación es el hecho originario del bolchevismo, su primer gran paso para la emancipación de la humanidad.

Como clase intermedia está por encima de esta última clase la de los obreros asalariados que es políticamente privilegiada. Según la letra de la Constitución, ella es la que dispone en la ciudad del sufragio y de la libertad de prensa y reunión. Puede elegir su ocupación y es remunerada decorosamente por un trabajo que ella misma reglamenta. O, mejor dicho, lo era, pues cada vez se vió más claramente que, dado el nivel de la masa de los obreros asalariados rusos, la industria no podía seguir funcionando con esta organización.

Para salvar la industria había que erigir sobre los obreros una nueva clase de funcionarios, que iba apoderándose cada vez más del poder efectivo que transforma en apariencia las libertades del obrero. Naturalmente, esto no se hizo sin resistencia de parte de los obreros, la cual fué tanto mayor cuanto que, dada la decadencia general de la industria y de los transportes y la falta de productos del campo en la ciudad, la alimentación fué haciéndose deficiente. incluso para los trabajadores, a pesar de lo crecido de sus salarios.

El entusiasmo por los bolcheviques fué desapareciendo entre estos obreros; pero su oposición es desorganizada, diseminada e ignorante frente a la falange cerrada de una burocracia muy superior a ella. No puede contender con ella.

Así, del dominio exclusivo de los Consejos de obreros sale el dominio exclusivo de la nueva burocracia, nacida en parte de los Consejos de obreros, en parte impuesta a ellos, que viene a constituir la clase más alta, la nueva clase de señores que se forma bajo la dirección de los antiguos luchadores e idealistas comunistas.

El absolutismo de *Tschin*, de la antigua burocracia, renace en la nueva con caracteres nada mejores, como hemos visto. Y junto con ella se desarrollan, por prácticas verdaderamente criminales, los gérmenes de un nuevo capitalismo, que está muy por bajo del antiguo capitalismo industrial.

Lo único que no renace es la antigua gran propiedad territorial feudal. Rusia estaba madura para su abolición, pero no para la del capitalismo, que resucita en formas más opresoras para el proletariado que antes. El capitalismo privado, en vez de la forma superior industrial, toma las formas más repugnantes del tráfico cladestino y de la especulación monetaria. El capitalismo industrial ha dejado de ser privado para pasar a manos del Estado. Antes la burocracia del Estado y la de la industria privada estaban una frente a otra en una posición de desconfianza e incluso antagónica. Y este antagonismo hacía que el obrero lograse su derecho unas veces contra una de ellas, otras frente a la otra. Hoy la burocracia del Estado y la capitalista se han fundido en una. Este es el resultado de toda la gran revolución socialista efectuada por el bolchevismo. Y esto trae consigo el despotismo más opresor que haya pesado sobre Rusia. La substitución de la democracia por la arbitrariedad de los Consejos de obreros, que iba a servir para expropiar a los expropiadores, se ha convertido en la arbitrariedad de la nueva burocracia, la cual puede convertir en letra muerta la democracia, incluso para los trabajadores, que al propio tiempo caen en una sujeción económica mayor que ninguna de las que antes habían padecido.

Y esta pérdida de libertad no está tampoco compensada por el aumento de bienestar. La nueva dictadura económica funciona, es cierto, algo mejor que la anarquía precedente, que hubiera producido la catástrofe inmediata. Esta catástrofe la aplaza, pero no la evita, la dictadura económica, pues su gestión no es tampoco muy afortunada.

Lo poco satisfactoriamente que ha funcionado hasta aquí la nueva organización lo demuestra, entre otras cosas, el siguiente grito de alarma del comisario de Transportes, Krassin, que el *Prawda* ha publicado recientemente. Su decreto reza del siguiente modo:

"1. La actual organización de la administración de ferrocarriles, junto con las dificultades objetivas producidas por los cinco años de guerra, han conducido al sistema de transportes a un estado de decadencia que está muy próximo a una paralización total de las vías de comunicación.

2. La decadencia se debe no slo a métodos equivocados de organización y administración, no sólo a la disminución del rendimiento de trabajo personal, sino también a los cambios demasiado frecuentes de las formas y órganos de la administración.

.3 La tarea que se presenta ante nosotros —restablecimiento de los transportes, por lo menos en escala suficiente para satisfacer a la ración de hambre y a las necesidades de la industria en combustibles y materias primas—, tal tarea hay que realizarla poniendo los ferroviarios a contribución sus fuerzas de un modo heroico.

4. Este trabajo debe efectuarse inmediatamente, no debe perderse ni un minuto, pues, de lo contrario, están amenazadas de muerte todas las conquistas revolucionarias.

5. En vez de la administración colegial y en realidad irresponsable, hay que implantar los principios de una administración personal y de una responsabilidad definida. Todos, desde los guardaagujas hasta los miembros del Consejo de dirección, deben seguir exactamente y sin vacilaciones mis preceptos. Es preciso establecer reformas, y donde sea posible hay que volver a los antiguos empleos y reponer la antigua organización técnica.

6. La introducción del trabajo a destajo es un necesidad".

Krassin es uno de los pocos talentos organizadores competentes, de formación científica y experiencia con que cuenta el régimen de los soviets, y los ferroviarios formaban en la élite de la clase obrera rusa; ya bajo el zarismo habían llegado a organizarse bien y habían mostrado siempre una gran inteligencia. ¡Y a pesar de todo, esa es la situación!

El decreto muestra claramente que las consecuencias de la guerra no depende sólo de la miseria reinante, como por muchos se ha afirmado; estas consecuencias no han hecho sino acentuar la miseria. Lo que hace que "todas las conquistas de la revolución se vean amenazadas" es la falta de madurez de las condiciones sociales. Para salvar la revolución parece urgentemente necesario "suprimir reformas, restablecer los antiguos empleos y la antigua organización técnica", es decir, abandonar la revolución del sistema para salvar a los hombres de la revolución.

Naturalmente, este decreto no logrará reformar a los hombres que tienen que ejecutarlo y fracasará como otros tantos decretos.

Como el antiguo capitalismo, este nuevo *comunismo* engendrará sus propios sepultureros. Pero el antiguo capitalismo creó además fuerzas poderosas de producción material que permiten a sus sepultureros substituir las antiguas formas de vida por otras superiores. Y el comunismo, en las condiciones actuales de Rusia, no puede hacer más que aniquilar las fuerzas productivas con que se encontró. Sus sepultureros no podrán ascender a formas más altas de vida, sino volver a comenzar bajo condiciones primitivas.

Un régimen semejante no puede sostenerse, ni aun de un modo pasajero, si no es apoyándose en un ejército que obedezca ciegamente. Los bolcheviques lo han creado y también en este aspecto han abandonado sus principios para mantenerse en el Poder.

Comenzaron por destrozar la maquinaria del Estado y acabaron con su organización militar y burocrática; pero una vez

realizado esto, en interés de su propia conservación, se vieron constreñidos a crear un nuevo aparato gubernamental.

Se apoderaron del poder como representantes de la substitución del ejército por Consejos de soldados que eligieran y depusieran a sus oficiales y les obedeciesen a su antojo. Consejos de soldados y Consejos de obreros eran el abecé de la política bolchevique. Todo el poder debía serles atribuído.

Pero pronto cambiaron las cosas. Desde el momento en que los bolcheviques encontraron resistencia, necesitaron contar con un ejército que se batiese y que obedeciese incondicionalmente, y no un ejército indisciplinado, cada uno de cuyos batallones procediece a su antojo.

Al principio el entusiasmo podía reemplazar a la obediencia ciega. Pero ¿qué hacer cuando empezó a decaer el entusiasmo de los trabajadores, cuando los voluntarios comenzaron a escasear más y más y cuando la indisciplina comenzó a cundir?

En la industria, la producción democrática exige una cierta madurez de las condiciones materiales y espirituales. Un ejército excluye en principio la democracia si ha de ser una fuerza eficaz. La guerra ha sido siempre la tumba de la democracia; incluso la guerra civil si se prolonga. El bolchevismo produjo necesariamente la guerra civil, y, por consiguiente, con necesidad también, la disolución de los Consejos de soldados. La dictadura bolchevique ha convertido en meras sombras los Consejos de obreros, dificultando su reelección y haciendo imposible toda oposición en ellos. A los Consejos de soldados les ha quitado todas las atribuciones importantes, y entre ellas la de la elección de oficiales, los cuales son nombrados, como antes, por el gobierno. Y como los voluntarios no son suficientes, se recurre, como en el antiguo régimen, al reclutamiento obligatorio. Este es un nuevo motivo de conflictos entre el Gobierno y la población. De aquí dimanan una porción de insurrecciones campesinas, que a su vez hacen necesario aumentar el ejército. Las deserciones en masa son cosa corriente en las filas del ejército bolchevista, y para reprimirlas se recurre a los fusilamientos en masa.

L'Humanité de 29 de mayo de 1919 publica una información muy favorable a los bolcheviques, basada en testimonios oculares, titulada "Los principios comunistas y su aplicación", que al final contine este párrafo:

"El ejército rojo es obra de la Entente. El bolchevismo ha proclamado repetidamente su antimilitarismo. El pacífico pueblo ruso odia la guerra hoy como ayer y como siempre. Se resiste tercamente al reclutamiento. En el ejército rojo hay tantas deserciones como había en el ejército de los zares. Ocurre a veces que un regimiento no llegue al sitio designado porque en el camino han huído todos sus hombres".

He aquí la manera un poco extraña que tiene el ejército rojo de manifestar su entusiasmo por los principios bolchevistas.

Si se atiene uno a los hechos, prescindiendo de sus interpretaciones apologéticas, se ve que la situación del antiguo régimen vuelve también en lo militar, sólo que empeoraba, pues el nuevo militarismo, a pesar de sus principios antimilitaristas, es más duro que el antiguo. Se repite aquí el proceso que en la Revolución francesa preparó el camino para el Imperio.

Pero Lenin no está destinado para ser el Najoleón ruso. El corso Bonaparte se conquistó el corazón de los franceses paseando triunfo por toda Europa las banderas de Francia. Esto significaba para unos que los principios de la revolución conquistaban a Europa y para otros, que los ejércitos franceses enriquecías a Francia con el botín recogido en toda Europa.

Pero Rusia permanece a la defensiva. Las mismas dificultades de comunicación que se oponen a la penetración de un ejército invasor se oponen también a que el ejército rojo pase victorioso las fronteras. También a Lenin le agradaría pasear por Europa sus banderas vencedoras; pero esto es imposible. El militarismo revolucionario de los bolcheviques no enriqueserá a Rusia, no puede ser para ella más que nua nueva fuente de empobrecimiento. Hoy la industria rusa trabaja predominantemente para el ejército y no con fines productivos. El comunismo ruso se ha convertido en un socialismo de cuartel.

El fracaso económico y, por consiguiente, moral del método bolchevique es inevitable. Sólo puede disimularse este fracaso mientras pueda sostenerse militarmente.

No hay revolución mundial ni ayuda exterior que pueda impedir el fracaso económico de los métodos bolcheviques. Lo que el socialismo europeo debe procurar frente al *comunismo* es que la catástrofe de un método determinado de socialismo no se convierta en un fracaso del socialismo en general, diferenciar cuidadosamente este método del marxista y hacer ver claramente a las masas la diferencia entre ambos. Comprende muy mal el interés de la revolución social aquella prensa socialista radical que cree servirle predicando a las masas la identidad del bolchevismo y socialismo y que alimenta en ellas la creencia de que la República de los soviets, por navegar al amparo de la omnipotencia de la clase obrera y del socialismo representa la victoria de éste.

f) *El terror*

El proceso que aquí ha quedado expuesto no respondía, naturalmente, a los deseos de los bolcheviques. Por el contrario, es opuesto a lo que ellos querían, y trataron, en consecuencia, de impedirlo por todos los medios; pero todos ellos respondían a la receta con que el bolchevismo ha trabajado desde sus comienzos: a la

violencia, al poder arbitrario de algunos dictadores que prohiben la más mínima crítica de sus actos. El régimen del terror es la consecuencia inevitable de los métodos comunistas. Es el intento desesperado de escapar a sus consecuencias.

Entre las manifestaciones del bolchevismo, el terror, que comienza con la abolición de la libertad de prensa y culmina en un sistema de fusilamientos en masa, es la más llamativa y más repugnante, la que ha producido mayores odios contra los bolcheviques. Y, sin embargo, este destino trágico suyo no puede imputársele, aun suponiendo que en los fenómenos históricos de masas pueda hablarse de imputabilidad, la cual es siempre personal. Quien quiera hablar de culpa habrá de comprobar la infracción de preceptos morales por determinadas personas; la misma voluntad, en substancia, sólo puede ser individual. En realidad, una masa, una clase, no puede querer, le faltan los órganos necesarios para ello, y, por consiguiente, no puede pecar. Una masa u organización obra unitariamente; pero los motivos que impulsan a obrar a cada uno de sus miembros pueden ser muy diversos; y en materia de culpabilidad moral lo decisivo son los motivos.

Los motivos de los bolcheviques eran seguramente los mejores. En los comienzos de su gobierno se mostraron llenos de los ideales de humanidad propios de la situación de clase de los proletarios. Su primer decreto fué la abolición de la pena de muerte. Y, sin embargo, si existe culpa en ellos hay que buscarla en esta época, cuando se decidieron a abandonar los principios de la democracia y del materialismo económico para conquistar el Poder. Su culpa data del momento en que, análogamente a los bakunistas españoles de 1873, proclamaron "la emancipación plena inmediata de la clase trabajadora", a pesar del atraso de Rusia y con este objeto, y en vista de que la democracia no servía, decretaron la propia dictadura bajo el disfraz de la dictadura del proletariado.

Aquí puede buscarse su culpa. Una vez emprendido este camino, no podían escapar al terrorismo. La idea de una dictadura pacífica, sin violencia, es una ilusión.

Los instrumentos del terrorismo fueron los tribunales revolucionarios y las comisiones extraordinarias, de que ya hemos hablado. Unos y otras han cometido horrores, prescindiendo de las expediciones militares primitivas, cuyas víctimas son incontables. Las de las comisiones extraordinarias son también difíciles de estimar, pero seguramente se cuentan por miles. La estimación más pequeña fija la cifra de 6.000. Otras la elevan al doble y aun al triple. A esto hay que agregar las innumerables víctimas encarceladas, maltratadas y atormentadas.

Los defensores del bolchevismo apelan al argumento de que los adversarios, los guardias blancos de los finlandeses, los barones bálticos, los generales y almirantes revolucionarios, no lo hacen mejor. Pero, ¿puede justificarse el robo porque otros roban?

Los otros no proceden contra sus principios cuando sacrifican vidas humanas para conservarse en el Poder, mientras que los bolcheviques sólo pueden hacerlo siendo infieles al valor sagrado de la vida humana, proclamado por ellos y que es lo que justifica su causa. ¿No combatieron a estos barones y generales porque toman las vidas humanas como medio para sus propios fines de dominio?

Se diría, sin duda, que precisamente la diferencia está en el fin superior santifica el mismo medio que empleado por los poderosos resulta una infamia. Pero el fin no santifica todos los medios, sino sólo los que están en armonía con él. Un medio contrapuesto al fin no se santifica por éste. De la misma manera que la vida no debe defenderse sacrificando lo que forma su contenido y fin, no pueden defenderse principios abandonándolos. La buena intención no puede justificar a los que emplean medios censurables; estos medios siguen siendo siempre censurables. Y tanto más, cuanto mayores sean los daños que produzcan.

Pero ni siquiera el fin del bolchevismo es aplaudible. Su objeto inmediato es conservar el aparato militar y burocrático implantado por él. Cierto que esto se hace combatiendo la corrupción que en el seno de este aparato se desarrolla.

En el *Prawda* de 1 de abril, el profesor Dukeloski pide que se limpie al bolchevismo y a las instituciones gubernamentales de todos los advenedizos, bribones y aventureros que se han adherido al comunismo para explotarle en beneficio propio. A esto responde Lenin:

"El autor de la carta pide que limpiemos nuestro partido de los aventureros y bribones; demanda plenamente justificada que nosotros desde hace tiempo procuramos hacer efectiva. Fusilamos y seguiremos fusilando aventureros y bribones. Pero para que esta limpieza pueda hacerse rápida y eficazmente necesitamos el auxilio de los intelectuales honrados e imparciales".

Fusilar; éste se ha convertido en el abecé de la sabiduría bolchevista. Pero ¿no pide Lenin el auxilio de los intelectuales para luchar contra los aventureros y bribones? Pues no les prive del único medio con que podrían auxiliarle: la libertad de prensa. Sólo una prensa absolutamente libre puede desenmascarar a los aventureros y bribones que inevitablemente se presentan a todo gobierno dictatorial y que a menudo medran precisamente por la falta de libertad de prensa.

Pero la prensa rusa está hoy en absoluto en manos de aquellas instituciones de gobierno en que tienen asiento los aventureros y los bribones. ¿Y qué garantía tiene Lenin de que en esta situación tales elementos no penetren en los tribunales revolucionarios y en las comisiones extraordinarias y con su ayuda hagan fusilar a los intelectuales honrados e imparciales que pudieran descubrir sus malas artes?

Precisamente las comisiones extraordinarias establecidas pa-

ra combatir la corrupción disfrutan del poder más arbitrario y no están sujetas a fiscalización de ningún género, y, por consiguiente, trabajan en las condiciones más favorables para fomentar la corrupción. El tribunal revolucionario de 1793 poseía también un poder discrecional inaudito. Las garantías de los acusados eran mínimas. Pero como al fin y al cabo sus sesiones eran públicas, existía siempre alguna posibilidad de fiscalización. Las comisiones extraordinarias celebran en secreto sus sesiones sin la menor garantía para los acusados. Ni siquiera es absolutamente necesario que sean oídos, y mucho menos sus testigos. Una mera denuncia, una simple sospecha, basta para que sean fusilados.

Los abusos fueron tales, que se impuso ponerles coto. Se ordenó que las comisiones no pudiesen ejecutar a nadie sin juicio previo. Pero la arbitrariedad está tan ligada a la esencia de la dictadura, que no puede suprimirse mientras ésta subsista. La disposición que acaba de mencionarse se anula a sí misma, permitiendo excepciones cuando se trate de "conspiraciones abiertamente contrarrevolucionarias". Con esto se abre la puerta a todo fusilamiento arbitrario. Y esta disposición protege sólo a los ladrones y canallas, y no a los intelectuales honrados e imparciales, que han de ayudar a limpiar las instituciones gubernamentales. Esta limpieza no es otra cosa que una *contrarrevolución*.

Las más ligeras manifestaciones de descontento se castigan con la misma severidad que el bandidaje. Y en esto tienen los mismos intereses los aventureros que los comunistas y los bandidos. Frente a la crítica del régimen, ambos elementos piden las penas más duras.

Así, recientemente, la Comisión panrusa extraordinaria para combatir la contrarrevolución y los delitos de los funcionarios decía:

"Una serie de motines que han estallado últimamente muestra que los laureles de Krassnov no dejan descansar a los socialistas revolucionarios de la izquierda y a los mencheviques de la izquierda.

"Toda su actividad se encamina a la disolución de nuestro ejército (Brjansk, Isamara, Smolenko), a la descomposición de nuestra industria (Petrogrado, Eula) y de nuestros transportes (huelga ferroviaria).

"La Comisión extraordinaria panrusa declara por el presente decreto que no hará diferencia alguna entre los guardias blancos de las filas de Krassov y los guardias blancos del partido de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios de la izquierda.

"La mano dura de la Comisión extraordinaria caerá lo mismo sobre unos que sobre otros.

"Los socialistas revolucionarios y mencheviques presos por nosotros serán considerados como rehenes cuya suerte dependerá de la conducta de ambos partidos.

"El presidente de la Comisión extraordinaria panrusa, *F. Dzerschinski*."

(Sacado de la *Iswestia* del Comité Central panruso ejecutivo, — Nº 59, de 1 marzo 1919.)

De manera que porque se notan en el ejército indicios de descomposición y porque entre los obreros industriales y los ferroviarios crece el descontento, prende a los elementos directivos de los socialistas no bolcheviques, para ejecutarlos sin más al menor indicio de oposición proletaria.

La sujeción del proletariado descontento; este es el fin elevado que ha de santificar hoy en Rusia el asesinato de masas. Este fin no puede transformar en éxito el fracaso económico.

Su único efecto puede ser que las masas rusas no acojan la caída del bolchevismo de la misma manera que el proletariado socialista acogió la caída de la segunda Comuna de París, sino como acogió toda Francia la caída de Robespierre el 9 Termidor 1794, como el alivio de una opresión ominosa y no como una derrota sufrida con dolor.

g) *El porvenir de la República de los soviets.*

El Gobierno de Lenin está amenazado de un 9 Termidor. Pero puede ocurrir otra cosa. La historia no se repite. Un Gobierno que se propone un fin que no puede alcanzarse en las condiciones en que actúa, puede fracasar de dos maneras. Acaba por caer si se aferra a su programa. Puede sostenerse si va modificando su programa, y acaba por abandonarlo. Para la causa el resultado es el mismo por un procedimiento que por otro. Ahora, para las personas varía mucho la situación de que conserven en sus manos el poder del Estado o que caigan vencidos indefensos en manos de sus enemigos.

Robespierre cayó el 9 Termidor. Pero no todos los jacobinos compartieron su suerte. Muchos de ellos se salvaron adaptándose con habilidad a las circunstancias. El mismo Napoleón había sido afecto a los hombres del terror y amigo de los hermanos Robespierre. Su hermana María dijo más tarde:

"Bonaparte era republicano, incluso pertenecía al partido de la Montaña... Su admiración por mi hermano mayor, su amistad con mi hermano menor y acaso también la lástima que le inspiraba mi situación, me procuró bajo el Consulado una pensión de 3.600 francos."

No sólo individuos, sino también partidos enteros, pueden cambiar y de esta manera salvarse de una posición insostenible, saliendo de ella ilesos e incluso con poder y prestigio. No es imposible que mientras fracasa en Rusia la experiencia comunista se transforme el bolchevismo y se salve como partido gobernante. El camino lo ha emprendido ya. Como políticos realistas legítimos,

los bolcheviques han desarrollado en alto grado en el transcurso de su gobierno el arte de adecuarse a las exigencias de la vida.

Originariamente propugnaban en principio una Asamblea nacional elegida por sufragio universal, y tan pronto como se opuso a sus miras la disolvieron. Eran enemigos acérrimos de la pena de muerte, y han implantado un régimen de gobierno sanguinario. Después de abandonada la democracia política, defendían con entusiasmo la democracia en el seno del proletariado. Luego fueron instaurando una dictadura personal cada vez más acentuada. Suprimieron el trabajo a destajo y volvieron a introducirlo. Decían al principio que su objetivo era destrozar el aparato militar y burocrático del antiguo Estado, y en su lugar pusieron uno nuevo. Se adueñaron del Poder socavando la disciplina del ejército, acabando por disolverlo, y han creado otro ejército de masas fuertemente disciplinado. Querían la nivelación de las clases, y han engendrado nuevas diferencias de clases; han creado una clase colocada por debajo del proletariado, han convertido a éste en clase privilegiada y sobre él han colocado un grupo de privilegiados con grandes rendimientos. En los pueblos querían inutilizar a los labradores acomodados atribuyendo derechos políticos exclusivamente a los campesinos pobres, y luego han concedido una representación a los labradores acomodados. Comenzaron expropiando radicalmente al capital, y hoy están dispuestos a confiar los tesoros del suelo de media Rusia a capitalistas americanos para conseguir su apoyo, y, en general, a acoger con los brazos abiertos al capital extranjero.

El corresponsal de guerra francés Ludovic Nadeau publicó recientemente en *Le Temps* una entrevista con Lenin, en la cual éste decía, entre otras cosas:

"Propondríamos de buena gana reconocer y pagar los intereses de nuestra deuda exterior, utilizando, a falta de numerario, trigo, petróleo y toda clase de primeras materias de que dispondremos en abundancia tan pronto como podamos volver a trabajar en gran escala. También estamos dispuestos a conceder a súbditos de las potencias de la Entente, sobre la base de contratos en condiciones fijadas diplomáticamente, facultades para la explotación de bosques y minas, naturalmente en el supuesto de que sean reconocidos los principios esenciales del gobierno de los soviets. Sabemos que hay capitalistas ingleses, japoneses y americanos que desean vivamente concesiones de esa índole."

Sin duda que una entrevista no es un documento plenamente fehaciente. Pero las intenciones de la República de los soviets que aquí se indican están confirmadas por una serie de informes autorizados de Rusia. Estas intenciones atestiguan un fuerte sentimiento de las realidades de la vida, pero también significan la renuncia al programa comunista, cuya implantación se aplaza con-

siderablemente en el momento en que se arriende por ochenta años un trozo de Rusia a capitalistas extranjeros.

Por consiguiente, ha fracasado ya el comunismo por medio de inmediata emancipación del proletariado ruso, y sólo se trata de si el Gobierno de Lenin logrará conservarse proclamando veladamente la bancarrota de los métodos bolcheviques, o si este Gobierno será derribado por un poder contrarrevolucionario, cayendo de un modo violento en la bancarrota.

Nosotros preferiríamos el primer camino; preferiríamos que el bolchevismo tornase conscientemente al evolucionismo marxista, que sabe que las fases naturales de un proceso no pueden saltarse. Este camino sería el menos doloroso y el más fecundo para el proletariado internacional. Pero, desgraciadamente, la marcha de las cosas no se ajusta a nuestros deseos.

El pecado original del bolchevismo es el haber substituído a la democracia por la forma de gobierno de la dictadura, que sólo tiene sentido como poder violento ilimitado de uno solo o de un grupo reducido muy homogéneo.

Con la dictadura ocurre como con la guerra, y esto deben tenerlo en cuenta los que hoy en Alemania, bajo el influjo de la moda rusa, toman en serio el pensamiento de la dictadura. Cuando se dispone del poder del Estado es fácil comenzar con la dictadura, como es fácil comenzar con la guerra; pero una vez iniciadas, no pueden terminarse a voluntad. Se está en la alternativa de vencer o de acabar en una catástrorfe.

Rusia necesita urgentemente el auxilio del capital extranjero. Pero la República de los soviets no lo obtendrá si no convoca una Asamblea nacional y concede libertad a la prensa. Y no porque los capitalistas sean idealistas de la democracia, pues no tuvieron escrúpulo en prestarle al zarismo muchos miles de millones, sino porque no tienen confianza en un gobierno revolucionario, dudan de su consistencia mientras no tolere la crítica de la prensa y no tenga tras de sí declaradamente a la mayoría de la población.

¿Querrá y podrá el Gobierno de los soviets allanarse a conceder libertad a la prensa y a convocar una Constituyente?

Una serie de bolcheviques afirman que no tienen nada que temer ni de lo uno ni de lo otro. ¿Por qué, pues, no lo conceden? ¿Por qué no emplean un medio que les prestaría fuerza moral y acrecería la confianza? En el prólogo, ya mencionado, del *Programa de los comunistas*, de Bujarin, se dice:

"Kautsky y Compañía dicen que es cierto que la revolución tiene el derecho de dictar su voluntad a la burguesía, pero que al propio tiempo está obligada a darle la posibilidad de formular sus reclamaciones por la prensa y por la Asamblea constituyente. Esta ingeniosa demanda de un pleitista profesional, al que no le importa que le concedan su derecho, sino que lo que le interesa es poder reclamarlo, podría ser satisfecha sin daño de la Revolución.

Pero la revolución consiste en esencia en ser una guera civil, y clases que se combaten con cañones y ametralladoras renuncian al duelo homérico de la palabra. La revolución no discute con sus enemigos, los destroza; la contrarrevolución hace lo mismo, y ambas sabrán soportar el reproche de no haber observado el reglamento del Parlamento alemán."

Esta justificación de las más sangrientas infamias, no sólo de la revolución, sino también de la contrarrevolución, es mucho más edificante si se la compara con lo que el autor dice unas páginas antes sobre la revolución:

"La revolución socialista implica un largo proceso, que comienza derribando a la clase capitalista, pero que sólo termina con la transformación de la economía capitalista en una comunidad de trabajo. Este proceso habrá de durar en todos los países, cuando menos una generación, y este interregno es el período de la dictadura proletaria, el período en que el proletariado sujeta con una mano a la clase capitalista mientras que trabaja con la que le quede libre en la obra de construcción socialista."

De manera que revolución equivale a guerra civil, una guerra civil sin cuartel, en que una clase destroza a la otra, pero sin someterla definitivamente, pues esta agradable labor exigirá al menos una generación.

Esta guerra civil asoladora, en la que se combate con ametralladoras y bombas, tiene que ser más fatal para el país que lo que fué la guerra de los Treinta Años; esta guerra civil, que diezma a la población, que convierte su brutalidad en la más desenfrenada barbarie, ¡este ha de ser el camino para producir la forma más elevada de vida que el socialismo implica!

Tal *ingeniosa* concepción de la revolución social no es, sin duda, la de un pleitista profesional, pero sí la de un revolucionario profesional, para quien revolución equivale a insurrección, y que considera fracasada su misión en el mundo si aquélla se desenvuelve en un proceso democrático y no en una guerra civil.

Hay una cosa cierta, sin embargo; no hay sino dos posibilidades: democracia y guerra civil. Quien suprima aquélla debe aprestarse para afrontar ésta. La dictadura podrá librarse de ella a lo sumo allí donde tenga que vérselas con una población totalmente apática, que suministrará el peor material posible para la construcción de una sociedad socialista.

No tenemos, pues, sino la alternativa democracia o guerra civil, de lo cual yo deduzco que allí donde no sea posible implantar el socialismo sobre una base democrática, donde la mayoría de la población lo rechace, no ha llegado aún su época, mientras el bolchevismo piensa que el socialismo habrá de ser impuesto en todas partes a una mayoría por una minoría, lo cual sólo puede acontecer por la dictadura y la guerra civil.

Lo único que explica que el bolchevismo se resista tan encarnizadamente a la democracia es que, a pesar de sus afirmaciones de que la implantación de ésta no puede dañarle, se siente en minoría. Si creyese que contaba con la mayoría, no necesitaba renunciar a la democracia, aunque sólo considerase como revolucionaria la lucha con cañones y ametralladoras. También en esta lucha resultaría favorecido el bolchevismo si, como los revolucionarios de 1793, tuviese detrás de sí una Convención revolucionaria.

Sólo que esta Convención no estaría al lado de los bolcheviques. Cuando se adueñaron del gobierno estaban en el máximum de su poder sobre las masas, sobre los obreros, los soldados y una gran parte de los campesinos. Y, sin embargo, no se atrevieron entonces a apelar al sufragio universal. En vez de disolver la Constituyente y convocar nuevas elecciones, la suprimieron.

Desde entonces la oposición contra el bolchevismo aumenta de día en día, como aumenta también la nerviosidad de sus partidarios contra toda prensa no oficial, como lo prueba la exclusión de los soviets de los críticos socialistas y la entrada en el régimen terrorista.

Ir disminuyendo poco a poco las atribuciones de la dictadura para volver a la democracia parece imposible. Todos los intentos análogos han fracasado rápidamente. Los bolcheviques están dispuestos a hacer todo género de concesiones a la burocracia, al militarismo y al capitalismo para mantenerse en el poder. Pero una concesión a la democracia les parece un suicidio, y, sin embargo, éste es el único procedimiento para terminar la guerra civil y encaminar a Rusia por la senda del progreso económico y de una evolución próspera hacia formas de vida más elevadas.

Sin la democracia, Rusia va a la ruina. Por eso va a la ruina el bolchevismo. El resultado final puede preverse. Quizá no sea un 9 Termidor precisamente, pero sí una cosa análoga.

h) *El porvenir de la revolución mundial.*

Los mismos bolcheviques no confían gran cosa en su victoria final. Pero ponen su esperanza en un áncora de salvación. Si Rusia deja de ser el pueblo elegido de la revolución, la revolución mundial tiene que ser el Mesías que redima al pueblo ruso.

Pero ¿qué es la revolución mundial? Puede considerársela en dos sentidos; por una parte puede considerarse como un crecimiento de las ideas socialistas en el mundo junto con el robustecimiento del proletariado y la agudización de la lucha de clases, que convierta el socialismo en una potencia mundial que influya cada vez más en la vida de todos los Estados. Se puede entender también en el sentido de una revolución bolchevista, de la conquista próxima del poder político por el proletariado en todas las grandes potencias —si no, esta revolución ya no salvaría a la República de los soviets—, la implantación de Repúblicas de Con-

sejos en todas partes, privación de derechos a todos los elementos no comunistas, dictadura del partido comunista y desencadenamiento de la guerra civil en el mundo durante una generación.

Se está haciendo una activa propaganda para producir este resultado. Pero no será posible conseguir una revolución mundial en sentido bolchevista; y si se consiguiese podría constituir un grave peligro para la revolución en el otro sentido.

Pero el resultado principal de la propaganda revolucionaria es el desencadenamiento de la lucha fratricida entre los proletarios.

Nacido de la escisión, llegado al poder en lucha contra los demás partidos socialistas de su país el bolchevismo trata de ostenerse en Rusia por una guerra civil que convierte en lucha fratricida. Y a esto añade la preocupación de escindir a los demás partidos socialistas que continúan aún unidos..., si no cuentan con una mayoría bolchevique. Este es el sentido de la Tercera Internacional, con la cual trata de producir una revolución mundial.

Y esto no es obra de un capricho o de malignidad, sino que brota de la propia esencia del bolchevismo, que es incompatible con las formas superiores de vida ya producidas en la Europa occidental.

En la Europa occidental la democracia no es de ayer, como en Rusia. Ha sido conquistada después de una larga serie de revoluciones y se ha hecho carne y sangre de las masas. En estos países es imposible privar de derechos políticos a clases sociales enteras. En Francia el campesino es un poder que no puede despreciarse y que vela celosamente por su propiedad privada. La burguesía es, a su vez, en Francia, y aún más en Inglaterra, una clase habituada a la lucha. Cierto que el proletariado ruso es más débil que el de la Europa occidental, pero más débil es aún en proporción la burguesía rusa. En Rusia, y, en general, en todos los países dominados por una autocracia militar, la burguesía está educada en un temor cobarde al poder del Estado y en una confianza ciega en su protección. De ahí la flojedad del liberalismo ruso. La caída del poder del Estado, la desaparición de la protección militar, el paso del poder político a las manos del proletariado, aterró de tal manera a la burguesía, que no estaba habituada a luchar enérgicamente, que cayó aniquilada y abandonó sin combate el terreno a sus adversarios.

En la Europa occidental, las clases inferiores, en sus luchas seculares, no sólo se han educado a sí mismas, sino a las clases superiores. Estas respetan al proletariado, y se han hecho maestros en el arte de parar sus ataques con concesiones oportunas, evitando así una catástrofe. Además, en los países anglosajones la burguesía dispone de un ejército permanente numeroso y aprendido a mantenerse con sus propias fuerzas, tanto frente al Estado como frente al proletariado, y no se deja asustar fácilmente.

Y estos países han triunfado en la guerra. No tienen destrozados sus ejércitos como las potencias centrales y Rusia. En la Europa oriental los soldados, dado el estado de disolución de los ejércitos, se convirtieron en un elemento de revuelta, a cualquier clase de la población a que perteneciesen. Esta fuerza, que puede apresurar la revolución, que hace adueñarse prematuramente del poder a factores revolucionarios débiles, poniéndoles frente a problemas superiores a sus fuerzas, eso falta en los países vencedores. En ellos el socialismo sólo conquistará el poder cuando sea bastante fuerte para conseguir predominio sobre los demás partidos, dentro del marco de la democracia; no tiene motivo alguno de antagonismo contra la democracia, y las capas superiores del proletariado no se avendrán a que la democracia sea substituída por una dictadura que acaba siempre por hacerse personal.

Cierto que hoy en Francia hay entre los socialistas grandes simpatías por el bolchevismo. Pero son debidas tan sólo a la repugnancia a tolerar que el propio Gobierno quiera someter por la fuerza a un Gobierno socialista extranjero. Muchos creen también que los métodos bolcheviques son adecuados para Rusia. Pero no se les ocurre aplicar en Francia los mismos métodos. Cierto que no han desaparecido del todo las tradiciones blanquistas de la insurrección y el anteparlamentarismo proudhoniano; estos elementos enemigos se han combinado de un modo muy extraño en el sindicalismo, y son campo abonado para el bolchevismo.

Pero es imposible que sea acogido por todo el proletariado de Francia y menos de Inglaterra y América. Su triunfo no conseguiría sino escindir el partido obrero, precisamente en el momento en que necesita disponerse a las grandes luchas decisivas, en las que sólo podrá sostenerse manteniéndose unido. Por consiguiente, la propaganda bolchevique no puede favorecer, sino sólo perjudicar, la causa de la revolución mundial.

El comunismo perjudica hoy con sus tendencias escindidoras a la revolución alemana. La socialdemocracia alemana era antes de la guerra el partido socialista más fuerte del mundo. Asentado fuertemente sobre la base de una concepción social unitaria, estaba en vías de contar con la mayoría de la población, en el momento en que conquistase a los obreros católicos que siguen las banderas del centro. Y dueña de la mayoría, la lucha por la democracia se convertía en una lucha por el poder político. Conquistado éste, podría producir los más brillantes resultados, dada la riqueza almacenada por el capitalismo alemán, que le permitiría mejorar rápidamente la situación de las masas.

La guerra europea ha destruído esta riqueza. La paz encuentra a Alemania en la situación más desesperada, que hace imposible proporcionarles bienestar en seguida a las masas, cualquiera que sea la forma de producción dominante. Pero la guerra, con la derrota y la disolución del ejército, ha hecho que la socialdemocracia haya llegado al Gobierno no por sus propias fuerzas,

sino por la bancarrota de sus adversarios, en un momento en que estaba debilitada por la escisión determinada en ella por la guerra.

Si en estas condiciones la socialdemocracia quería conservarse en el Poder, era apremiantemente necesaria su unión en un solo partido. Hubiera podido esperarse que la exigencia del momento se impondría, tanto más cuanto que la razón que había provocado la escisión, la posición frente a la guerra, había desaparecido con ésta.

Pero desgraciadamente, con el nacimiento de la República de los soviets ha entrado un nuevo elemento de discordia en las filas del socialismo alemán, pues la propaganda bolchevista pide que nuestro partido abandone sus exigencias democráticas e imponga el régimen de los Consejos de obreros. Y para ocultar el abandono de una de las exigencias inseparables de la esencia de nuestro partido, los bolchevistas dejaron de llamarse socialistas; adoptaron la denominación de comunistas para volver al marxismo verdadero, expuesto en el Manifiesto comunista. Olvidan que Marx y Engels, que redactaron a fines de 1847 el Manifiesto comunista, publicaron pocos meses después la *Neue Rheinische Zeitung (Nueva Gaceta del Rhin)*, como *órgano de la democracia*. Lo cual muestra cuán poco opuestos eran para ellos los términos democracia y comunismo.

La oposición entre dictadura y democracia produjo en Alemania, junto con los dos partidos que existían antes de la revolución, un tercero, el de los comunistas. Ha producido en la política de los otros dos una escisión y vacilación interiores, determinando en los bolcheviques fuertes tendencias bolcheviques y produciendo en los socialistas de la derecha una reacción contra estas tendencias, que fué más allá de lo que debiera, llevándoles muy cerca de los partidos burgueses, con los cuales había tenido cierta comunidad en la política de guerra de la unión sagrada. La revolución de 9 de noviembre interrumpió esta colaboración con los burgueses, substituyéndola con una cooperación con los independientes, pero esto, desgraciadamente, no fué más que un fenómeno pasajero.

Como en la Europa occidental, tampoco en Alemania la dictadura puede ser una dictadura eficaz y duradera, que abarque todo el Imperio; para eso la población esta demasiado adelantada. Los intentos de clases proletarias para conseguir la dictadura sólo pueden tener un éxito pasajero local, produciendo, por otra parte, el resultado de acelerar la disolución política y económica del país y creando el peligro de una dictadura militar contrarrevolucionaria.

Mas tampoco ésta puede alcanzar el poder de un modo duradero. A la larga no se puede gobernar en Alemania contra los obreros, y los excesos de la guardia de Noske en Berlín y la horrible represión de Munich no atestiguan el poder dictatorial del Gobierno, sino su impotencia para regir el Estado. La aspiración a la dictadura de la derecha o de la izquierda no puede conducir

a una dictadura efectiva, sino a la anarquía y a la ruina total, que en vez de producir formas más elevadas de vida nos llevará al canibalismo, una vez que la producción se haya paralizado y se hayan consumido todas las subsistencias.

Y antes de que se haya llegado a esto, los intentos de dictadura aumentarán la violencia y crueldad de las luchas políticas y económicas, el número de sus víctimas, y harán imposible toda labor positiva. Esto puede afirmarse lo mismo del régimen sanguinario de Noske que de la dictadura de los Consejos.

Hoy se propaga una dictadura que se supone de corta duración y sin violencias. Esta es la peor de las ilusiones. En un país en que todas las clases tienen desarrollada la conciencia política no puede instaurarse sin violencias ninguna dictadura. Por pacíficas que sean las invenciones del partido que pretende hacerlo, por grande que sea su voluntad de no utilizar la dictadura más que para hacer obra positiva, pronto se verá empujado a la violencia. El único camino de evitar violencias y de realizar sosegadamente una labor positiva es el de la democracia, negada hoy teóricamente por el ala izquierda del socialismo y prácticamente por su ala derecha. Sin duda la Asamblea nacional no es toda la democracia, pero no hay democracia posible sin una representación popular nacida del sufragio universal. La única institución que puede hoy mantener la conexión del Imperio no son los Consejos de obreros, no es un Gobierno dictatorial, sino una Asamblea nacional, elegida por todo el país.

Sin duda la actual Constituyente no es lo que fuera de desear; pero su mayoría ha sido elegida por la misma población trabajadora que habría de elegir los Consejos de obreros. Los votos de la socialdemocracia no llegan a la décima parte de la Asamblea nacional, y las clases trabajadoras constituyen las nueve décimas partes de la nación.

Los Consejos obreros son esencialmente diferentes de la Asamblea nacional sólo en el caso de que únicamente comprendan a los obreros asalariados de la gran industria. Estos obreros son un elemento progresivo en la política y un factor indispensable de la socialización. Pero no puede pretenderse que substituyan por sí solos a una Asamblea nacional. Y a medida que los Consejos de obreros excedan del margen de la gran industria y abarquen todo el pueblo trabajador, el Consejo Central irá asemejándose más y más en su composición a la Asamblea nacional, mientras que, en cambio, no prestará a su mayoría aquella autoridad que da a la mayoría de la Asamblea nacional el ser paladinamente para todo el mundo la mayoría de la nación.

Nada más equivocado que la afirmación que figura también en las tesis aceptadas por el último Congreso de Moscú de la Tercera Internacional declarando al parlamentarismo y a la democracia instituciones burgueses. Son formas que pueden tener el más

variado contenido, según la naturaleza del pueblo en que se den. Un Parlamento en que predominen los partidos burgueses, el parlamentarismo será burgués. Y si estos partidos son ineficaces, lo será también su parlamentarismo. Pero las cosas cambiarán fundamentalmente tan pronto como entre en el Parlamento una mayoría socialista.

Se dice que no es posible conseguir esta mayoría aun con un sistema electoral libre y secreto, porque los capitalistas dominan la prensa y compran a los obreros. Pero si estuvieran en situación de comprar a los obreros después de una revolución como la actual, podrían influir igualmente sobre los electores de los Consejos de obreros.

Afirmar que es imposible que los socialistas consigan la mayoría del Parlamento aun con un sufragio libre y secreto y predominando los obreros asalariados, a causa del influjo del dinero de los capitalistas sobre el proletariado, es considerar a éste como una banda corrompida y cobarde de analfabetos, es proclamar la bancarrota de la causa proletaria. Si el proletariado fuese precisamente tan miserable, no podría salvarse ninguna institución; por ingeniosamente que estuviera establecida, no podría proporcionarle la victoria, dada su impotencia moral e intelectual.

Gran parte de la culpa de que la actual Asamblea nacional alemana tenga un carácter burgués se debe a la propaganda bolchevique, que infundió en gran número de obreros, incluso en los independientes, una gran desconfianza contra la Asamblea nacional, disminuyendo su interés por la lucha electoral, y que, por otra parte, alejó a otros muchos obreros, sobre todo católicos, que estaban a punto de soltar las ligaduras burguesas.

Seguramente Alemania no puede esperar nada de la actual Asamblea nacional. Pero no se favorece el progreso alemán, sino que se va en contra suya, convirtiendo la lucha contra la actual Asamblea nacional en una lucha contra la democracia del sufragio universal y contra el parlamentarismo en general. De esta manera se impide que la lucha se concentre sobre aquel punto, del que únicamente puede esperarse la salud: la elección de una Asamblea nacional, en la que domine una mayoría de representantes del proletariado dispuestos a emprender enérgicamente la socialización en cuanto sea posible y a implantar plenamente, sobre todo en la administración, la democratización, ya comenzada, de Alemania.

Este y no la dictadura debía ser el programa de todo Gobierno socialista que se apoderase del Poder. De esta manera se conquistaría también a las masas de los obreros católicos e incluso de algunos burgueses, que verían en tal programa el medio de salvar a la República del peligro de la guerra civil entre las tendencias dictatoriales en lucha.

A la afirmación de los bolcheviques de que la democracia es un método de gobierno burgués hay que responder que la dictadura

no conduce a otra cosa que a la vuelta al método de las bárbaras luchas civiles preburguesas. La democracia con su sufragio universal e igual no es la característica de los gobernos burgueses. Este, en su período revolucionario, no implantó el sufragio universal, sino el sufragio del censo, tanto en Francia, como en Inglaterra, como en Bélgica, etc.; para conseguir el sufragio universal, el proletariado ha tenido que obtener largas luchas empeñadas, hecho evidente que los comunistas y sus amigos parecen haber olvidado. La democracia con el sufragio universal es el método de transformar la lucha de clases, que comenzó siendo una lucha de puños. en una lucha de cabezas, en la cual sólo puede vencer una clase siendo superior moral e intelectualmente a sus adversarios. La democracia es el único método que puede producir aquellas formas de vidas superiores que el socialismo significa para el hombre civilizado. La dictadura no conduce sino a aquella forma del socialismo que se ha llamado asiático. Con grave injusticia, pues Asia ha producido un Confucio y Buda. Más bien debiera llamársele socialismo tártaro.

Prescindiendo de los efectos de la guerra europea, a los que corresponde la principal culpa, hay que atribuir en gran parte a la actividad escindiente de los comunistas, que lanza al proletariado a aventuras infructuosas, en las que malgasta sus fuerzas, el que la clase obrera alemana haya sacado tan poca ganancia de su victoria y el que no haya sabido utilizar suficientemente la democracia para su emancipación.

Mayor porvenir ofrece al socialismo la democracia en la Europa occidental y en América. Estos países, especialmente los anglosajones, han salido poco debilitados económicamente de la guerra europea. Todo progreso del proletariado, todo acrecimiento de su poder, tiene que producir en seguida una mejora en sus condiciones de vida.

Pero al mismo tiempo la lucha del proletariado contra la burguesía tiene que ser en esos países más intensa que antes de la guerra. El momento del entusiasmo patriótico producido por la guerra y luego por la victoria terminará pronto. Ya ha comenzado el cambio y se hará rápidamente cuando venga la paz, que, sean las que sean las condiciones impuestas a los vencidos, no podrá aliviar gran cosa los sacrificios de los vencedores, apartando su atención de los problemas exteriores para volver a fijarla en los interiores.

La oposición del proletariado será tanto más enérgica cuanto que la conciencia de su fuerza ha aumentado extraordinariamente. La revolución alemana y, sobre todo, la rusa han contribuído mucho a esto.

Piénsese como se piense de los métodos bolcheviques, el hecho de que en una gran nación no sólo haya subido al Poder un Gobierno proletario, sino que lleve ya en él más de dos años soste-

niéndose en las más difíciles circunstancias, tiene que elevar enormemente el sentimiento de su fuerza en las clases proletarias de todos los países. Por este hecho los bolcheviques han trabajado mucho más eficazmente por la causa de la revolución mundial que por sus emisarios, cuya acción ha sido más nociva que favorable.

Una honda conmoción se apoderó del proletariado del mundo entero y su poder internacional será suficiente para hacer que en adelante el progreso económico no tenga carácter capitalista, sino socialista.

La guerra europea será, pues, el comienzo de una época en la que acabará la evolución capitalista y empezará la socialista. Pero eso no significa que hayamos de pasar de un salto de un mundo a otro. El socialismo no es un mecanismo que pueda hacerse funcionar siempre de la misma manera, sino que es un proceso de cooperación social sujeto, como toda actividad social, a leyes determinadas, pero que dentro de estas leyes puede afectar las más variadas formas y cuya evolución final no puede aún preverse.

No es nuestra misión implantar por decisión popular utopías acabadas. Hoy se está verificando la liberación de aquellos elementos a quienes corresponde iniciar la evolución socialista. Si quiere llamarse a esto revolución mundial, porque es un fenómeno que se presenta en todo el mundo, estamos ante la revolución mundial. Pero esta revolución no se verificará por el procedimiento de la dictadura, ni con cañones y ametralladoras; no se verificará aniquilando a los adversarios políticos y sociales, sino por la democracia y el humanitarismo. Sólo así podrá producirse aquella forma superior de vida en cuya elaboración consiste la misión histórica del proletariado.

I N D I C E

	PÁG.
El *renegado* Kaustky, ¿tenía razón?, por Marcos Merchensky ..	7
I.—Revolución y terrorismo	15
II.—París	16
III.—La Gran Revolución	23
IV.—La primera Comuna de París:	
a) El proletariado parisiense y sus medios de lucha ..	28
b) Las causas del terror	31
c) El fracaso del terrorismo	35
V.—La tradición del terror	42
VI.—La Segunda Comuna de París:	
a) El origen de la Comuna	49
b) El Consejo obrero y el Consejo Central	58
c) Los jacobinos en la Comuna	62
d) Los internacionalistas en la Comuna	65
e) El socialismo de la Comuna	72
f) Centralismo y federalismo	78
g) Las ideas terroristas en la Comuna	85
VII.—La dulcificación de las costumbres:	
a) Bestialidad y humanidad	92
b) Dos tendencias	96
c) La violencia y el régimen del terror	99
d) La dulcificación de las costumbres en el siglo XIX .	103
e) Los efectos de la guerra	108
VIII.—La obra de los comunistas:	
a) Expropiación y organización	114
b) La madurez del proletariado	123
c) La dictadura	128
d) La corrupción	131
e) La transformación del bolchevismo	138
f) El terror	143
g) El porvenir de la República de los soviets	147
h) El porvenir de la revolución mundial	151

Este libro se terminó de imprimir el 12 de marzo de 1956, en los Talleres Gráficos ABECE, Hipólito Yrigoyen 1964 - Buenos Aires.

EDICIONES
TRANSICION

Dardo Cúneo
SARMIENTO Y UNAMUNO
(Segunda edición)

Dardo Cúneo
EL ROMANTICISMO POLITICO
(Lugones, Payró, Ingenieros, M. Fernández, Ugarte y Gerchunoff)

José Martí
ARGENTINA Y LA PRIMERA CONFERENCIA PANAMERICANA

Paul Lafargue
EL DERECHO A LA PEREZA

Manuel Galich
EL TREN AMARILLO
(Drama del Caribe)

José Carlos Mariátegui
DEFENSA DEL MARXISMO

EDICIONES
TRANSICION
Casilla de Correo 3321
Buenos Aires